

**Jesús Rubio Jiménez**

**Antonio Deaño Gamallo**

**VIVIR DE LA PLUMA:**

**24 CARTAS INÉDITAS DE SALVADOR RUEDA**

**Y RUBÉN DARÍO A LEOPOLDO ALAS, *CLARÍN***

## ÍNDICE

<b>Presentación.....</b>	<b>3</b>
Las novelas andaluzas de Salvador Rueda	
Las malas compañías. Modernismo, pero ¿qué modernismo?	
El retrato literario de Clarín por Salvador Rueda	
<b>Cartas.....</b>	<b>51</b>
<b>Apéndice: Salvador Rueda, «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)», La Gran Vía, 81, 13 de enero de 1895, p. 4.....</b>	<b>100</b>
<b>Bibliografía citada.....</b>	<b>102</b>

## Presentación

Las relaciones personales y literarias entre Salvador Rueda (1857-1933) y Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901) han sido descritas en diferentes ocasiones, incluyendo la transcripción total o parcial de algunas de las cartas que intercambiaron, sobre todo las pocas que se conocen de Clarín a Rueda, apenas media docena sumadas las autógrafas y las publicadas en la prensa.<sup>1</sup> Nunca hasta ahora, sin embargo, se ha contado con las 23 cartas que el escritor malagueño fue enviando durante casi dos décadas, que constituyen el objeto central de nuestro estudio y permiten establecer un relato más preciso y pormenorizado de cómo se desarrollaron sus relaciones.<sup>2</sup> Añadimos, además, 1 carta de Rubén Darío a Clarín, que arroja alguna luz sobre cómo podría haberse desarrollado su trato, si hubiera vivido más tiempo Alas y una vez

---

<sup>1</sup> José María Martínez Cachero, «Salvador Rueda escribe a Clarín. (Una epístola inédita en verso)», *Revista de la Universidad de Oviedo*, XLIX-L, 1948, pp. 137-140. Marcos G. Martínez Martínez, «Cuatro cartas de Leopoldo Alas a Salvador Rueda, 1887-1888», en *Clarín y La Regenta en su tiempo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987, pp. 1081-1087. Amparo Quiles Faz, «Maestros y amigos: relaciones literarias entre Clarín y Salvador Rueda», en *Estudios sobre Salvador Rueda*, Málaga, Editorial Sarriá, S. L., 2010, pp. 51-60. «Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», *Ibid.*, pp. 61-72. José Luis Campal Fernández, «El poeta modernista y el crítico realista: Salvador Rueda ante Clarín», en Salvador Montesa dir., *Salvador Rueda y su época. Autores, géneros y tendencias*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2008, pp. 287-301.

Las cartas de Clarín han sido recopiladas por Jean François Botrel en *Obras completas, XII. Epistolario*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2009, números 116, 141, 142 y 156. Otras forman parte de sus colaboraciones en la prensa. Todas las obras de Clarín serán citadas por esta edición de *Obras completas* (2002-2009, XII vols.), coordinada por Yvan Lissorgues y J. F. Botrel, indicando abreviadamente OC, volumen y páginas.

<sup>2</sup> Son, con la de Rubén Darío, 24 cartas autógrafas conservadas en el archivo de Dionisio Gamallo Fierros, tutelado por su familia en Ribadeo (Lugo). En nuestra transcripción actualizamos la puntuación y la ortografía salvo indicación contraria. Se ha regularizado algún término en que aparece «s» por «x» o «v» por «b». Se ha sustituido la abreviatura «V.» por «usted» tanto en las cartas de Rueda como en la de Darío.

Parte de las cartas de Rueda no van fechadas lo que dificulta su ordenación, que hemos realizado teniendo en cuenta su contenido y otros indicios. En esta presentación remitimos a ellas citando su número de orden entre corchetes en el texto.

superado su furor antimodernista, que personalizó en Rubén Darío durante la última década de su vida.<sup>3</sup>

En la presentación de este epistolario trazamos una visión general de cómo fueron su trato personal y literario, analizando las críticas de Clarín sobre las obras de Rueda –que completan públicamente lo que en privado le decía sobre sus libros–, quedando reservadas para la edición anotada de las cartas otras precisiones.

Aunque la diferencia de edad era apenas de cinco años, lo cierto es que cuando Salvador Rueda entró en contacto con Clarín –mientras trataba de abrirse camino en el mundo literario madrileño– ya era este un crítico consagrado tan elogiado por unos como discutido por otros con lo que ocupó desde el principio para el malagueño el papel de un maestro admirado, pero también temido. Es probable que Clarín al comienzo no imaginara siquiera la escasa diferencia de edad con su corresponsal. De otro modo, quizás hubiera adoptado un tono menos profesoral.

Llegó Salvador Rueda a Madrid en 1880 siendo protegido por Gaspar Núñez de Arce que le consiguió un empleo en la redacción de *La Gaceta de Madrid* con un sueldo anual de 5.000 reales, a la vez que le dirigía en sus lecturas, realizaba correcciones de sus composiciones poéticas y hasta prologó algún libro primerizo. El joven malagueño –de limitada cultura y de carácter tímido– encontró dificultades para crearse un grupo de amigos en la capital y con el tiempo incluso llegó sentir cierta manía persecutoria, sintiendo que no se valoraban sus libros como merecían. A la altura de 1882, conocía ya a Clarín de vista, pero no lo trataba; lo mencionó en una carta a su maestro y amigo Narciso Díaz de Escovar fechada en Madrid el 26 de junio de 1882 donde le contaba cómo se iba familiarizando con las caras conocidas de la capital:

Conozco, aunque no los trato, a Castelar, Echegaray, Campoamor, Zorrilla, Sellés, Leopoldo Cano, *Clarín*, Flores García, Armando Palacio, Manuel del Palacio, y muchos más. No puedes figurarte lo raros que resultan todos ellos de cerca o tratados.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> La hemos adelantado en Jesús Rubio Jiménez, «Tres héroes emersionianos de la lengua española: Emilio Castelar, Leopoldo Alas, Clarín, y Rubén Darío», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, 38.1-2, 2013, pp. 327-344.

<sup>4</sup> En Amparo Quilez Faz, *Epistolario de Salvador Rueda*, Málaga, Arguval, 1996, pp. 48-50.

Su contacto epistolar directo con Clarín se produjo en 1886, cuando Salvador Rueda le remitió *El patio andaluz* pidiéndole que lo juzgara.<sup>5</sup> Clarín lo hizo en el periódico *La Opinión*, dejando delimitado el terreno de por donde irían sus relaciones literarias de tal modo que, en adelante, el modesto escritor que era Rueda se convirtió en un apocado alumno que acudía una y otra vez al maestro temeroso de sus palmetazos.<sup>6</sup> Es sorprendente la insistencia en sus cartas utilizando términos asociados con el castigo del *dómine* crítico y con una sumisa aceptación [2, 3, 11, 12, 13...].

La crítica de Clarín contiene una pequeña teoría de su visión de Andalucía, incluidas algunas confesiones personales sobre su admiración por aquella tierra, sus *impresiones* de la misma y hasta la mención de un libro que tenía «entre manos» sobre la sierra de Córdoba, que nunca llegó a ver la luz. El libro de Rueda le había traído el recuerdo de esa Andalucía que él vio y soñó:

Cuando yo entré en Andalucía olfateando con el alma, si cabe hablar así, llegaron a mis sentidos, y volando pasaron al espíritu, ráfagas de esos aromas mágicos, compuestos con aire, luz, idea y acaso algunas hojas de azahar y algunas gotas de jerez; y a veces en la prosa poética del *patio andaluz* se me antoja encontrar reminiscencias de tales aromas, si bien, es claro, con la diferencia que va de oler violetas frescas en el campo, a oler un pañuelo perfumado con violeta. Al fin, el libro de trapo es, y el señor Rueda no querrá que le adule hasta el punto de decir que él ha hecho con tinta esparcida sobre papel, lo que Dios hizo, Él sabrá cómo, con rayos del sol y jugos de la tierra.<sup>7</sup>

Clarín diferenciaba entre la Andalucía vulgar y ostentosa de los viajeros extranjeros atentos solo a lo superficial y vistoso de los grandes monumentos que había consagrado la tradición romántica y

La otra Andalucía, la misteriosa, la inolvidable, la que se adivina cuando se sabe soñar; la que no han visto muchos andaluces, la que habla al alma por los ojos de algunas andaluzas y en los juegos de la luz en la mezquita de Córdoba a

---

<sup>5</sup> Salvador Rueda, *El patio andaluz. Cuadros de costumbres*, Madrid, Manuel Rosado Editor, 1886.

<sup>6</sup> Clarín, «*El patio andaluz. Cuadros de costumbres por Salvador Rueda*», *La Opinión* 10-VII-1886. Recogido en *Nueva Campaña* (1887). En OC, IV, 1ª parte.

<sup>7</sup> OC, IV, 838. Sobre el viaje de novios de Clarín por Andalucía –que fue cuando sus sueños de conocer aquella tierra se hicieron realidad–, véase, Leopoldo Alas, Clarín, *El hambre en Andalucía*. Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 2001. Estudio preliminar y notas de Simone Saillard.

las diez de la mañana; la que canta con melancolía sublime en las hojas de los naranjos en las huertas de la Sierra, la que se ve, sabiendo sentir y recordar, desde *el balcón del mundo*; la que no anda prostituida por los teatros de París y por los cafés de Madrid y las coplas de los poetas chillones; la que casi está sin estudiar, casi sin comprender, la que mereció que Byron se enamorara de ella, la Andalucía poética, casi mística, esa apenas la conoce el mundo y, si en España llega a aclimatarse de veras un arte realista (literario), la veremos aparecer en libros de verdadera inspiración y de observación honda y bien sentida.<sup>8</sup>

Hasta señalaba unos precursores de esa literatura: Juan Valera en algunos capítulos de *Pepita Jiménez* y del *Doctor Faustino* donde había logrado pintar ya «con toda la *música* de colores, olores y hasta de contactos y temperaturas, la *impresión* andaluza, verdadera, auténtica, noble».<sup>9</sup> Y añadía algunas páginas de Fernán Caballero y ciertos pasajes de Serafín Estébanez Calderón como pasos hacia el «*realismo de la verdadera estética andaluza*».<sup>10</sup>

En opinión de Clarín, solamente Santander había encontrado ya «un pintor de su naturaleza auténtica» –José María de Pereda– y tal vez Cataluña, en el novelista Narcís Oller en algunas páginas de *Vilaniu*. Clarín exponía así la posibilidad de un programa de literatura realista sobre la diversidad paisajística española, una literatura regionalista honda y atractiva. Los cuadros de Rueda los veía como *bocetos* válidos en ocasiones para la construcción de esa Andalucía poética soñada, pero también otras veces de la Andalucía que desdeñaba y criticaba, porque era mera imitación, conducía al amaneramiento lleno de muletillas o frases sin sentido y a que se pudiera malograr un escritor que consideraba una verdadera promesa.

El espaldarazo que con esta crítica dio Clarín a Rueda fue notable, pero el reto que implicaba no lo era menos, quizás mayor. Clarín veía que poseía «muchas de las cualidades del escritor de observación poética y verdadera»:

Sus trabajos sobre el campo andaluz no son geodésicos; sus notas de costumbres, figuras, olores y colores no son documentos para la estadística o meros apuntes para la sociología; son verdaderamente obra de arte; observa usted a lo poeta, es minucioso cuando debe, adivina el pormenor que significa algo, y sabe, por ejemplo, cuándo el ruido de una cortina que mueve el viento debe llamar la atención. Maneja bastantes palabras sin rebuscarlas malamente, y

---

<sup>8</sup> OC, VII, 839.

<sup>9</sup> OC, VIII, 839.

<sup>10</sup> OC, VII, 839.

su tendencia a los giros familiares no es mala por sí, aunque no hay que exagerarla.<sup>11</sup>

La pedía por ello que cultivara sus cualidades positivas. Si lo hacía, ocuparía un puesto distinguido entre los verdaderos escritores castellanos. Pero no debía dormirse «sobre laureles demasiado verdes». Le dedicaba elogios, pero también advertencias:

No esperará Rueda que yo le diga que él va a ser el Pereda de Andalucía. Semejantes adulaciones suelen servir para ayudar a que se pudran los ingenios antes de estar maduros.

[...] No, señor Rueda: ni a usted, ni a nadie; yo no adulo. Sus artículos que leo con gusto casi siempre y siempre cumpliendo un deber, demuestran que posee usted muchas de las cualidades del escritor de observación poética y verdadera.<sup>12</sup>

No era poco, viniendo de quien venía, pero los reparos no eran menos, ducho como era Clarín en balancearse en sus apreciaciones y en crear una ambigüedad consciente, que en muchas ocasiones le valieron críticas de indeciso o pacato en los elogios:

Otro peligro es la afectación de sencillez y naturalidad. Desde luego, debe el señor Rueda ser menos pródigo de esos incisos *líricos* que se refieren al estado del propio ánimo y que disgustan, unas veces porque acusan egoísmo literario, y otras, las más, porque no son sino alarde retórico para redondear un periodo o lucir riqueza de giros, frases populares y refranes.

Supongo que me entenderá el señor Rueda.

Y nada más. Trabaje mucho, y ya veremos, si llega a ser lo que promete.<sup>13</sup>

El palo y la zanahoria. Elogios y reparos. Probablemente sea esta la crítica más importante que Clarín dedicó a Rueda. O al menos fue la más determinante ya que condicionó profundamente sus relaciones. El escritor malagueño asumió el reto que le había lanzado el crítico asturiano y luchó durante años para lograr lo que el maestro le pedía. En el epistolario que editamos las huellas de esta dependencia son constantes. Rueda insiste una y otra vez en decirle a Clarín que trabaja para lograr lo que él le ha

---

<sup>11</sup> OC, VII, 840.

<sup>12</sup> OC, VII, 840.

<sup>13</sup> OC, VII, 841.

indicado [7, 13]. Pide explícitamente a veces que no lea lo que le envía porque responde más a necesidades alimenticias su escritura que a lo que quiere lograr como artista [8, 13, 14, 17, 22]. Le traslada al maestro sus comentarios sobre sus novelas y cuentos incidiendo en los logros extraordinarios que ve en ellos y cómo la admiración se vuelve contra él hasta el punto de que le dan ganas de tirar la pluma y dejar de escribir porque no se cree capaz de lograr algo parecido [6, 13].

Es el proceloso campo de la ansiedad de la influencia: el poder de los modelos puede ser tal que anule al escritor. Y de aquí las paradójicas advertencias de Clarín sobre la necesidad de huir de la imitación cuando esta atrofia la verdadera personalidad del escritor nuevo y que los elogios excesivos a sus ejercicios imitativos de aprendizaje pueden malograrlo. Se agravaba, además, el riesgo porque Clarín no sólo era un *dómine* exigente que manejaba el látigo corrector sin dudar, sino un escritor cuyo alto voltaje percibía también Rueda quedando desalentado ante sus logros narrativos. Ninguna reserva hizo, sin embargo, sobre los desmedidos elogios que sus escritos suscitaban a su discípulo. El ejercicio del poder ciega con frecuencia a quien lo ejerce, aunque sea el poder literario.

Tiene en gran parte razón Cristóbal Cuevas cuando afirma que, a la larga, «Clarín fue el gran desorientador de Rueda. Marcó su poesía y lo desorientó».<sup>14</sup> Los gustos poéticos –y los artísticos en general– estaban sufriendo unos cambios rapidísimos y no fue este el campo en que Clarín fue más sagaz con lo que su miopía para apreciar ciertas novedades se la trasladó al discípulo que se sometía a su disciplina sin rechistar. No estamos seguros de que esta afirmación sea fácilmente extrapolable a los escritos en otros géneros que cultivó Rueda, en especial a la narrativa. Ahí el gusto y la sensibilidad de Clarín eran extraordinariamente finos en la apreciación de lo nuevo y en su cultivo como lo prueban una y otra vez sus relatos de madurez en los que construyó un verdadero mundo de experimentaciones, que Rueda parece haber comprendido parcialmente. Y de ahí su balanceo entre la admiración y la frustración. Sentía una gran admiración por los logros del maestro, y a la vez una gran frustración porque no conseguía unos frutos similares de su esfuerzo.

El estudio de sus relaciones de este modo se convierte en una indagación sobre el desarrollo del modernismo en España y sus contradicciones. Pero es necesario huir de

---

<sup>14</sup> Cristóbal Cuevas García, «Ensayo introductorio» a Salvador Rueda, *Canciones y poemas (antología concordada de su obra poética)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986, p. XXXVI.

algunos apriorismos críticos que sitúan a Clarín frente a los modernistas y a Rueda como abanderado del nuevo movimiento. Ni Clarín fue tan *antimodernista* como se ha sostenido ni Rueda tan avanzado en sus planteamientos como se le ha presentado con frecuencia.<sup>15</sup> Acaso lo que mejor revela el viaje a su intimidad que permite la lectura de sus cartas son muchos de los matices que hay que diferenciar a la hora de explicar las actitudes estéticas de nuestros escritores y muestran que Clarín cultivaba un peculiar modernismo y que Rueda fue a su zaga en no pocas ocasiones. El proceso clariniano, sin embargo, quedó bruscamente cortado mientras Rueda pudo culminar su recorrido y hasta ver cómo era desbordado por nuevas tendencias estéticas.

Algunas circunstancias suavizaron, no obstante, desde el comienzo al cáustico Clarín: la modestia indefensa de su corresponsal, sus dificultades para vivir de la pluma teniendo, además, que atender numerosas cargas familiares de las que le fue dando cuenta en sus cartas: la llegada de su hermana y sus hijos a su casa [5, 8, 20], la anualidad que debía pasar a su madre por quien, igual que Clarín por la suya, sentía verdadera veneración [11, 18, 23]. Otras veces la soledad era la única compañera del poeta malagueño aun en fiestas tan señaladas como las navidades [15]. Y por si no fuera suficiente, el conocimiento de que tenía también una salud precaria como él. Ambos andaban aquejados de problemas nerviosos por lo que Clarín entró pronto al trapo de las confidencias sobre su salud, que aparece ya mencionada en una de las primeras cartas conocidas del 26 de enero de 1887.

Fácil era ganarle por la mano a Clarín poniendo a la familia por medio. También de su escritura dependían varias personas con lo que estaba en condiciones de entender los agobios de Rueda. Era inevitable que se estableciera entre ellos cierta complicidad,

---

<sup>15</sup> José Luis Cano, «Rubén Darío y Salvador Rueda», en *Poesía española del siglo XX*, Madrid, Guadarrama, 1960, pp. 49-59. Rafael Ferreres, «Diferencias y coincidencias entre Rubén Darío y Salvador Rueda», *Los límites del modernismo y del 98*, Madrid, Taurus, 1964, pp. 73-81. Donald F. Fogelquist, «Salvador Rueda y Rubén Darío», *Españoles de América y americanos de España*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 89-112. A. W. Ashhurst, «Rubén Darío y Salvador Rueda», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 298, 1975, pp. 177-189. Richard Cardwell, «Rubén Darío y Salvador Rueda: dos versiones del modernismo», *Revista de Literatura*, n° 89, 1983, pp. 55-72. Muy ponderados, José María Martínez Cachero, «La actitud anti-modernista del crítico Clarín», *Anales de Literatura Española*, 2, 1983, pp. 41-61. Guillermo Carnero, «Salvador Rueda: teoría y práctica del modernismo», *Actas del congreso internacional sobre el modernismo español e hispanoamericano*, Córdoba, Diputación Provincial, 1987, pp. 277-306. Cristóbal Cuevas García, «Modernismo: poéticas paralelas. La adscripción literaria de Salvador Rueda», *Bohemia y literatura*, Sevilla, Universidad, 1993, pp. 111-131. Edición de Pedro Piñero y Rogelio Reyes Cano. Y «Salvador Rueda: la propuesta de un modernismo español de raíces autóctonas», *Príncipe de Viana*, anejo 18, LXI, 2000, pp. 113-126.

pero por otra parte, Clarín no renunciaba nunca a su estatuto de crítico consagrado y le podía su temperamento. El tono confesional de una de las primeras cartas de Clarín muestra que habían alcanzado ya una complicidad que pasaba de lo literario a lo personal con naturalidad:

Mi querido amigo: Con mucho gusto he leído su cariñosa carta que le ha servido para desahogar el mal humor que le produce la literatura según por ahí la entienden muchos. Efectivamente esto anda mal pero usted es joven todavía y debe olvidarse de lo que le rodea para oír las voces interiores que de fijo le hablarán de entusiasmo, fe, actividad y ambición legítima de gloria. Lo más triste vendrá cuando tampoco por dentro vea nada que le anime y conforte. Es decir, si tal estado llega para usted que Dios quiera que no. Si padece usted de los nervios tome en serio lo de curarse, higiene, higiene sobre todo. Sacrifique usted cualquier cosa a la paz nerviosa.

A mí me han hecho ser un desgraciado mis aprensiones nerviosas y ni siquiera me es lícito detenerme a describirlas minuciosamente por miedo a que vuelvan. Este año estoy mejor, gracias a la mucha agua que me echo sobre el cogote, a los muchos baños de mar y tal vez a una especie de baño aeroterápico que me doy todos los días.

De eso del miedo a volverme loco podría yo contarle a usted muchas cosas, pero, Dios me libre. Sin embargo no es este el mayor peligro pues la locura no suele venir por tales aprensiones.

En fin, permítame usted que no insista en esta materia dolorosa.

Ve con gusto que está usted lleno de proyectos. En cuanto pueda y sin defraudar al periódico reserve para sus libros la flor de la imaginación que es lo principal y lo que no se adquiere ni en bibliotecas ni en eso que llaman el *gran* libro de la experiencia.

Yo tengo muchas cosas comenzadas y ninguna concluida y me falta ánimo. *No creo en mí* en estas fechas y me voy haciendo viejo. Ahora me ha dado por leer mucho; y me da una vergüenza escribir. Pero, amigo, son los garbanzos, por lo menos al principio, hay que sacarlo de la pluma. Por lo cual, si tengo salud y aunque sea a tropezones y sin gana, iré haciendo varios libracos; los primeros serán una medianía. Ya está en el telar *Esperaindeo*, “novela idealista”, en la que he de poner, si puedo, algo de alma, de la mía, no de la que por ahí le hacen tener a uno.

Me hace gracia lo que usted me dice de que por ahí no se encuentra ser *refinado para* un remedio; en efecto, nuestros *détraqués* no tienen de los *decadentistas*... más que la anemia.

¡Si viera usted qué libros me mandan a mí!

Cariñosos recuerdos a esos amigos de *El Globo*. A Matoses que le doy la enhorabuena por su campaña *regional* que recibí últimamente, que gracias y que le escribiré.

Su verdadero amigo y compañero que le quiere y b. s. m.

LEOPOLDO ALAS<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> OC, XII, 204-205.

Unos pocos días más tarde –el 29 de enero de 1888– volvía a escribirle, contestando a una carta de Rueda que sin duda le había conmovido y de aquí la continuidad confesional: desde el gran esfuerzo que le estaba costando escribir su artículo sobre *La Montálvez* a sus propias luchas de escritor:

Es todo una poesía, muy hermosa su volante de usted. Me pide usted a mí, a quien quiere mucho (y lo merezco) y dice que admira (y juro que no lo merezco) que no trate mal a Pereda, a quien usted admira y quiere (y todo lo merece él). Aunque en mi opinión se hubiera equivocado de tren, no necesitaría yo el ruego de usted porque sigo mis teorías de *justicia* y de *moral críticas*. Pereda es *de los que sí las guardaron* y ya está en el cielo y ya sabe usted que en el cielo no se puede pecar. Esto que dicho así, es toda una paradoja, es sin embargo en el fondo, mi sistema. Usted, que por su historicismo tiene felices intuiciones, me comprenderá acaso sin que yo por hoy me explique más. Pero como en efecto *La Montálvez* ha parecido a muchos una caída, y tiene defectos que saltan a la vista y peca cien veces contra el *manual del perfecto novelista moderno* es claro que yo, para que mi defensa relativa tenga alguna fuerza he de conceder lo que contra la moda se dice por los más, para que a mí me concedan, los que sean capaces de ello (y usted el primero) que en *La Montálvez* hay miga –verdadero pan eucarístico de sana y dulcísima y consoladora y vigorosa moral cristiana– de modo que como hoy reconoció Manuel Palacio que no peca de honesto en la crítica íntima, si vale menos que *Sotileza* y *Pedro Sánchez*, es más libro, tiene mas alcance y fuerza como novela que *De tal palo tal astilla*, etc., etc.<sup>17</sup>

Y no tenía mayor problema en pasar después a hablar de sus condiciones de trabajo, convirtiéndose la carta en una fuente de revelaciones extraordinaria de las particularidades de su oficio:

Si usted viera cómo escribo yo novelas se espantaría pensando en mi muerte. *La Regenta* la he escrito mandando a Barcelona las cuartillas según iban saliendo y quedándome yo sin copia ni nada, así, a veces hasta olvidaba nombres de cosas y personas. Lo que yo hago es pensarlo mucho antes de escribir; hace más de diez años que vive conmigo Juanito Reseco y no saldrá a luz hasta dentro de tres o cuatro (si sale). *Esperaindeo* que es mi favorito, nació hace doce años o trece y tardará en publicarse un año o dos. Cada día creo más en lo inconsciente en esto de escribir; esta doctrina es peligrosa y la guardo para mí solo; además, cada cual es a su manera y no hay regla fija en esto. Si usted viera las vueltas que le doy en la cabeza a *Su único hijo* que es el que está más cerca de la imprenta.

---

<sup>17</sup> OC, XII, 238-239.

Hay un momento en que el autor ya no puede juzgar; hay que ir a ciegas, no queda más remedio.<sup>18</sup>

No es muy diferente el tono empleado en otra carta de Clarín de aquel año, dándole cuenta de nuevo de que escribe por imperativo económico, valora su amistad y leerá su próxima obra:

Mi querido amigo y compañero: No solo no le quiero a usted menos sino que, cuanto más lo pienso, lo quiero más ¿tantas Ruedas del radio de usted, piensa usted que hay para andar queriéndolas o no? El mundo es muy malo, amigo mío, esto que seguirá siendo verdad cuando ya no sea moda en literatura decirlo, nos hace abrir el ojo y aprovechar las pocas ocasiones que se presentan de apreciar de veras a una persona. Usted además de tener talento y estilo tiene corazón y eso vale mucho. Seremos amigos siempre si a usted le parece.

En lo de escribir yo más o menos no se fije usted. ¡Cuántos cinco duros dejo yo de ganarme por no ponerme a escribir! Y figúrese usted si apreciaré las monedas de cinco duros, teniendo dos hijos que quisiera tratar como hijos de mandarín.

Si no escribo es por pereza. Nada más que por eso.

Este verano estuve bueno. Ahora vuelvo a mis quisicosas de nervios y dispepsia.

Mi próximo libro se llama (nombre feo) *Mezclilla* y son artículos publicados ya. La novela no sé cuando la acabaré ni cuándo la recibirá.

Lo de usted lo leeré con mucho gusto y curiosidad. *El gusano de luz*, se llama, ¿verdad?<sup>19</sup>

A la altura de 1888, por lo tanto, sus relaciones eran no solo literarias sino amistosas. Salvador Rueda había llegado a Madrid dispuesto a abrirse camino en la literatura a toda costa. Contrastan a primera vista –por contradictorias– su impostada timidez y su quisquillosa tenacidad. Si la primera lo hacía vivir solitario y retraído – abundan en las cartas duras frases para la vida madrileña, en particular la literaria, que maldecía [3, 5, 8, 12, 14, 19, 22]–, la segunda le hizo buscar permanentemente el éxito literario en diferentes géneros y estudiando la manera de llegar a los grandes escritores que admiraba tratando de ganar su confianza y que se pronunciaran elogiosamente avalando su literatura. Sus gustos se hallaban bien definidos y también los personajes a quienes quería acceder cuando encontrara oportunidad y dejaran de ser para el tan

---

<sup>18</sup> OC, XII, 239.

<sup>19</sup> OC, XII, 261-262.

extraños como admirados cuando los veía por las calles y cafés madrileños o simplemente los leía con fruición.

Entre sus preferidos se encontraban Menéndez Pelayo, Pereda y Clarín –su *trinidad literaria* a la que se refirió en una de las cartas editadas [2]– con quienes logró cartearse y hasta que los dos últimos se ocupasen de él públicamente. Con Menéndez Pelayo, por el contrario, su relación no trascendió de lo privado, quedando reducida a las cartas que intercambiaron. En el epistolario que editamos, comunica alborozado a Clarín cómo ha establecido relación con don Marcelino por iniciativa de este [2]. Pero no pasaron más allá porque este no respondió a las consultas de Rueda pidiéndole opinión sobre *El patio andaluz*, *Poema nacional*, *El cielo alegre* o *El gusano de luz*. Lo cierto es que en la biblioteca santanderina de don Marcelino se encuentran prácticamente todas las ediciones de Salvador Rueda hasta la muerte de este con dedicatorias excesivas.<sup>20</sup> Menéndez Pelayo eludía en lo posible pronunciarse sobre la literatura viva y no estaba, además, dispuesto a leer obras inéditas en curso de elaboración. Ante la falta de respuesta dejó de escribirle, aunque no de enviarle sus nuevos libros y cuando volvió a escribirle lo hizo por motivos muchos más prosaicos como para tratar de conseguir un traslado a la Biblioteca Nacional donde don Marcelino sería su jefe.<sup>21</sup>

Con Pereda tomó también la iniciativa él mismo, mandándole *El patio andaluz*, envió al que respondió amablemente dándole su opinión sobre el libro considerándolo «un pintor de veras», «por la corrección del dibujo, la brillantez del colorido, el poder de observación y sobre todo por la galanura y donaire con que maneja la lengua castellana y la pliega y adapta a las exigencias artísticas del asunto».<sup>22</sup>

Rueda admiraba su literatura y constituía un modelo su *regionalismo* literario, para el posible regionalismo andaluz que el malagueño intentó, pero chocaron sus ideas, demasiado pacatas en lo moral en el caso del santanderino. Aún así, cruzaron cartas y

---

<sup>20</sup> Enrique Sánchez Reyes, «Mementos de actualidad...», BBMP, XXXIII, 1957, pp. 198-199.

<sup>21</sup> Enrique Sánchez Reyes, «Mementos de actualidad...», art. cit., pp. 204-205. Dionisio Gamallo Fierros, «El centenario de Salvador Rueda. Su amistad con Menéndez Pelayo y Rubén Darío», *Arriba*, 1-XII-1957. También, «Hoy, centenario del gran poeta malagueño Salvador Rueda», *Hoja del Lunes* (Madrid), 2-XII-1957. Y «Salvador Rueda en mi nostalgia. El centenario de su nacimiento», *La Comarca* (Ribadeo), 1-XII-1957.

<sup>22</sup> Enrique Sánchez Reyes, «Mementos de actualidad...», art. cit., p. 190.

opiniones, compareciendo citado en una de las cartas con motivo de su viaje por Andalucía [17].<sup>23</sup> Volveremos después sobre alguna de estas cartas.

A Clarín encontró la manera de llegar, escribiéndole primero con un pretexto tan peregrino como pedirle un ejemplar de *La Regenta*, que resultó fallido [1] o después, apoyándose en las críticas de este sobre algunos de sus libros. Una vez salvado el mayor obstáculo, se esforzó lo indecible para mantener viva aquella vía de promoción que consideraba extraordinaria para sus intereses. Pero no era solo un interés egoísta lo que le conducía al escritor y crítico ovetense, sino una rendida admiración por sus escritos.

Tampoco Clarín era absolutamente desinteresado en su relación con Rueda. Después de todo, lo veía como un poeta prometedor y con el tiempo, además, como uno de sus peones en la corte: le proporcionaba información de primera mano y su presencia en diferentes redacciones de periódicos importantes –*El Globo*, *El Imparcial*– ayudaba a la difusión de sus obras o incluso a que se le abrieran a él mismo puertas de colaboración. Apadrinar a Rueda era para él soportable. No era un escritor irreductible como José Martínez Ruiz, sino maleable y respetuoso con las jerarquías aunque con el correr de los años comenzó a hacerse un poco más exigente con su padrino a quien con más gracia que pudor comenzó a pedirle el aguinaldo en forma de apoyo, que para él tenía el valor hasta de premio gordo de la lotería [16].<sup>24</sup> Entender esta combinación de intereses –y de afectos– es indispensable para una lectura correcta de las cartas que intercambiaron a lo largo de más de 15 años.

### **Las novelas andaluzas de Salvador Rueda**

Cuando el escritor malagueño llegó a Madrid venía dispuesto ante todo a hacerse un nombre como poeta. Sus cartas de presentación eran una obra prometedora poética publicada y el aval de Gaspar Núñez de Arce, uno de los poetas de mayor presencia social entonces. Pronto comprendió, sin embargo, que solo con sus versos no iba a llegar muy lejos. Era preciso hacerse un nombre en la prensa y tantear otros géneros, en particular la novela, que vivía días de profunda renovación acompañada de intenso debate social. Aunque a la larga haya sido recordado Rueda más como poeta que como

---

<sup>23</sup> Las cartas de Pereda a Rueda en Enrique Sánchez Reyes, «Mementos de actualidad...», art. cit., pp. 188-197.

<sup>24</sup> Era esta, no obstante, una expresión hecha que Rueda utilizó en sus cartas a otros corresponsales en los que buscaba apoyo como Menéndez Pelayo.

narrador, ensayista o dramaturgo, lo cierto es que también en estas modalidades literarias se prodigó.

Desde mediados ochenta son cada vez más evidentes los indicios de su dedicación a la novela. Una parte significativa del contenido de estas cartas se refieren justamente a este asunto. Por un lado, Rueda da cuenta del cuidado con que seguía el desarrollo de la narrativa de Clarín –en particular su cuentística–, leyendo cuanto iba publicando y enviando al maestro sus impresiones de lector. Por otro, buscando su camino como narrador, siguiendo las pautas marcadas por Pereda en la novela *regionalista*, pero aplicando el paradigma al mundo rural andaluz, y atento a crear unos textos de peculiar naturalismo colorista, para el que los relatos de Clarín ofrecían pautas.

Ya se ha visto que su primer logro crítico positivo de Clarín lo consiguió con *El patio andaluz*, colección de *cuadros de costumbres andaluzas*. Rueda ingresaba en el mundo de la narrativa por la misma puerta que la mayor parte de los novelistas de entonces, escribiendo *escenas costumbristas* en un momento en que se estaba desarrollando toda una poética del relato regionalista, construido sobre la literatura de *impresiones*. Incluidos los riesgos de que fueran meros desahogos *ex abundantia cordis* o ejercicios de mera imitación de lo ya hecho por otros. Lo que Clarín buscaba y proponía era una escritura que ahondara en el conocimiento del mundo natural y también en las vivencias que suscitaba. Y en un paso más, puestos a hablar de relatos o novelas, en la capacidad de encarnar en unos personajes estas vivencias, quedando el narrador oculto tras ellos, tácito pero inconfundible a la vez. Él mismo estaba embarcado en este proyecto de búsqueda de formas narrativas capaces de convertir en valiosa literatura todos estos asuntos. Había emprendido tras *La Regenta* su propio camino de salida del primer naturalismo hacia la *novela novelesca* y el *relato poético*.<sup>25</sup>

Si el temor frenaba a Rueda al opinar sobre la poesía ante Clarín, mucho más tímido se muestra aún sobre la novela, sabiendo que tenía delante a un enorme crítico y a un exigente escritor. Pero por otro lado, su tenacidad se mostrará también en este campo, buscando la manera de que Clarín leyera sus narraciones –aún antes de publicarse en algún caso–, le asesorara y lo avalara con sus críticas.

---

<sup>25</sup> Clarín, «La novela novelesca», *Heraldo de Madrid*, 4-IV-1891. Véase, Miguel Ángel Lozano, «Los relatos poéticos de Clarín», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 613-614, julio-agosto de 2001, pp. 31-40.

En sus cartas comenta las novelas –*Su único hijo* en particular– y sobre todo los cuentos del asturiano. Rendido de admiración y propenso al elogio excesivo fue trasladándole a Clarín sus impresiones de lectura... Cuando leyó *Su único hijo* –aunque estaba pasando una de sus crisis nerviosas– no dejó de enviarle su enhorabuena, destacando la composición de la novela y los dos últimos capítulos. El penúltimo por su tratamiento de la naturaleza y el último por cómo había captado y transmitido todas «las sonoridades» de la iglesia en la que transcurre la acción [6]. Durante los primeros años noventa le comunicaba entusiasmado sus impresiones de lectura de cuentos como *La rosa de oro*, *El Centauro* o *Cambio de luz* [12]. Un tiempo después lo hacía sobre *El dúo de la tos* y *El Torso* [13].

Y fue también escribiendo sus primeras novelas con tenacidad, publicando tres entre 1889 y 1892: *El gusano de luz*, *La reja* y *La gitana*. Sobre dos de ellas aportan información de interés las cartas y, en el caso de la primera, incluso un pretexto hasta ahora ignorado, incluido en la carta [4].

A mediados de 1886 encuentra María Isabel Jiménez los primeros datos firmes de que la redacción de la «novela de costumbres» *El gusano de luz* estaba ya avanzada. La culminó Rueda en Sevilla en abril de 1888, retocándola en los meses siguientes y llegando a las librerías a comienzos de 1889, aunque se hallaba impresa un poco antes.<sup>26</sup> Su publicación en volumen fue precedida de numerosos pretextos dados a conocer en las páginas de *El Globo*, *El Imparcial* y *La Ilustración Ibérica*.

Además, buscó entretanto que le apadrinara como novelista alguno de sus amigos con prestigio y con este fin envió el original de la novela al menos a Valera, Pereda, Menéndez Pelayo y Clarín. Hace años Dionisio Gamallo Fierros recuperó la carta que le dirigió a Menéndez Pelayo el 28 de noviembre de 1888, solicitándole un prólogo a la vez que el indicaba la orientación de la obra. La reproduce entera Sánchez Reyes por quien la citamos:

Mi respetado amigo: Si V. no me hiciera el mismo efecto que suele hacer todo lo grande (una pirámide, el mar) mi miedo a su talento sería menor, y sería un bien para mí: pero la conciencia de que me valgo, y de la que V. es un

---

<sup>26</sup> Salvador Rueda *El gusano de luz. Novela andaluza*, Madrid, Imp. de El Crédito Público, 1889. Existe edición moderna de María Isabel Jiménez Morales publicada en Málaga, Arguval, 1997. Y un cuidadoso estudio del que extraemos la información que sigue, «Las novelas andaluzas de Salvador Rueda (1889-1892)», en Salvador Montesa dir., *Salvador Rueda y su época*, ob. cit., 2008, pp. 149-183.

asombro de facultades, hace que en vez de ir yo a verle, le envíe un ejemplar de la primera novela que escribo, *El Gusano de Luz*, sobre la cual, y antes de mandarle hacer la cubierta, quisiera saber su criterio.

[...] En éste [libro], he querido hacer algo así como el canto de la *naturaleza-tierra*, y la *naturaleza-carne* todo desenvuelto en medio de la vendimia andaluza, y con olores y sabores a mi país.

El realismo extremado de algunas escenas en las que se trata de la aberración amorosa, me parece de veras expuesto.<sup>27</sup>

Don Marcelino parece no haberle prestado ninguna atención. Pereda –que se venía mostrando bien dispuesto con sus escritos en prosa– se despachó con una dura carta el 6 de diciembre de 1888 sobre el contenido de la novela, que llegó a considerar pornográfico, sintiéndose apenado de que dedicara a estos menesteres «una pluma tan delicada, hábil y pudorosa, como la que escribió *El patio andaluz* y *Bajo la parra*».<sup>28</sup> Le decía:

Acabo de leer *El Gusano de Luz*; y cumpliendo el encarecido encargo que V. me hace en su cariñosa carta del 28 de noviembre, le doy sin pérdida de tiempo y sin ambages ni atenuaciones de ninguna especie mi “juicio honrado” sobre su novela. Creo que tiene V. sobrados motivos para estar “alarmado y febril con la obra” que también a mí me ha parecido de una audacia inconcebible por el “crudísimo realismo de algunas escenas”. En castellano claro, una novela pornográfica de la peor especie, y aunque a V. le parezca mentira, aún hallo en *El Gusano de Luz* algo peor que esas crudezas naturalistas que a V. le espantan en letras de molde y a mí me apenan por ser obra de una pluma tan delicada, hábil y pudorosa [...] y es que esas crudezas no vienen al libro por la fuerza misma de las cosas y de los acontecimientos sino atropellando las leyes del buen sentido, las de la lógica y hasta las de la naturaleza humana y falseando la complexión artística del autor, con lo que resulta en definitiva, un lastimoso alarde preconcebido de emular con la pintura de un caso fenomenal y absurdo, la poco envidiable gloria de López Bago y otros tales.<sup>29</sup>

Consideraba a Rueda un hábil maestro en las descripciones, pero no admitía que las pusiera al servicio de lo que consideraba fuera del decoro y aun de la lógica.

---

<sup>27</sup> Enrique Sánchez Reyes, art. cit., p. 202. Dionisio Gamallo Fierros, «El centenario de Salvador Rueda. Su amistad con Menéndez Pelayo y Rubén Darío», *Arriba*, 1-XII-1957.

<sup>28</sup> Enrique Sánchez Reyes, art. cit., p. 192.

<sup>29</sup> Enrique Sánchez Reyes, art. cit., p. 192. A pesar de ello, Rueda no dejó de seguir escribiendo a Pereda y hasta consiguió palabras positivas sobre *La reja*, que aprovechó para su difusión. Buscaba avales a toda costa y a cualquier precio. Véase la carta, art. cit., pp. 194-196, tras leer la novela en pruebas.

Recuperamos aquí la carta que dirigió a Clarín solicitando consejo y hasta adelantándole unas cuartillas fruto de cambios de última hora, lo que supone que le había enviado antes una versión completa. Tampoco parece haber tenido mayor fortuna en este intento con lo que la novela salió sin ningún prólogo y tiempo más tarde Clarín aún declaraba no haberla leído.

El interés de esta carta y las cuartillas que la acompañan es que permite adentrarse en el proceso creativo de Rueda, empeñado en su descripción del ambiente andaluz en que ubica la acción de la novela como un elemento más que impulsa la pasión de los protagonistas. En su carta, Rueda le indicaba a Clarín que sustituyera en el capítulo titulado «A las ancas» –que corresponde al capítulo XX, penúltimo de la novela– unas cuartillas que le había enviado por otras nuevas que adjunta. No sabemos si Clarín llegó a decirle algo o no de estas cuartillas –al parecer no–, pero al cabo su texto prácticamente sin cambios es el que la novela editada incluyó. Aunque en la carta menciona que habrá de corregir aún esas cuartillas, su cotejo con el texto publicado, salvo mejoras en la puntuación y ortografía, apenas presenta cambios significativos, sustituyendo «una carga de luz en las alas» por «una carga de sol y colores en las alas» y algún otro pequeño detalle.<sup>30</sup>

Estas páginas correspondían a uno de los momentos críticos de la novela. Tras lo acaecido en el capítulo anterior, donde el viejo tío Sebastián había acabado durmiendo la siesta con la joven protagonista, se trataba de encontrar una salida airosa a tan desigual pareja y a tan cruda escena *naturalista*. Por más que Rueda señalaba que era aquel un «viejo rico y noble, que no es lo mismo que viejo a secas», había que normalizar la relación, dejando encauzada la pasión. Y este es el contenido del capítulo XX donde el tío Sebastián va tomando algunas decisiones, la principal de las cuales será casarse a puerta cerrada con la joven. Las cuartillas reescritas se refieren a la parte final del capítulo en que, engalanados y montados en su caballo, se dirigen desde el cortijo al pueblo cercano, acompañados de dos criados que harán de testigos en la discreta ceremonia que normaliza su unión.

---

<sup>30</sup> Hemos cotejado el texto en la segunda edición de la novela, aparecida dentro de 1889. Sobre el proceso textual de *El gusano de luz*, véase, María Isabel Jiménez Morales, «Notas de crítica textual a *El gusano de luz*, de Salvador Rueda», en *A zaga de tu huella. Homenaje al profesor Cristóbal Cuevas*, ed. de Salvador Montesa, Málaga, Asociación para el Estudio, Difusión e Investigación de la Lengua y Literatura Españolas, 2005, vol. 2, pp. 63-92.

Pero Rueda, además, debía lograr su propósito de presentar un canto vitalista, presentando a esta joven mujer, que pasa de crisálida a mujer madura –por decirlo con una expresión muy suya–, sin violencia y enamorada. El narrador acompaña a la pareja durante su viaje a lomos del caballo, describiendo el mundo natural presentado de manera colorista y casi entonando un canto epitalámico a los enamorados.

De la inseguridad narrativa de Rueda da cuenta también la carta que le envió a Clarín con su novela *La Gitana*, pidiéndole que no la leyera, ya que no la consideraba digna de lo que quería conseguir [10]. Era consciente de sus limitaciones como novelista.

### **Las malas compañías. Modernismo, pero ¿qué modernismo?**

El 7 de enero de 1888, *El Globo* publicó «Una carta de Clarín» como breve reseña del poema *Sinfonía del año*.<sup>31</sup> La carta está fechada en Oviedo el 3 de enero de 1888 y su original hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Fue el propio Rueda quien decidió publicar esta carta, que analizó por primera vez Marcos G. Martínez Martínez en 1987 realizando una transcripción deficiente del manuscrito, que ha sido corregida por Amparo Quiles, quien considera mejor con toda razón la copia publicada en *El Globo*.<sup>32</sup> En el periódico va precedida de esta nota:

La carta, aunque no ha sido escrita para ver la luz pública, encierra alguna de esas penetrantes observaciones características de Clarín y encierra advertencias, que no solo a Rueda son aplicables. Por eso la insertamos en nuestras columnas, seguros de que será leída con gusto por nuestros abonados.

Y su texto era el siguiente:

Oviedo 3 de enero de Pavía, digo, de 1888

---

<sup>31</sup> Salvador Rueda, *Sinfonía del año. Poema*. Madrid, Imprenta de la Publicidad, 1888.

<sup>32</sup> Marcos G. Martínez Martínez, «Cuatro cartas de Leopoldo Alas a Salvador Rueda, 1887-1888», en *Clarín y La Regenta en su tiempo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987, pp. 1081-1087. Amparo Quiles, «Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», art. cit., texto en pp. 63-65. Remitimos a este estudio para el cotejo detallado de las transcripciones. El texto también en OC, XII.

Querido amigo: Un apretón de manos por su *Sinfonía del año*, que acabo de recibir y acabo de leer. Sí; la he leído toda y me gusta en general mucho, no por la *Sinfonía* tanto por el que la toca. Tengo mucho que decirle de los defectos y de los primores de su librito, y se lo diré en un artículo próximo a publicarse. Probablemente en *La Justicia*. Hay números que son preciosos, poéticos de veras; creo que usted es de los pocos que pueden tener licencia de cazar en el Parnaso. Prueba de ello, que no le adulo, es que todavía no le llamo cazador; por ahora hace usted blancos, después matará las piezas.

Y ya que va de imágenes; usted está en una cumbre, es indudable; la prueba es que se le ve desde lejos; pero esa cumbre tiene dos vertientes, y no hay más remedio que bajar de ella por un lado o por otro tarde o temprano; por un lado se va al *gran arte*, por otro se rueda a la decadencia; hay dos precipicios: la poesía predominantemente descriptiva es signo de literatura docente; la poesía de muchas imágenes, montadas unas sobre otras, de imágenes algo violentas, va al gongorismo. A todo eso se puede ir a parar. No se fíe usted de aduladores; y guardando como oro en paño el don que tiene de manejar el español y el verso de forma que anuncia un verdadero estilista, conságrese principalmente a *vivir* y *pensar*, y leer algo, es decir, a leer lo bueno.

Y advierta que hay lecturas que de camino que le hacen a uno castizo, le *ahuecan*.

Le escribo a las doce de la noche.

Repito la enhorabuena.

Recuerdos cariñosos a esos señores redactores de *El Globo*, a quienes tanto quiero y admiro.

Suyo de corazón,

Leopoldo Alas<sup>33</sup>

Quizás no sea exagerado decir que esta carta cumplía un papel similar –referido a la poesía– al de su reseña sobre *El patio andaluz* en 1886 respecto a la prosa narrativa. Algunos aspectos del poema le gustaron a Clarín, pero le advertía de los peligros del descriptivismo excesivo y del mero amontonamiento de imágenes ingeniosas. Le invitaba por lo tanto a trabajar discretamente, leyendo buenas cosas y pensando, creándose un estilo depurado.

Clarín ampliaba su interés hacia la poesía de Rueda hasta tal punto que un tiempo más tarde decidió realizar una reflexión sobre la situación de la joven poesía española en una serie de cartas que comenzó a publicar el 20 de julio de 1889 en *Los Madriles*.<sup>34</sup> El poeta con quien quería ejemplificar la situación era Rueda. Pero lamentablemente la serie se redujo a esta primera entrega de la que, no obstante, se

---

<sup>33</sup> Tomamos el texto de Amparo Quiles, «Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», art. cit., pp. 63-65.

<sup>34</sup> Clarín, «Cartas a Salvador Rueda, I», *Los Madriles*, Madrid, 20-VII-1889, p. 3. OC, VII, 857.

pueden señalar algunas características de cómo le situaba en ese momento. No deja de ser sorprendente, con todo, que considerara joven a un poeta de la edad de Rueda, que había cumplido ya 32 años.

Este apoyo del arisco Clarín y su estima eran asideros más que suficientes para que Salvador Rueda, cuando concluyó la redacción de *Cantos de la vendimia* en 1890, le enviara el original, pidiéndole un prólogo al maestro Clarín y este acabó introduciendo una carta en *La Correspondencia de España* por si quería después incluirla en una segunda edición como prólogo. Según Amparo Quiles, hacia julio de 1890 –cuando concluyó el original del libro– se lo envió solicitándole opinión y que si no le parecía malo, le escribiera un prólogo.

Editamos aquí la carta con su petición y también otras dos posteriores que jalonan el proceso de preparación de la copia definitiva del libro y el insistente ronroneo pedigueño de Rueda hasta que logró el prólogo una vez prometido éste por Clarín [7, 8, 9]. En la primera carta, Rueda insistía en su dedicación al trabajo que había culminado en el libro que le enviaba tras leer sus consideraciones en *Los Madriles*.<sup>35</sup> Se quejaba de que Clarín lo juzgaba con cierta tibieza al elogiarlo y hasta había temido que pudiera descargar sobre sus espaldas una de sus tormentas críticas. Le enviaba su nuevo libro con la esperanza de que si le gustaba se decidiera a ponerle un prólogo:

Hoy le mando el autógrafo de un nuevo libro que usted ha tenido la culpa de que escriba. En la primera página le puse una dedicatoria a usted, llena de entusiasmo, pero me ha avergonzado la idea de que el libro esté demasiado lejos de ser un recuerdo digno de persona de tanto mérito como usted, y lo he quitado; no quiero hacer el ridículo a ciegas, porque yo no sé si la obra me acabará de conquistar de usted el nombre de poeta, cuya sola posibilidad me hace sentir ráfagas de alegría loca y desacompasada.

Ha sido el ideal de toda mi vida, merecer de usted ese título, que he querido ganar por medio del cariño al arte y de la voluntad constantemente puesta en el estudio y en mi fin perseguido.

Si el libro acusa un poeta, yo desearía alcanzar de usted la hermosísima distinción de que me presentara como tal al público, en un prólogo, que será, con seguridad, toda una hermosa obra, como de usted, y desearía que usted me presentase, por que [sic] a usted, repito, he debido el escribir el libro, pensando solo en agradecerle y recordando sus gustos e indicaciones. Si nada de eso acusa en mi trabajo, me conformaré con no haber acertado. [7]

---

<sup>35</sup> Alude a «Cartas a Salvador Rueda», *Los Madriles*, 43, 27-VII-1889 (OC, VII, 854-858). La carta no lleva fecha, pero creemos que el original enviado pudo ser el de *Cantos de la vendimia*, que reaparece en las siguientes cartas y que al final sería prologado por Clarín.

Por las razones que fueren, Clarín no respondió a la carta ni se pronunció sobre el original que le había enviado. Ante su silencio se quejó en nuevas cartas –como la número [8]– y entonces Clarín sí respondió con «Palique. Correspondencia particular» en *Madrid Cómico* el 26 de julio de 1890.<sup>36</sup> Una misiva a la vez pública y privada, modalidad epistolar que Clarín utilizó con frecuencia, atendiendo de este modo simultáneamente a sus compromisos profesionales y a los personales. Como en un juego –abrevia el nombre del destinatario, pero con resultado bastante transparente– adquiere público compromiso de escribir el prólogo. Todo lo cual no deja de ser un hábil procedimiento para convertir la carta privada en literatura cobrada. La carta de Rueda no estaba perdida –o volvió a aparecer– puesto que la incluimos en esta serie. Dice el texto de Clarín:

Correspondencia Particular (imitación del *Madrid Cómico*)

Sr. D. S.lv.d.r R..d. (M.dr.d).– Soy tan hacendoso que pierdo las cartas; las pierdo en seguida de tan bien guardadas, y ¡al *montón anónimo* vaya usted a buscarlas! Perdida la suya, perdidas las señas; por eso le escribo con letras de imprenta, por el *Madrid Cómico*, para que se sepa, y aunque otros se enteren, por si usted se entera. ¿Que si escribo el prólogo? Sí, señor, lo escribo, porque algunos versos me gustan muchísimo, otros son medianos, y los hay malitos. El conjunto puede, corrigiendo el libro, ser cosa de gusto, discreto, bonito, y honraré mi nombre con el frontispicio. Como usted no pide que le llame Homero, sino que le diga todo lo que pienso: lo amargo, lo dulce, lo blando, lo recio, lo fuerte, lo flojo, lo malo, lo bueno, lo que está de sobra, lo que es un defecto; como con el prólogo no me comprometo a darle diploma de poeta egregio, porque, al fin y al cabo, no soy guardasellos, ni aun el *Villaverde mayor* de estos reinos, ni quito poetas ni pongo copleros; por estas razones y otras que reservo, le haré a usted el prefacio en corto y ceñido, sin pinchar en hueso, si puedo impedirlo, saliendo por donde sale Lagartijo, incólume, intacto... y sin compromiso. Para pormenores que no son del caso, vuelva usted a escribirme, poniendo debajo la calle y el número de casa y de cuarto. ¡Ah! *La mariposa* es digna de un clásico.

Rueda recogió el guante enseguida y al día siguiente le escribió una carta en verso, siguiendo el juego a Clarín y su prosa en cierto modo rimada.<sup>37</sup> En plena euforia,

---

<sup>36</sup> Amparo Quiles, ««Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», art. cit., texto en pp. 66-67. Clarín, «Palique. Correspondencia particular», *Madrid Cómico* el 26 de julio de 1890.

<sup>37</sup> Conservaba el manuscrito la nieta del escritor María Cristina García Alas y la publicó por primera vez José María Martínez Cachero, «Salvador Rueda escribe a Clarín. (Una epístola

sin poder dormir, le escribe contándole que su ingeniosa carta «me devuelve en parte / mis sueños perdidos». Por fin, ha podido arrancarle al maestro que «...algunos versos / me gustan *muchísimo*.» Se aferraba naturalmente a la parte que más le interesaba: al fin había logrado que públicamente Clarín dijera que algunos de sus versos le gustaban *muchísimo*. Como también le hacía reparos, le pedía que los concretara:

Cuando me conteste  
dígame del libro  
qué tacho, qué corto,  
qué rayo, qué pincho,  
qué trova echo fuera  
y qué trova limo.<sup>38</sup>

A todo estaba dispuesto Rueda para agradecer al maestro y para arrancar de su boca de una vez por todas, que era un poeta. Y concluía con su tendencia habitual a la exageración:

No cambio el muchísimo  
ni por un diamante  
el peso de un kilo.<sup>39</sup>

Ni así logró que Clarín acelerara la escritura del deseado prólogo, por lo que Rueda volvió a la carga con una nueva carta en octubre de 1890 apenas encontró pretexto:

Mi querido D. Leopoldo.

Ante todo le manifiesto mi agradecimiento por su recuerdo a mi pobre persona en el penúltimo número de *Madrid Cómico*: sé lo mucho que vale la menor concesión de usted y el beneficio que puede hacer a un escritor.<sup>40</sup> Ojalá

---

inédita en verso)», *Revista de la Universidad de Oviedo*, XLIX-L, 1948, pp. 137-140. Reproducida por Amparo Quiles en «Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», art. cit., texto en pp. 68-70.

<sup>38</sup> En A. Quiles Faz, art. cit., p. 70.

<sup>39</sup> En A. Quiles Faz, art. cit., p. 70.

<sup>40</sup> Clarín no se puso pronto manos a la obra, pero no lo echó en olvido. Volvió a sacar el tema en otro «Palique» (*Madrid Cómico*, 11-X-1890), refiriéndose a la necesidad de renovación lírica que había. Mencionó que para ello algo valía de Rueda «el libro inédito a que debo poner un prólogo». Y se refirió también a la revolución rítmica que se necesitaba. (En OC, VII, 1121).

ese prólogo con que va usted a apadrinar mi libro no deshaga el poco crédito que usted me dio. [8]

Aprovechó para enviarle nuevos originales, noticias del comienzo de temporada en la vida literaria madrileña e insistió en sus peticiones de consejo acerca de qué poemas debía suprimir:

De *Cantos de la vendimia* quedan eliminados las poesías *La pita*, *La rana*, la conclusión de la *Sinfonía*, y dos o tres comp[osición]es cortas más, que ahora no recuerdo.

Si no le fuera a usted demasiado molesto debía decirme qué poesías debía quitar y cuáles debía corregir para que eliminado todo ello, tuviera usted menos palos que darme. [8]

Como avanzaba el año hacia su fin y el prólogo no llegaba, la felicitación navideña le dio ocasión de pedir «el aguinaldo» a su padrino:

Mi querido Don Leopoldo.

Este es el mes de las peticiones y *la tradición* me ampara para hacer a usted la mía.

El editor que ha de publicar *Cantos de la vendimia*, me da cada *solo de Clarín* que me vuelve loco con la tardanza del prólogo por usted generosamente prometido a mi libro.

Escribir unas cuartillas no es para usted absolutamente nada, y a mí sería hacerme un señor beneficio. Alargo pues la mano, temblando de miedo y le digo:

Padrino Alas, el aguinaldo. [9]

Ni así cumplió todavía Clarín su promesa de escribir el prólogo. Rueda debió vivir aquellos meses sobre ascuas. Se resignó, corrigió el libro y lo publicó tal como indica en la nota inicial. Pese a ello, en 1891 le hizo un prólogo para su libro.<sup>41</sup>

Clarín podía sentirse satisfecho del aplicado alumno que tutelaba. Escuchaba atentamente sus consejos, seguía sus indicaciones y se deshacía en elogios del maestro siempre que tenía ocasión. Pero así las cosas, se produjo un giro inesperado que no iba a ser del gusto de Alas. En 1892, llegó Rubén Darío a España con motivo de las celebraciones del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. Darío no era apenas conocido aún en España aunque desde la publicación de *Azul* en 1888

---

<sup>41</sup> Clarín, «Carta-prólogo» a *Cantos de la vendimia*, Madrid, Gran Centro Editorial, 1891, pp. 11-22.

encabezaba el movimiento modernista americano.<sup>42</sup> Salvador Rueda lo acogió con gran interés y lo introdujo en los círculos literarios madrileños, abriéndole también las puertas de *El Liberal* donde publicó «Elogio de la seguidilla».<sup>43</sup> Agradecido por sus atenciones, Darío escribió un «Pórtico» para el libro *En tropel* que Rueda publicó en 1892 y Darío lo recogería después en *Prosas profanas y otros poemas*. Los elogios son desmesurados pues lo coloca ventajosamente en el mundo grecolatino, proclamándolo introductor en España de la «fresca y riente» «rítmica griega»; a la vez lo veía como cantor de Andalucía lleno de ecos orientales, cantor también de Asturias o Castilla con lo que en la parte final lo elogiaba –resumiendo su recorrido, que es una síntesis de las claves temáticas del libro– con piropos de este calibre:

Joven homérica, un día su tierra  
vióle que alanzaba soberbio estandarte,  
buen capitán de la lírica guerra,  
regio cruzado del reino del arte.  
Vióle con yelmo de acero brillante,  
rica armadura sonora a su paso,  
firme tizona, bronceo olifante,  
listo y piafante su excelso pegaso.  
Y de la brega tornar vióle un día  
de su victoria den los bravos tropeles,  
bajo el gran sol de la eterna Armonía,  
dueño de verdes y nobles laureles.<sup>44</sup>

Rubén Darío, sin duda, se había dejado llevar por el entusiasmo, desplegando toda su parafernalia retórica al servicio de la exaltación del poeta amigo. *En tropel* es un libro variado que marca un momento de plenitud en la obra de Rueda con su variedad de registros rítmicos y con su característico colorismo que amplía su paleta andaluza a Castilla o a Asturias con los «Cantos del Norte» nacidos de su viaje al Principado en 1892, asistiendo como invitado a la inauguración del balneario de Borines. Y por si no fuera suficiente, en la parte final incluye un ensayo –«Color y música»– donde expone

---

<sup>42</sup> Lo había reseñado pronto Juan Valera con interés en su *Cartas Americanas*: «Azul», 22-X-1888 y 29-X-1888. En *Obras completas*, Madrid, Aguilar, III, pp. 289-298.

<sup>43</sup> Rubén Darío, «Elogio de la seguidilla», en *Prosas profanas y otros poemas*. Citamos por *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, México FCE, 1952, pp. 215-216.

<sup>44</sup> Rubén Darío, «Pórtico», ob. cit., p. 215.

su poética nueva y considera su pluma «orquesta, paleta y hasta pincel» lanzando al aire una proclama renovadora. La reacción de Clarín no se hizo esperar:

*En tropel* se titula el último libro de versos publicado por el simpático Salvador Rueda.

De Rueda he hablado yo bien varias veces, entre otras, con ocasión de escribir un prólogo para su obra *Cantos de la vendimia*.

Es evidente que reconozco en este escritor ciertas facultades muy dignas de cultivo. Si no fuera así, no hablaría de él... pero también tiene defectos que pueden perderle, porque son muy peligrosos.

Rueda es muy efectista, en el mal sentido de la palabra. Efectista en el sentido de *poseur*... hasta cierto punto. Y lo peor es que él no se da cuenta clara de ello. Es efectista con la mayor naturalidad. Así como se ha hablado de la fe de los que creen que son creyentes, se puede hablar de la *sinceridad* que Rueda cree *sinceramente* que tiene, y no tiene.<sup>45</sup>

Argumentaba Clarín mezclando elogios y críticas como era su costumbre. Pero tuvo aún más interés en apuntar su arco –armado con puntiaguda flecha envenenada– contra Rubén Darío:

Lo mismo que de él puede decirse del señor Rubén Darío, poeta americano, que ha escrito el prólogo, que él llama *pórtico*, de este libro de Rueda.

El señor Darío no es de mi parroquia y puedo decir aquello de que *los americanos se entiendan con él*; de modo que si escribe endecasílabos cambiándoles los acentos rítmicos tradicionales... y a veces los cambia mal y le resultan versos de diez sílabas, aunque él no quiera, y otras dos versos de cinco (que no es lo mismo) allá él... y si supone que las navajas están *ebrias de licor malagueño*, allá él también; pero Rueda es de casa, es amigo, y necesita buenos consejos. Tanto más, cuanto que en este mismo libro titulado *En tropel* hay cosas buenas de verdad, sentimiento profundo y real, a veces, como cuando trata en vano de explicarnos la singular *nostalgia* que le produce el *rechino* de los carros asturianos... que cantan a lo lejos, por las laderas de las montañas...

En fin, en otra parte hablaré de esta nueva producción de Rueda con más detenimiento.<sup>46</sup>

Clarín estaba marcando los límites de su *parroquia* y no quería que se introdujera en su dominio Rubén Darío al que le lanza algunos alfilerazos. Sus atrevidas imágenes inquietaban al lógico Clarín. No entraban en sus cánones versos como estos:

---

<sup>45</sup> Clarín, «La crítica literaria. (Colaboración inédita)», *Las Provincias*, 24-XI-1892. En OC, VIII, 443.

<sup>46</sup> OC, VIII, 443-444.

Tiene una corte pomposa de majas.  
Suya es la chula de rostro risueño,  
suyas las juergas, las curvas navajas  
ebrias de sangre y licor malagueño.<sup>47</sup>

No acababa de ver con buenos ojos las innovaciones métricas que proponía y creemos que, de alguna manera, sintió celos y que se estaba alejando de su influencia su hasta entonces fiel y sumiso discípulo. Y de aquí su alusión a que Rueda necesitaba «buenos consejos». Una vez más su táctica del palo y la zanahoria.

La reprimenda del maestro dejó anonadado a Rueda. Como era previsible, no tardó en acusar el golpe y le escribió enseguida:

Un *amigo mío* me envía la *Instantánea* donde usted habla de mi último libro *En tropel*: sino [sic] hubiera sido por ese amigo mío, como estoy tan metido en mi casa con motivo de la enfermedad de mi sobrina Matilde (muchacha que está a punto de dejar de ser crisálida) quizás no hubiera yo leído la *instantánea* de usted, que tanto me honra y que viene a alegrarme un poco en medio de tanto disgusto como en este tiempo ha venido a reunírseme (también mi madre anda mal de salud).<sup>48</sup>

Así es que le estimo mucho el rayo de luz suave y cariñosa que penetra usted en mi corazón. Siempre, en los escritos de usted que a mí se refieren, creo ver un no sé qué de cariño, de amor de hermano mayor a menor, cosa que que [sic] la alojo siempre en mi alma como un aliento que recibe mi vida.

Le suponen a usted muchos descorazonado: yo no puedo decir más que todo lo contrario, a través de ciertos escritos de usted, corre siempre una brisa de cariño, un soplo tibio, que resucita las esperanzas que van a marchitarse.

Y conste que todo esto va dicho sin *posse* ¡Dios mío, *posseur* yo! En fin, será verdad cuando usted lo dice, y procuraré *disponerme*, amigo crea que no hay tal cosa.<sup>49</sup> [11]

Más sumiso no podía mostrarse Rueda y más compungido tampoco, quedando a la espera del estudio más amplio del maestro. El soñado artículo en *El Imparcial* no llegó y hay que esperar hasta unos meses después para encontrar nuevas alusiones. Indirectamente cuando se refiere a Darío de nuevo despectivamente, criticando su

---

<sup>47</sup> Rubén Darío, «Pórtico», ob. cit., p. 214.

<sup>48</sup> Salvador Rueda, *En tropel. Cantos españoles*. Con un Pórtico de Rubén Darío, Madrid, Biblioteca Rueda, II, 1892 (2ª ed., 1893)

<sup>49</sup> La «instantánea» se halla en Clarín, «Crítica literaria (Colaboración inédita)», *Las Provincias*, 24-XI-1892 (OC, VIII, 443-444).

manera de escribir: «Verán ustedes cuántos disparates dice don Rubén en pocas palabras. Y aquí no hay *pórtico* ni *camafeos* que valgan. Contra el sentido común no valen decadencias ni simbolismos...»<sup>50</sup>

No le gustaba la terminología modernista y reincidiría en ella en sus sátiras, incluyendo en el alfilerazo a Rueda, a quien juzgaba ya contaminado. Para muestra de esta contaminación bastará un botón. Apenas unos días después comentaba con estas palabras el libro de Enrique Gómez Carrillo *Sensaciones de arte*:

Empieza el libro [...] con un sencillo y agradable prólogo de Salvador Rueda, nuestro muy querido y simpático poeta *neoculterano*, prólogo que no tiene para mí más defecto que el llamarse *liminar*.<sup>51</sup>

Sin concluir el año volvía sobre el fondo de sus inquietudes Clarín de manera más extensa al dedicarle a Rueda una semblanza de las que ideó para su libro nunca realizado, *Vivos y muertos*. Retomaba su viejo proyecto de hablar de la poesía nueva tomando como referente al poeta malagueño con lo que la semblanza individual es desbordada para convertirse en una reflexión y en un posicionamiento de Clarín frente al modernismo, que para él estaba echando a perder a los jóvenes literatos:

Salvador Rueda es de los pocos literatos jóvenes que será una lástima que se echen a perder en esta anarquía mansa de nuestras letras, donde en rigor no hay letras, pero sí hay anarquía.

La mayor parte de los muchachos que en estos últimos años se han presentado con alardes reformistas no merecen siquiera que se les dé el disgusto de decirles cómo se escribe Orestes.

Pero Rueda, pese a sus enemigos, los que me escriben anónimos invitándome a censurar tal o cual verso del poeta andaluz, verso que ellos señalan con lápiz rojo, Rueda es digno de estudio, de simpatía y de sanos consejos.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> Clarín, «Revista mínima», *La Publicidad*, 26-X-1893. OC, VIII, 590.

<sup>51</sup> Clarín, «Revista literaria», *Los Lunes de El Imparcial*, 11-XII-1893. OC, VIII, 602. Enrique Gómez Carrillo, *Sensaciones de arte*, París, G. Richard, 1893.

<sup>52</sup> Clarín, «Vivos y muertos. Salvador Rueda. Fragmentos de una semblanza», *Madrid Cómico*, 23-XII-1893. OC, VIII, 606.

Clarín se defendía de la acusación de Rueda de que le trataba mal por exceso de imparcialidad y se aplicaba a continuación a disuadirlo –como en sus cartas– de meterse a profeta de la nueva poesía:

El mayor peligro que corre... Rueda está en haberse metido a profeta de su modo de entender la poesía. Queríale más encerrado en sus ensueños, siguiendo sus instintos sin defenderlos en el ágora, que entregado como está ahora a la *fronda* literaria, recurso indigno de él, que tiene verdadero ingenio y no necesita, para ser alguien, meterse a político del Parnaso, manía muy extendida entre la juventud moderna, y esto no solo aquí, sino en Francia, en América, etcétera.

¿No notan ustedes que hoy los jóvenes (en Francia particularmente) hablan demasiado de doctrinas, de escuelas y cenáculos que se levantan, que pasan, que vencen, que son vencidos; de reformas, de libertades, de nuevos horizontes, etcétera, etcétera? La mayor parte de los que alborotan no tienen nada bueno que decir por su cuenta, y alguno de ellos ha inventado la peregrina teoría de que la *nueva tendencia* (ellos no quieren que haya *escuelas*) no necesita tener grandes escritores, y que justamente aspira a distinguirse por no sufrir la tiranía de ningún Víctor Hugo, de ningún Zola, etcétera.<sup>53</sup>

Clarín no acertaba a comprender a los jóvenes literatos y entre ellos colocaba a Rueda y su libro *El ritmo*, «una batalla contra molinos de viento».<sup>54</sup> El ataque iba dirigido a través suyo de nuevo contra Rubén Darío:

Su obsesión *antiquintanista* sólo es comparable, por lo desaforada, a su obsesión a favor de ciertos poetas americanos, como Rubén Darío, que no son más que sinsontes vestidos con plumaje pseudo-parisién.

[...] Rubén Darío, para Rueda, es un poeta nuevo, que cincela, y esculpe y hace todos esos primores que antes llamaban parnasianos y ahora no hay quién sepa cómo se van a llamar, pues los gremios literarios de ese género se han multiplicado al infinito.

---

<sup>53</sup> OC, VIII, 607.

<sup>54</sup> OC, VIII, 607. Salvador Rueda, *El ritmo: crítica contemporánea*, Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1894. Véase, Salvador Rueda, *El ritmo*, University of Exeter Press, 1993. Edición de Marta Palenque. Citamos por esta última edición. De nada habían servido sus elogios en el libro, pues en él Clarín es citado como maestro ideal para enseñar a escribir: «a los que se vea claramente que traen dentro el toque divino, quisiera yo que los educara en cátedra, pagada por el Estado, nada menos que un Leopoldo Alas, o personalidad de tal fuste; ya ve usted si yo quiero para los poetas honores, y si me gustará que sean, además de inspirados, cultos y exquisitos y llenos de matices intelectuales. ¿Que no podría venir Alas a Madrid a desempeñar esa cátedra? Pues, como serían pocos los poetas, que los mandaran a Oviedo, como se envían pintores pensionados a Roma. No pido más que equidad para mis compañeros de arte.» (p. 24) O después se apoyaba en él diciendo que Clarín hacía tiempo dijo que «en la poesía castellana hacía falta una revolución rítmica.» (p. 43)

Pues bien, el tal Rubén Darío no es más que un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el tic de la imitación, y además escribe, por falta de estudio o sobra de presunción, sin respeto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío, en castellano viejo.<sup>55</sup>

Trataba a continuación de desacreditarlo comentando su soneto sobre Benvenuto Cellini analizado por Rueda en *El ritmo* o la campaña emprendida por el malagueño contra el endecasílabo, considerándola «no sólo ociosa, sino hasta perjudicial».<sup>56</sup> Y concluía indicando que otro día continuaría porque le faltaban cosas que decir, «todavía algunas agrias y casi todas las dulces.»<sup>57</sup> Siempre el palo y la zanahoria. Así lo hizo el 30 de diciembre de 1893 concluyendo la aparente semblanza ahora centrándose más en lo dulce:

Rueda se ha propuesto ser *colorista* (forma) y entusiasmarse con Andalucía (asunto). A pesar del innegable amaneramiento en forma y en idea que se nota en muchas de sus poesías, Rueda vence a menudo, agrada, acierta, pero es a fuerza de vena rica, si bien constantemente impura.

[...] Por lo que principalmente creo yo en el mérito real de tal poeta es por esto: porque a pesar de tan malos enemigos como lleva consigo, muchas veces hay positiva hermosura en sus versos.

Usando de antiguos tropos, se puede decir que la lira de Rueda es una de esas *guitarras afrancesadas* que vemos en los cuadros, en los teatros en que los franceses pretenden representar nuestras cosas nacionales. Sí; el *andalucismo* de Rueda es, aunque él no quiera, un poco, *andalucismo* de exposición universal de opereta. ¿Por qué? Por el prurito reformista de escuela que, quiéralo o no, coincide con análogas pretensiones de los franceses. En cierto prólogo a obra ajena, Rueda se queja de que le tomen por *modernista* a lo parisiense y hace grandes protestas de españolismo; pero no van del todo descaminados esos amigos suyos que le ven como un *compañero* en *instrumentismos* e *impresionismos*, etcétera, etcétera. Siéntalo o no como español. Rueda canta a Andalucía con *teorías* francesas, más o menos imitadas, tal vez nada imitadas reflexivamente, pero sí bebidas en el ambiente literario, sin saberlo.<sup>58</sup>

---

<sup>55</sup> OC, VIII, 608.

<sup>56</sup> Carta 4 referida al ritmo, ob. cit., pp. 15-20.

<sup>57</sup> OC, VIII, 609-610.

<sup>58</sup> Clarín, «Vivos y muertos. Salvador Rueda. (Conclusión)», *Madrid Cómico*, 30-XII-183. OC, VIII, 621-622.

No se mostraba menos belicoso por aquellos días en sus paliques: «Palique», *El Globo*, 26-XII-1893. OC, VIII, 618-620: «En muchas partes he leído elogios rimbombantes dedicados por Rueda a un don Rubén Darío, poeta americano, capaz él solo de corromper al ejército de Jerjes, en materia literaria, se entiende.

Volvía Clarín a una vieja advertencia que le había hecho al comentar *El patio andaluz*: el peligro de caer en los tópicos de la visión romántica de Andalucía tal como la habían acuñado los viajeros europeos. Y lo hacía acusando a su discípulo de haber caído en un peligro del que le avisó hacía tiempo. Sólo en parte lo disculpaba al añadir que lo hacía más reflexivamente porque esta manera de presentar Andalucía estaba diluida en el ambiente.

Una nueva acusación era la de que, cuando escribía de otras regiones, lo hacía superficialmente con lo que sus poesías venían a ser *de circunstancias* y lo ejemplificaba con los poemas que *En tropel* dedicó a Asturias:

Vino Rueda a Asturias en cierta ocasión, a inaugurar el balneario de Borines, y a los pocos días, después de un viaje de pocas horas, ya *cantaba* la naturaleza del Norte con el mismo *color* y el mismo *entusiasmo* con que suele cantar la de su tierra. Aunque no se las hayan encargado, sus poesías de Asturias eran de circunstancias; algunas, de viajero agradecido. No es eso, amigo Rueda, el santo amor, casto y recatado, a la naturaleza. No hablaba así Leopardi de sus melancólicos horizontes, ni Shelley cantaba así sus *mares* y sus países soñados.<sup>59</sup>

Sobre esta base crítica montaba su argumentación tratando de disuadirle de seguir por ese camino, que no le haría ser más que poeta de certamen, con imágenes extravagantes y temeridades lingüísticas. No era probable que Salvador Rueda alcanzara a entender el alcance y la excelencia de los modelos del gran romanticismo que Clarín apuntaba. El peligro de malgastar su talento escribiendo poemas *de circunstancias* era cierto y mayor todavía en un poeta versátil en la técnica, propenso al entusiasmo inmediato y a convertir en versos pagados su inspiración como era Rueda. Y tras el varapalo, la ración de zanahoria:

---

[...] El señor Darío pertenece a ciertas pléyades de escritores nuevos americanos que imitan a los *modernistas* de París, del modo más servil, amañado y... valga la verdad, cómico que cabe imaginar.

Huya Rueda de todos esos señores, en cuanto literatos, como la peste. No les proteja ni se deje amparar por ellos.

[...] ¡Ay amigo Rueda, huya usted de esas malas compañías, de *decadentistas* americanos, tan perezosos, lacios, desmadejados como aquellos chilenos de ejército que Ramos Carrión nos pinta en *Los sobrinos del capitán Grant!*»

<sup>59</sup> OC, VIII, 622.

Digan lo que quieran los que le envidian y los que le desdeñan sin estudiarle, Rueda tiene el don precioso del ritmo, la viveza de la imagen, fiel y permanente, que da tiempo, persistiendo a que se la retrate y hasta a que se *la quiera*; sí, porque no es seguro que, *en cuanto puede*, Rueda sienta tanto como dice su *Andalucía iluminada*, lo que no cabe dudar es que acaricia con deleite el reflejo fantástico de esa Andalucía en su imaginación plástica y poderosa; y si una cosa y otra son bien distintas, también la última es digna de aprecio.

[...] Mucho me engañaré si, andando los años, ya corregido de las malsanas tendencias que rápidamente he señalado, Rueda no llega a figurar entre los pocos escritores españoles que honran el noble verso castellano, tradición gloriosa.

También es verdad que puede acabar por despeñarse... pero Dios no lo quiera.<sup>60</sup>

El pulso estaba echado y Salvador Rueda llevado a un punto donde debía elegir por qué camino continuar, por el apuntado por Darío e intuito por él mismo, o por el que señalaba el *dómine* Clarín, incapaz a lo que parece de aprestar su gusto poético, si bien es cierto que sus alusiones a Leopardi o Shelley son las de un depurado conocedor de la mejor estética romántica, la del solitario italiano y la de la poderosa imaginación creadora del poeta inglés. Pero malamente podía ascender por esa senda –insistimos– el autodidacta Rueda más propenso a la intuición inmediata y colorista de los patios andaluces que a las humildes flores nacidas en las laderas del Vesubio. Tampoco los vuelos de su imaginación se poblaban de nocturnos ruiseñores sino más bien frágiles golondrinas sobre el claro cielo azul andaluz. Clarín apreciaba los límites de Rueda, pero la alternativa que le ofrecía no estaba a su alcance: el alto romanticismo europeo nunca parece haber formado parte de los intereses de Rueda. Pero hay que señalar también, que el propio Clarín estaba cada día más miope para apreciar el devenir de la lírica y que pasó delante de sus ojos un poeta excelente en su desmesura como Rubén Darío sin que viera en el más que un sinsonte.

En todo caso, Clarín ganó el pulso y Rueda orientó su escritura más siguiendo sus directrices que las de Darío. El alejamiento posterior de este y las quejas de Rueda de ese desapego cuando tanto le había ayudado no faltan en el epistolario en una de las últimas cartas, como se ve después [20].

Clarín siguió velando por su discípulo y reseñando algunos de sus libros. El 23 de febrero de 1896 dedicó parte de su «Revista literaria» a comentar su desorientado

---

<sup>60</sup> OC, VIII, 623-624.

libro *Fornos*.<sup>61</sup> Si se tiene en cuenta lo dicho hasta aquí, su crítica resulta reveladora del discurso domesticado que le aplicaba:

Rueda tiene muchos amigos y admiradores y también muchos enemigos; en América es popular y alabado por cierto público más entusiástico que discreto, generalmente. Él no se deja deslumbrar por esta vanagloria, y, venciendo, hasta donde puede, ímpetus de culteranismo cordobés, tendencias decadentismo capaces de corromper al ejército de Jerjes y destrozar una sagrada tradición gramatical dialéctica y retórica, procura enmendarse. *Fornos*, fuera de ciertos pasajes lamentables, es hasta ahora el más serio acto de contrición de Rueda.

Ya no hay ni pórtico de Darío, ni juegos malabares de la rima, ni caprichos de *rigolade* métrica, ni orgías de frases incongruentes, ni el afán absurdo de pintar, y cantar, y tocar, todo junto, con los pies y las manos, y los codos y las rodillas.

Estas locuras de la confusión de los sentidos y de las facultades y medios artísticos, deben dejarse a la teratología estética, pues ya se sabe que siempre significan flojedad del imperio cerebral estas anarquías psicológicas. No es esto decir que en *Fornos* no sobre todavía mucha *cristalería* y loza fina y que no haya demasiado sol, y metáforas dislocadas, y atrevimientos líricos inadmisibles, mezclados con faltas de propiedad y corrección; a veces, también asoman el demonio de la afectación, el adjetivo pintamonas echándose las de Claudio Lorena, y otros pecados capitales.<sup>62</sup>

Clarín no soltaba fácilmente la presa. Seguía batiendo el hierro –hasta acude a alguna comparación ingeniosa y a utilizada antes– contra el modernismo y contra Darío, primero desde la altura y después desmenuzando errores que apreciaba, para volver en el tramo final al elogio:

No pocas veces vuelve la estrofa a ser armoniosa, correcta, noble, inspirada, llena de idea y emoción. Tiene *Fornos* mucho de sátira a lo Juvenal, y en esta clase de digresiones congruentes es tal vez donde más levanta el vuelo Rueda y más sustancia tiene. Exagera como Juvenal, pero es por análogos efectos.

[...] Todo lo malo de *Fornos*, que es mucho, puede corregirse. Lo bueno, que no es poco, demuestra un gran adelanto; y que harían bien en confiar los amigos de este poeta joven, el de los grandes extravíos y no escasas facultades.

El fondo casi candorosamente moralizador de su poema, no le pese a Rueda. Si se lo ponen en solfa... compadezca a esa clase de críticos.

---

<sup>61</sup> Salvador Rueda, *Fornos. Poema en seis cantos*, Madrid, Tipografía de los Hijos de M. G. Hernández, 1896.

<sup>62</sup> Clarín, «Revista literaria», *El Imparcial*, 23-II-1896. OC, IX, 506-507.

Resumen: mi enhorabuena; y a enmendarse en lo mucho que todavía se peca.<sup>63</sup>

El *dómine* se impone una vez más, pocas posibilidades de escapatoria le dejaba a Rueda. No aflojaba nunca la rienda y siempre había peros que poner. Siguió haciéndolo otras veces, incluido el artículo sobre la literatura española contemporánea solicitado por una revista francesa *Le mouvement littéraire contemporaine* en 1900. Alude a Rueda, pero conteniéndose en los elogios.<sup>64</sup> Dedicó una mención de pasada a la publicación de *Piedras preciosas*, afirmando que la había producido una buena primera impresión y que volvería a hablar del libro, pero no hemos visto que lo hiciera.<sup>65</sup>

Esta fidelidad a Clarín y su abandono de la experimentación modernista le valió el alejamiento de Rubén Darío. Cuando el poeta nicaragüense volvió a España y en sus crónicas enviadas a *La Nación* de Buenos Aires se ocupó de «Los poetas» en carta fechada en Madrid el 14 de agosto de 1899, Rueda salió malparado:

Salvador Rueda, que inició su vida tan bellamente, padece hoy inexplicable decaimiento. No es que no trabaje [...]; pero los ardores de libertad ecléctica que antes proclamaba un libro tan interesante como *El ritmo*, parecen ahora apagados [...] Los últimos poemas de Rueda no han correspondido a las esperanzas de los que veían en él un elemento de renovación en la seca poesía castellana contemporánea. Volvió a la manera que antes abominara; quiso tal vez ser más accesible al público, y por ello se despeñó en un lamentable campoamorismo de forma y en un indigente alegorismo de fondo. Yo que soy su amigo y que le he criado poeta, tengo el derecho de hacer esta exposición de mi pensar.<sup>66</sup>

¡Cómo habían cambiado las cosas! Cuando Darío llegó a Madrid en 1892, fue su introductor en el mundo literario español, pero ahora lo capitaneaba el nicaragüense. Al igual que Clarín, se colocaba por encima del malagueño y con derecho a darle consejos alegando que era él quien le había creado poeta.

Salvador Rueda entretanto había logrado hacerse un lugar notable en el mundo de la poesía española, ajustando su escritura a los usos medios de consumo y

---

<sup>63</sup> OC, IX, 509.

<sup>64</sup> OC, X, 802.

<sup>65</sup> OC, X, 885.

<sup>66</sup> Rubén Darío, «Los poetas», en *España contemporánea, Obras completas*, tomo III, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, p. 255.

prodigándose en periódicos y revistas, además de mantener una continuada producción editorial en libros, que tenían buenas ventas en España y más en América según su propio testimonio. Pero cierta mala conciencia –¿o temor más bien?– hacía que deslizará en sus cartas avisos a su maestro ovetense para que no tomara en cuenta esta literatura producida para vivir y que se reservara para escribir sobre los que consideraba sus mejores empeños. Era cierto que en América sus obras gozaban de prestigio entre los modernistas, pero Darío se alejaba de él y lo censuraba. Como de costumbre acusó el golpe recibido de Darío y se lo hizo saber a Clarín [20].<sup>67</sup> No tardaría en encastillarse en sus planteamientos y en situarse frente al modernismo que consideraba de origen francés y detestable.

Pero, por otro lado, se encontraba cada vez más a gusto en su espacio conquistado y hasta gestionando con gusto aquel modernismo colorista. Su paso por la revista *La Gran Vía* (1893-1895) certifica bien sus logros y también los límites de su poética. De formato y contenido misceláneo, fue fundada por el sombrerero Gaspar Abati y por el dramaturgo y poeta festivo Felipe Pérez y González. Como señala en su excelente estudio Marta Palenque «fue probablemente la común inclinación a la zarzuela y a la poesía festiva la base de esta sociedad», que nacía acogándose al título de la famosa zarzuela *La Gran Vía* (1886) e indirectamente a lo que significaba esta avenida madrileña, expresión máxima de la modernidad burguesa de la corte en aquellos años.<sup>68</sup>

A finales de 1894, la revista fue vendida a otra empresa y Salvador Rueda pasó a ser el director y propietario de la revista, lo que supuso que la presencia de la poesía alcanzara una mayor presencia y nuevos criterios en la selección de los poemas. *La Gran Vía* dejó de ser una revista donde predominaban el humor y el costumbrismo satírico a ser abanderada de una de las líneas de renovación poética de aquellos años, el modernismo colorista al que venimos aludiendo. Rueda –que ya había colaborado en la

---

<sup>67</sup> Sobre su difusión en América ofrece útil información Roberto Campa Mada, «Los libros de Salvador Rueda y las revistas modernistas de fin de siglo», *Magazine modernista*, XIII, 2009. Edición electrónica. Realiza un seguimiento en revistas americanas como *Las tres Américas*, *La Pluma* y sobre todo en *Revista Azul* (1894-1896). En ellas aparecieron la mayor parte de los poemas de libros como *Cantos de la vendimia*, *En tropel*, o si nos referimos a sus reflexiones sobre la poesía, *El ritmo*. Sobre la última revista, véase, Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado, *Índice de la Revista Azul (1894-1896) y estudio preliminar*, México, UNAM, 1968.

<sup>68</sup> Marta Palenque, «Salvador Rueda, director de *La Gran Vía* (1894-1895) y la renovación poética finisecular», *España Contemporánea*, XV-1, 2002, pp. 31-53.

primera etapa– convirtió la revista en una publicación de promoción de poetas andaluces, que eran compañeros suyos y aun discípulos. Consiguió que poetas de Málaga, Sevilla, Almería y Córdoba colaboraran –Palenque ofrece un cuidado recuento– con lo que la poesía defendida por él en aquellos años se hizo más visible en Madrid.<sup>69</sup> Su labor tutelar se prolongaba en prólogos para libros de aquellos poetas –lo que le valió más de una censura por parte de Clarín [20, 21]– y con la inserción de fotografías de sus compañeros en la revista con dedicatorias a él o acompañadas con alguna carta afectuosa.

En su gran mayoría, los textos insertos de estos autores son deudores –según las estimaciones de Palenque<sup>70</sup>– de la tradición decimonónica y de la plasticidad parnasiana, ampliado su horizonte con algunas prosas de *Azul* de Rubén Darío: «El velo de la reina Mab», «La canción del oro», «El palacio del sol» y «El pájaro azul». No en vano, había calificado el nicaragüense a Rueda en el «Pórtico» a *En tropel* (1892) como «joven homérica» y «buen capitán de la lírica guerra». También otros poetas hispanoamericanos comparecían en la revista: Darío Herrera, Manuel Pichardo, Gonzalo Picón Febres, Carlos Reyles...

El poeta más presente, con todo, fue él mismo, insertando poemas que insisten en la orientación parnasiana, en sus búsquedas coloristas y rítmicas, acompañándolas, además, de textos y notas en prosa firmadas con el seudónimo de *Quioquiap* con consideraciones teóricas sobre el ritmo o sobre diferentes artistas exponiendo preferencias y rechazos, que delatan y delimitan su gusto.

En este contexto hay que situar la presencia de Clarín en la revista que –como se ve– fue un atractivo escenario de las pujas entre diferentes tendencias poéticas. El entusiasmo de Rueda consiguió que el maestro accediera a la publicación de tres poemas suyos que acompañó con una semblanza con cuyo comentario cerraremos la presentación de este epistolario. Una de las cartas, de hecho, arroja alguna luz al respecto [15]. Como director de la publicación, Salvador Rueda preparó cuidadosamente la publicación de estos tres poemas de Clarín. Ya la semana anterior incluyó una nota, preparando el terreno:

---

<sup>69</sup> Marta Palenque, «*La Gran Vía* durante la dirección de Salvador Rueda (diciembre de 1894-septiembre de 1895) y la renovación poética finisecular: índice de las composiciones poéticas», *Philología Hispalensis*, XVI-1, 2001, pp. 227-239.

<sup>70</sup> Marta Palenque, «Salvador Rueda...», art. cit., pp. 40-43.

En nuestro próximo número, daremos a conocer al público el regalo verdaderamente regio (por venir del rey de las letras) que nos ha hecho el maestro de los maestros, Clarín. Gracias al cariño antiguo que nos profesa hemos obtenido de él, no un cuento, que estos, escritos de un modo inimitable, los admira a diario el público en todos los periódicos, no una crítica, que esas también las lee y las celebra el público con frecuencia; la sorpresa que preparamos a nuestros lectores para el próximo número consiste en que publicaremos nada menos que *tres poesías* de Clarín escritas precisamente en los metros predilectos nuestros; una de ellas de delicadísima ternura; otra humorística y espléndida de música y matices, y la otra escrita en un originalísimo ritmo, imitado de Gabriel D'Annunzio, el poeta joven de mayor mérito del Parnaso italiano, ritmo tan audaz y valiente por decirlo así, que jamás nosotros, tildados de progresistas en este punto, nos hemos atrevido a tanto. En una de las poesías canta a mi tierra, a Andalucía.<sup>71</sup>

En efecto, en el siguiente número incluyeron «Del desván (Tres poesías inéditas de Clarín)», que son: «Córdoba», «Fragmentos de un incendio» y «De “La Torre”». <sup>72</sup> Precedidas de la semblanza «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)», firmada por R. <sup>73</sup>

«Córdoba» nos devuelve a la ensoñación de Andalucía por Clarín en sus años jóvenes y cuando visitó la ciudad durante su viaje de novios. Fechado en la ciudad andaluza en 1882, el poema es un fragmento de sus *impresiones* entonces, considerando Andalucía una tierra que con sus colores, aromas y hasta ruidos le curaba *la tisis* del alma, de sus tristezas y de sus desengaños. Queda lejos, desde luego, de esa gran literatura sobre Andalucía que defendía en sus reflexiones. El carácter fragmentario del texto, con todo, dificulta pronunciarse sobre su alcance.

Los «Fragmentos de un incendio», fechados en Oviedo en 1892, nos trasladan a la intimidad del hogar de Clarín donde está su hijo enfermo y él vive la zozobra de la enfermedad, queriendo para él la fiebre del niño, que quedaría de este modo aliviado.

Dos textos en verso, pero con escasa tensión poética, con lógica constructiva, pero escasos de sugerencia. No era poeta Clarín en verso –salvo en sus agudos poemas

---

<sup>71</sup> «Clarín», *La Gran Vía*, 6-I-1895.

<sup>72</sup> Clarín, «Del desván (Tres poesías inéditas de Clarín)», que son: «Córdoba», «Fragmentos de un incendio» y «De “La Torre”», *La Gran Vía*, 81, 13-I-1895, p. 5. Se han referido a estos poemas Dionisio Gamallo Fierros, «El itinerario espiritual de Clarín», *La Voz de Asturias*, 28-XI-1984, pp. 20-21. Y David Torres, «Tres poesías desconocidas de Leopoldo Alas», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 117, 1986, pp. 201-206.

<sup>73</sup> R. [Rueda], «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)», *La Gran Vía*, 81, 13-I-1895 p. 4.

satíricos– y encontraba verdadera dificultad de expresar su intimidad por este procedimiento.

Llamativo resulta «De “La torre” (Colección «In fieri») (Ritmo imitado de D´Annunzio)», fechado en 1993 lo que supone un temprano conocimiento de la obra de D´Annunzio y que había sorprendido al propio Rueda por su ritmo según la nota que se ha visto. Decía así:

Bruma callada amiga, circunda cual manto la torre,  
símbolo del misterio de mis amores místicos.

Piramidal fantasma, la gótica sombra vigila,  
y ofrécame el sigilo de su silencio eterno.

Sí, callará la torre, como calla triste la noche,  
y no sentirá celos de su rival humana.

Calla la blanca estrella, cual de nieve copo con alas,  
sobre la cruz brillando del índice teológico.

Como la torre y astro, callo siempre dulce secreto,  
y a la rival humana duerme en cripta oscura:  
bajo el astro y la torre.

Nuevos tanteos de Clarín, en esta ocasión tratando de explicar sus sentimientos religiosos que tanto le preocuparon durante aquellos años. No parece excesivo sugerir que esta torre «piramidal» –adjetivo sobado y resobado por Rueda y que comparece en alguna de sus cartas– es la de la catedral de Oviedo. Las ansias de infinito elevan a Clarín por encima de ella tratando de descifrar su destino en las estrellas. Clarín se desenvuelve mejor en este terreno cercano al poema en prosa aunque la disposición tipográfica quiera darle la apariencia de texto medido.

*La Gran Vía* era en ese momento –sin presentirlo acaso por completo sus protagonistas– el escenario de un duelo de tendencias poéticas. En lo que a Rueda respecta, podríamos decir que Clarín ganó la batalla, pero sus propios versos delatan sus limitaciones en este campo. Las cosas cambian muy mucho –según se ha visto antes– cuando hablamos de su capacidad para crear una prosa verdaderamente sugestiva y moderna en sus relatos.

El control que Clarín llevó a cabo con Rueda, imponiéndole sus criterios, lo intentó también con Gregorio Martínez Sierra, por citar un nombre más que comparece en las últimas cartas de Salvador Rueda a Clarín [21]. No tuvo, sin embargo, Clarín

tiempo de plantear una estrategia y de desarrollarla completa por su inesperada muerte. Pero es como si presintiera nuevamente un rival. Lanzó alfilerazos como solía:

Pues en un periódico así escribe el señor Martínez Sierra un folletín en verso libre titulado *Flores de escarcha*, que deben ser flores blancas o yo no entiendo de meteoros.

Autoriza la Constitución, sin duda, el uso inmoderado del verso libre; pero yo aconsejo al señor M. Sierra que no lo emplee de modo exclusivo como hace, porque los maliciosos van a creer que es por huir de las dificultades de la rima. Además, como el señor Martínez Sierra no hace más que decir cómo amanece y cómo oscurece, y que en verano hace calor y en invierno frío, y otras cosas así, que sabe todo el mundo, y las dice lo mismo que él, resulta que los versos blancos de M. Sierra nos dejan en blanco por doble concepto.<sup>74</sup>

Empezó a marcar el territorio también en algún «Palique», mostrándose juez que no logra convencernos de su benevolencia:

A Martínez Sierra le premié yo, acompañado de Ortega Munilla y de Altamira.

De Martínez Sierra habían hablado algunos *superlativos* con elogio, no sólo excesivo, sino inoportuno. Le alabaron cierta prosa poética, en definitiva, artificiosa, mala, y después, versos, que, por culpa de la forma *ácrata*, eran malos desde luego. *Gedeón* y yo (sin plagiarlos, concibiendo) le dijimos que hacía prosa que era verso y verso que era prosa. Y eso está mal hecho. Además, Martínez Sierra insistía en un simbolismo frío, fiero, que le alabaron y que el siguió cultivando.

Pero vino el certamen Mignon; y al leer la novelita *Almas ausentes*, entre muchos defectos, creí ver, como mis compañeros, cualidades; muy apreciables; observación, fuerza y alguna idea poética de veras interesante, aquella de lo que espera lo ideal... y lo encuentra de tan dramática manera. Nada de prosa poética, o muy poco. Resultó que el autor era... Martínez Sierra. No me lo esperaba; pero me alegré.<sup>75</sup>

Rueda en sus cartas le transmitía lo quejoso que andaba Martínez Sierra, más aún teniendo en cuenta que siempre hablaba bien del maestro y trataba de cambiar la voluntad del maestro, pidiéndole incluso la cesión de alguno de sus cuentos para una edición en su Biblioteca Moderna [21].

Aún hubo un episodio más que ha pasado desapercibido y que demuestra la miopía de Clarín para entender el alcance del modernismo poético. Mientras estaba

---

<sup>74</sup> Clarín, «Palique», *Madrid Cómico*, 30-VI-1900. En OC, X, 771-772.

<sup>75</sup> Clarín, «Palique», *Heraldo de Madrid*, 29-I-1901. En OC, X, 980.

Rubén Darío en España como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires se produjo la muerte de Emilio Castelar. Darío no solo informó sobre el suceso con una extensa crónica sino que la publicó como folleto: *Castelar* (1899).<sup>76</sup> Clarín reseñó el folleto en uno de sus paliques:

Rubén Darío [...] acaba de publicar en Madrid un folleto muy lindo y lujoso, titulado, *Castelar*. Es de lo mejor entre lo poco escrito hasta ahora acerca de ese gran tema, que nuestros literatos y sociólogos no aprovecharán.

[...] Pocos galicismos y no muchos neologismos audaces y sesquipedales hay en esta hermosa necrología; y, en cambio, hay vigor, sinceridad que encanta, elocuencia real y muy española. En pocos pasajes he notado esa extraña habilidad que tiene Rubén Darío para escribir prosa, que parece correctamente traducida del francés. Verdad es que vengo notando de algún tiempo acá un saludable cambio en el estilo de este escritor hispanoamericano.<sup>77</sup>

¡Qué tono tan distinto al que venía utilizando para referirse al poeta nicaragüense! Todo le parecía digno «de alabar en el folleto», en el que se trazaba una semblanza de «Castelar verdadero», resaltando su grandeza.<sup>78</sup>

La semblanza que Darío trazó de Castelar era la culminación de un seguimiento admirado del gran orador. Cuando estuvo en 1892 en España conoció y escuchó a Castelar. La extraordinaria impresión que le produjo la seguiría recordando aún cuando escribió su *Autobiografía* en 1912. En su capítulo XXV –«Un orador: Castelar»– revivió de nuevo un almuerzo en su casa y quedó fascinado por «su verbo de colorido profuso y armonioso».<sup>79</sup> Añade: «En verdad era una voz de la naturaleza, era un fenómeno singular, como el de los grandes tenores o el de los grandes ejecutantes. Su oratoria tenía del prodigio, del milagro.»<sup>80</sup> O después coincidieron en casa de la Pardo Bazán.<sup>81</sup> Al volver a España en 1899 como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, para informar del estado en que se encontraba *la madre patria* tras el desastre colonial, las circunstancias eran bien distintas y también en esta ocasión tuvo ocasión de ver y

---

<sup>76</sup> Rubén Darío, *Castelar*, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1899. Antes, «Castelar», *La Nación*, 1-VIII-1899.

<sup>77</sup> L. Alas, OC, X, 509.

<sup>78</sup> *Ibid.*, 510.

<sup>79</sup> Rubén Darío, *Autobiografía*, Madrid, S.H.A.D.E., 1945, 5ª edición, p. 113. Epílogo de J. S. R.

<sup>80</sup> R. Darío, *Autobiografía*, ob. cit., p. 113.

<sup>81</sup> R. Darío, *Autobiografía*, ob. cit., p. 121.

tratar a Castelar. Escribía en una de sus cartas –que citaría también de nuevo en su *Autobiografía*– sobre «Madrid»:

Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto. He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida...<sup>82</sup>

La situación política había cambiado en esos pocos años. No tardaría en fallecer Castelar, a quien tuvo ocasión todavía de visitarlo en su casa en la calle Serrano a comienzos de enero de 1899, enviando unas perspicaces impresiones donde contrastaba su decadente situación actual respecto al vigoroso orador que conociera antaño y que «todavía se afirmaba sobre los estribos de su pegaso. Los ojos chispeaban vivos en la cara sonrosada; el gesto adornaba la frase elocuente; la potencia tribunicia se denunciaba a relámpagos».<sup>83</sup> Por el contrario, «Hoy... Me dio ciertamente tristeza el cuerpo delgado por la dolencia, los ojos un tanto apagados, la voz algo cansada, el rostro de fatiga, todo el célebre hombre en decadencia», hasta que comenzó a hablar de política y entonces «irguió la antigua cresta, cantó».<sup>84</sup> Murió unos meses después y asistió a su entierro con la sensación de que participaba en un final de periodo histórico.

De aquellas circunstancias nació *Castelar*, como edición suelta del artículo que envió a *La Nación* –se advierte en el folleto<sup>85</sup>– dando cuenta del deceso del político y después pasaría a formar parte de su libro *España contemporánea* en su primera edición –anunciada en el folleto como obra en preparación con el título de *Cartas de España*–, desapareciendo en las posteriores.<sup>86</sup> El editor Bernardo Rodríguez Sierra comprendió la oportunidad de recoger su necrología en un folleto, ilustrado con un adorno modernista y con un retrato fotográfico del político y escritor desaparecido.

---

<sup>82</sup> R. Darío, *España contemporánea*, Barcelona, Lumen, 1987, p. 43.

<sup>83</sup> R. Darío, *España contemporánea*, Barcelona, Editorial Lumen, 1987, p. 55.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>85</sup> Rubén Darío, *Castelar*, ob. cit., p. 11.

<sup>86</sup> Detalles en Susana Zanetti, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2004.

*Castelar* es una sentida necrología. No es solo el fruto del compromiso y de la obligación de un corresponsal que debe transmitir a su periódico información acerca de la desaparición de un personaje relevante, sino que nace de un hondo afecto por el fallecido. Y de hecho, comienza recordando que no hacía mucho había hablado de él en otra crónica –ya citada– que resultó la última entrevista que concedió. En el arranque de su carta, Darío traslada a sus lectores una impresión del personaje que va desde lo más inmediato a lo más excelso:

Su caída, ¡buen roble!, conmovió al mundo. Cuando le vi, cuando le hablé por postrera vez ya estaba señalado por la Intrusa: pálido, enflaquecido, viejo, él que fue todo juventud y vida. Partió al imperio silencioso de lo no sabido después de haber clarineado su verbo de poeta de las multitudes hacia los cuatro vientos del espíritu. Y España queda hoy sin su representante emersoniano, sin el hombre noble que fue en su siglo lengua y gesto de su raza, como Italia sin Garibaldi, Inglaterra sin Gladstone, Alemania sin Bismarck y Francia sin Hugo.<sup>87</sup>

Difícil resultaba buscar personajes de rango más elevado como tribunos populares con quien parangonarlo. Todos ellos compartían el ser lo que Darío llama con feliz término *emersonianos* representativos de sus respectivos países, lo que equivale a otorgarles un poder visionario y hasta profético como el que se le reconoce a Emerson en el mundo anglosajón.<sup>88</sup> Personalidades singulares que aglutinan lo mejor de su raza y nación, tienen una visión profética de su destino y lo transmiten con vigorosa palabra. Y de aquí que Darío hablara a continuación de que por la boca de Castelar habló el espíritu español con brillantez, cautivando a todos con su labio de oro, cultivador del entusiasmo hasta que en sus últimos días se le veía como un «viejo gladiador», cansado y encorvado. Para Darío «ante todo fue el orador, el hombre que convence encantando o que, aunque no convence, canta y encanta».<sup>89</sup>

Recordaba cómo lo conoció en 1892 y que permaneció siempre fiel a su credo republicano luchando por la libertad religiosa, por la redención de los esclavos de Cuba o por el sufragio universal. En Europa, se le veía como la encarnación de la España

---

<sup>87</sup> R. Darío, *Castelar*, ob. cit., pp. 11-12.

<sup>88</sup> Sobre el carácter *emersoniano* de nuestros personajes, véase Jesús Rubio Jiménez, «Tres héroes *emersonianos* de la lengua española: Castelar, Rubén Darío y Clarín», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, 38.1-2, 2013, pp. 327-344.

<sup>89</sup> R. Darío, *Castelar*, ob. cit., p. 20.

idealista, hidalga y hasta pintoresca, En América, se seguían sus escritos y supo, además, retirarse a tiempo sin renunciar a su republicanismo y sosteniendo que la guerra con Estados Unidos era una locura.

Tras la semblanza del personaje —con referencias a su vida privada—, Darío trazaba una crónica de su entierro, repasando el velatorio en el Congreso, la reacción de las gentes sencillas que desfilaron sin descanso ante su féretro o el cortejo fúnebre desfilando por las calles madrileñas formando parte de él todas las celebridades de Madrid.

En la parte final, Darío retoma el discurso elogioso, aunque para señalar que los tiempos de la oratoria habían pasado y con ellos los tiempos de los ideales liberales heroicos, que tan bien encarnaba. Eran tiempos de decaimiento histórico tras el desastre cubano; eran tiempos de búsqueda en la tradición de elementos del reservorio de la raza, que permitieran al país reaccionar. Castelar cerraba dignamente ese periodo con un legado patriótico admirable, símbolo él mismo de lo mejor de la raza española en tan aciagos días.

No es extraño que a *Clarín* le gustara el folleto: coincidía con Darío en la alta estima por Castelar, ya que fue su jefe político durante años, le profesó una extraordinaria admiración y una inquebrantable lealtad. Castelar por su lado, supo captar para su causa a *Clarín*, combinando hábilmente los elogios por su obra, aprovechando su capacidad política para organizar su partido en Oviedo y hasta resolviéndole problemas administrativos concretos con su enorme influencia.<sup>90</sup> *Clarín* vio en Castelar durante años al político dotado de la energía cívica que España necesitaba y ya fallecido hasta pensaba en dedicarle un libro. También él, como Rubén Darío, lo había puesto a la altura de su no menos admirado Víctor Hugo. Y también como él, quedó seducido por el gran tribuno desde que fue recibido en 1886 en su casa como contó en su folleto *Un viaje a Madrid*.

La sensación de relevo generacional se intensificó en el momento del cambio de siglo con la desaparición de personajes como los citados por Rubén Darío. También *Clarín* tenía la misma sensación y escribió un excepcional relato —«*Reflejo. (Confidencias)*»—, cuya médula la constituye curiosamente también la última visita que

---

<sup>90</sup> Jesús Rubio Jiménez y Antonio Deaño Gamallo, «Emilio Castelar y Leopoldo Alas, *Clarín*: entre la política y la literatura», *Archivum*, LXI-LXII, 2011-2012, pp. 377-426.

hizo al político poco antes de que falleciera.<sup>91</sup> Este emotivo relato es una verdadera semblanza de Castelar enfermo y una patética e impresionante reflexión sobre el destino del literato en España, forzado a convertir infatigable su vida en papel y a ver cómo se sumen en el olvido sus creaciones ante la indiferencia social, incluidas las que han sido primero aplaudidas. Era natural por lo tanto que se sintiera tan profundamente identificado con el texto necrológico que Darío había escrito y que encontrara en él al «verdadero» Castelar, al mismo que él conoció y trató tan de cerca, dedicándole sentidos homenajes.

Sobrevolando esa común simpatía por Castelar, sin embargo, hallamos otro asunto de mayor trascendencia: la conciencia de pertenecer a una gran comunidad unida por la lengua española, que cada uno formulaba a su manera, pero donde podían converger en lo sustancial. *Clarín* escribía, pasando de lo estrictamente necrológico del folleto a este otro aspecto:

Ese gran patriotismo... *ibérico*, que debe abarcar a toda América ibérica y a toda la Península... Ibérica, lo siente Darío, y con fuerza de artista y de buen *español*, y con sinceridad y nobleza que conmueven.<sup>92</sup>

Por una vez, *Clarín* pareció compartir con Darío «Ese gran patriotismo... *ibérico*». *Clarín* veía a Darío en aquellas cartas españolas que estaba enviando a *La Nación* «una prueba de la unidad espiritual del españolismo aquende y allende el océano», que hablaba «de lo nuestro como si fuera suyo» y esto le llevaba a recapacitar sobre lo que había escrito antaño sobre él; ahora era uno más de la casa común: «Y en su casa está: ese calor, ese cariño y hasta ese desparpajo con que juzga lo nuestro, hacen de él *uno de nosotros* y de los que más acentuados tienen los defectos y los méritos de la raza.»<sup>93</sup> Y por ello daba a continuación un paso impensable hasta entonces. Pedía disculpas y deseaba que no le tuviera rencor por sus escritos anteriores: «Y perdone lo

---

<sup>91</sup> Cenó con Castelar cuando viajó a Madrid en noviembre de 1897 a dar unas conferencias en el Ateneo y contó aquel último encuentro en una sentida crónica: «La última noche», *La Publicidad* el 5 de agosto de 1900. Pero antes ya había dado lugar a «*Reflejos (Confidencias)*», que publicó en *Letras de molde* el 18 de marzo de 1900. Véase, Jesús Rubio Jiménez, «En torno a un cuento de *Clarín: Reflejos (Confidencias)*», *Revista de Literatura*, 127, 2002, pp. 93-106.

<sup>92</sup> *Alas*, X, 510.

<sup>93</sup> *Alas*, X, 510.

que hace años, tuve que *taquinarle*, pues fue con buena intención. No creo que por ello tenga Darío ningún rencor en el *magazín* de la bilis.»<sup>94</sup>

*Clarín* se ponía así en su papel de crítico satírico, empeñado en su labor de *crítica higiénica* de la lengua española que tantas polémicas atizó. Satirizaba a Darío entonces porque escribía una prosa que le parecía traducida del francés y unos versos muy diferentes a los que admitía su gusto un tanto anticuado. Esperaba ahora que Darío comprendiera que lo hizo con buena intención y que no le tuviera rencor en el *magazín* –lo correcto hubiera sido *magasín*, «almacén, tienda»– de su mal humor.

Incitado por Salvador Rueda –quien, además, debió proporcionarle la dirección postal de Alas– Darío le escribió a *Clarín* una carta que aquí recuperamos [24]. Después se quejaría a *Clarín* de su mediación fallida:

Yo aconsejé a Darío que enviase a usted sus correspondencias de *La Nación* y yo le aconsejé también que imprimiese el estudio sobre Castelar y se lo mandase a usted: las dos cosas le dieron buen resultado; sin embargo de haberme yo expuesto tantas veces por Rubén desde hace tantos años (usted lo sabe), me parece que Darío me quiere muy poco. Últimamente ha escrito sobre mí con injusticia. [2]

Darío aprovechó para explicarle a *Clarín* cuáles eran sus preocupaciones estéticas, a la vez que le demostraba que conocía su “alta Crítica” y que no aplaudía sus sátiras a lo Antonio Valbuena. Lo cortés no quitaba lo valiente. Le agradecía su palique, disculpaba sus sátiras en cierto modo, pero aprovechaba para exponerle con meridiana claridad cuál era el verdadero sentido de su producción, reivindicando sus mejores versos y el movimiento modernista que tras diez años de trabajo iba dando buenos frutos aunque inevitablemente no faltaran otros malos. Era una invitación a que leyera su mejor poesía libre de prejuicios y también a que conociera lo mejor del nuevo movimiento literario americano, rico en ideas gracias a José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Manuel Díaz Rodríguez, José Ingenieros o César Zumeta: «Gracias a Dios tengo el don amplio de ver la belleza en donde esté, sin preocupaciones de escuela o cenáculo.» [24]<sup>95</sup>

---

<sup>94</sup> Alas, X, 511.

<sup>95</sup> *Clarín* seguía los pasos de estos y otros escritores modernistas. Con algunos de ellos incluso se carteó: José Enrique Rodó, José Santos Chocano, Enrique Gómez Carrillo, Emilio Bobadilla... Sobre todos ello trató de ejercer su tutela intelectual con resultados diversos, que no es posible detallar aquí. Véanse, sobre el primero: J. L. Pérez de Castro, «El magisterio de

Reivindicaba una cercanía a Clarín al pedirle que no lo confundiera con los «grotescos» del nuevo movimiento, que también él rechazaba y que habían llevado al movimiento modernista al borde de lo ridículo. Darío tomaba distancia de los *azules* y de los decadentes. Sostenía que, en realidad, ni en España ni en Hispanoamérica podían desarrollarse estos más que como pose grotesca o extravagante. Y prefería buscar «entre tanta broza, buen oro», es decir, a quienes «estudian, meditan, trabajan, miran el oficio de pensar como una cosa seria y siguen su camino como lo juzgan mejor.» [24]

De sí mismo Darío hacía un análisis que tuvo que satisfacer plenamente a *Clarín*, porque venía a situarse en el territorio común que este había descrito en su palique: en la compleja encrucijada en que se encontraban todos ellos, en un cruce de caminos de culturas y de lenguas del que debía salir una nueva tradición sincrética, que Darío venía buscando desde su clarividente visión de la figura del escritor:

En cuanto a mí, he de decirle que mis primeros libros pecan de purismo exagerado. Mi sintaxis actual, no es por cierto la usual entre los escritores castellanos; se explica, por el país –La Argentina– en que vivo, en donde las literaturas extranjeras son más conocidas, desgraciadamente, que la española: por fuerza hemos tenido que ser políglotas y cosmopolitas: y no niego mi labor por aplicar a la prosa y al verso castellanos algo que creo adoptable de otros idiomas, principalmente del francés. Vine en mi pecado, lo confieso, comulgo en la iglesia de Cervantes... y vuelvo a pecar. [24]

Darío contemplaba ya con ajustada perspectiva su evolución como poeta, era consciente de la gran distancia que mediaba entre sus primeros libros y *Prosas profanas* (1896), que valoraba con quienes mejor las habían leído –José María de Heredia, Paul Groussac– «como lo más heterodoxo mío». Resulta admirable la sencillez pero a la vez la determinación con que Darío defendía su escritura de elevadas y ambiciosas miras:

---

Clarín en la literatura uruguaya», *Archivum*, XIII, 1963, pp. 235-275. Adolfo Sotelo, «La crítica de Clarín a la luz de José Enrique Rodó (Dos artículos de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, 1895», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 462, 1988, pp. 7-22. Recopilado en Leopoldo Alas y *el fin de siglo*, Barcelona, PPU, 1998, pp. 71-88. Alfonso García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992. Sobre Gómez Carrillo: Jesús Rubio Jiménez y Antonio Deaño Gamallo, «Entre París y Oviedo: 15 cartas inéditas de Enrique Gómez Carrillo a Leopoldo Alas, Clarín», en prensa. En un próximo trabajo daremos noticia, además, de otras cartas de Rodó Santos Chocano y Emilio Bobadilla (Fray Candil), que añaden nuevos matices al desarrollo y definición del modernismo.

Nada hay en mi obra que no sea transparente y sincero. Soy un fervoroso de arte y abomino las farsas del pensamiento. Gracias a Dios tengo el don amplio de ver la belleza en donde esté, sin preocupaciones de escuela o cenáculo. [24]

Respondía con contundencia y sin ambages a los asuntos que planteaba Clarín en su palique. Podía producirse cierto acercamiento de posturas, pero permanecían diferencias más que notables. Cuando Clarín reseñó la primera edición en libro de *España contemporánea* volvió a quedar patente que su acercamiento era limitado. Iniciando su «Revista mínima», Clarín volvía a denunciar errores que para él surgían del «galicismo de corazón» que Darío llevaba en las entrañas. No quería confundirlo con «Todas aquellas diabluras de la poesía azul y los pórticos, y el apostolado de los nenúfares...» Lo veía capaz de escribir sus cartas «en español casi siempre corriente, con seriedad y perspicacia», pero una vez más, lo censuraba por su afrancesamiento: “el gran defecto es esa sugestión francesa que ha contrahecho el espíritu del joven americano, tal vez de modo irremediable.»<sup>96</sup> O después: «Sí; el mayor defecto de este libro, tan discreto en muchas cosas, es esa nota cursi del *mal francés* que tiene inundado el espíritu de Rubén Darío.»<sup>97</sup>

Seguía considerando injusto cómo trataba a Echegaray, a Balart o a Galdós y aprovechaba para meterse él mismo en el juego contestando ahora no solo a sus alusiones en el libro sino de algún modo a la carta que he tenido ocasión de comentar:

Ni mucho menos ha llegado, al zaherir a Echegaray, a Galdós y a Balart, al arte exquisito que ha demostrado al pintar, varias veces, a *Clarín*, con elogios inmerecidos, y al mismo tiempo, vengando antiguas bromas con sabias combinaciones retóricas y psicológicas, que en efecto, hubieran producido el daño que Darío se proponía, a no mediar estas dos causas, que lo impiden. Primera y principal: que *Clarín* no vive, como Darío puede creer, en el mundo moral de las pasioncillas literarias, sino muy lejos de tales tristezas. Causa segunda: la opinión que yo tengo del señor Darío y de la educación de su carácter, hasta ahora.<sup>98</sup>

*Clarín* volvía a subirse a su pedestal por más que la *revista* acababa con una sentida alusión a quien más los había acercado: «Pero, si no todo, mucho se le puede

---

<sup>96</sup> Alas, X, 1037.

<sup>97</sup> Alas, X, 1038.

<sup>98</sup> Alas, X, 1038.

perdonar, por las páginas hermosas y acertadas en que habla de nuestro Castelar querido...»<sup>99</sup>

Clarín falleció unas pocas semanas después, quedando interrumpido este incipiente diálogo, que de haber continuado pudo haber dado lugar a páginas memorables. Siempre nos quedarán dudas sobre ese posible acercamiento.

### **El retrato literario de Clarín por Salvador Rueda**

Lo cierto es que Salvador Rueda había acabado yendo por el camino que le fue señalando Clarín y nunca se percató de hasta qué punto frenó sus búsquedas impulsadas por su espíritu bullicioso e ingenuo. La imagen que quedó siempre en él de Clarín fue la de un leal amigo y un orientador a quien debía mucho. Cercanos ya los veinte años de la muerte del maestro, Rueda le decía en una entrevista a *El Caballero Audaz*:

Clarín me hizo un inmenso beneficio. Decía que en su época solo había dos poetas y medio –salvo Zorrilla– que eran Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio; y al llegar yo amplió su operación de aritmética. También Clarín echaba de menos una revolución rítmica en la poesía castellana y me aludió, creyendo que yo podría hacerla.<sup>100</sup>

No mentía Rueda al señalar que trató de hacerle un hueco en la consideración de los lectores, pero lo hizo con no pocas reticencias y palmetazos. En cuanto a la supuesta revolución rítmica, ya han quedado matizadas sus posturas y el empeño que Clarín puso en que, si podía ser, no teorizara más.

Rueda, en realidad, se había trazado una imagen idealizada tan potente de Clarín, que era muy difícil que se quebrara. Después de todo, cuando había llegado a Madrid fue uno de sus asideros más notables para acallar voces que atacaban los flancos más débiles de su escritura y siempre demostró una lealtad y una complicidad envidiables. No era poco en tan proceloso mundo. En la semblanza que Rueda trazó del maestro cuando tuvo ocasión de homenajearlo en la revista *La Gran Vía*, quedaban delimitadas las coordenadas del mundo que compusieron con sus intercambios.

---

<sup>99</sup> Alas, X, 1039.

<sup>100</sup> *El Caballero Audaz*, «Nuestras visitas. Salvador Rueda», *La esfera*, 20-X-1918, p. 8.

En 1895, Salvador Rueda correspondió públicamente a los elogios –aunque tasados– que Alas venía haciendo de él con una sentida semblanza, que resume lo que sentía por él y señalando su aportación a la literatura española como crítico y como creador: «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)».<sup>101</sup> La ocasión se presentó –como queda dicho– con motivo de la colaboración de *Clarín* en *La Gran Vía* con tres poemas que le dieron pie a Rueda –director de la revista y artífice de la insólita colaboración– para lanzar las campanas al vuelo. Quien tanto se había desvelado por obtener del maestro que escribiera sobre él y sobre sus libros buenas palabras, bien podía considerar el caso un verdadero «triumfo literario», como señalaba él mismo en la carta en que le anunció a Clarín la publicación de sus poemas [17].

Hemos considerado apropiado concluir la presentación de este epistolario comentando brevemente esta semblanza, porque sintetiza bien muchos de los aspectos que hemos ido desgranando en nuestra presentación y que aún se completará más y mejor con la lectura de las cartas y sus notas. En la semblanza van compareciendo ideas y hasta expresiones de las cartas, de manera que este texto con el que envolvió para sus lectores el retrato de su maestro tiene mucho de confesión íntima y de homenaje por lo que hemos optado por incluirlo completo como apéndice al final. Aunque en la carta señala que ha sido escrita con rapidez, es evidente que ofrece una redondeada imagen de cómo veía Rueda a Clarín y su lugar tanto en su vida como en la literatura española.

Para Rueda era «un excepcional poeta que escribe en prosa», con lo cual retomaba sus elogios en diferentes cartas sobre la potencia del discurso crítico de Clarín en *Mezclilla*, en sus folletos y en sus relatos de los años noventa. Esto le otorgaba categoría de «hombre singular» –equivalente a la de «hombre de calidad» a la que el propio Clarín recurrió con frecuencia– que le llevaba a ver en él que «todo es saber, todo fantasía y a la vez análisis, todo concentración, todo luz, todo intuición, todo sentimiento estético, todo penetración, todo originalidad». Visto así, era natural que lo idolatrasa como se dice en alguna de las cartas y que lo comparara con un pelícano que se arrancaba las carnes y la vida, para verterlas hacia los demás con su pluma.

---

<sup>101</sup> Salvador Rueda, «Los maestros, Leopoldo Alas (Clarín)», *La Gran Vía*, Madrid, 13-I-1895. Artículo acompañado con una fotografía dedicada de Clarín con estas palabras: «A mi querido amigo Salvador Rueda. *Clarín*». Puede verse ahora en PDF en la Biblioteca de autor dedicada a Salvador Rueda en la Biblioteca Virtual Cervantes.

También, Marta Palenque, «Salvador Rueda director de *La Gran Vía* (1894-1895) y la renovación poética finisecular», art. cit.

Rueda recurría imágenes que ya había utilizado en sus cartas para referirse a otros escritores; tal ocurre con ese Alas que tiene microscopios en las retinas con lo que llegaba a verlo todo. Y no menos abarcadora era la comparación de su tacto literario con «un haz larguísimo de tentáculos que llegasen a todas partes y de todas sacasen el conocimiento íntimo». Sabía Rueda que andaba despeñándose por su andalucismo desmesurado con estas imágenes, pero aún iba más lejos en una nueva comparación: «Todo poeta es de cristal para Clarín. Es una especie de conciencia que se pone delante de nosotros cuando escribimos».

Lo fuera o no, para él fue determinante como se ha visto esta visión y de aquí su actitud ante él, no ya humilde sino postrada, dispuesto a recibir sus cintarazos y palmetazos sin rechistar. En pocas líneas acertaba a resumir algunos de los aspectos más influyentes de su producción en la vida literaria española:

él ha enseñado lógica a los escritores; ha elevado sus miras artísticas, les ha enseñado a reírse de lo cursi, de lo fofo, de lo malo; les ha refinado el gusto estético y... ha producido una escuela crítica en la que no hay más que él mismo, porque sus imitadores confunden el ingenio de Alas con la bilis y la envidia.

Acaso su percepción más moderna y honda de la obra de Clarín fue verlo como poeta en sus cuentos, asunto que había destacado en sus cartas. Y no solo en ellos, sino en sus críticas donde percibía una taracea artística en una apreciación que hoy compartimos pero que entonces pasaba más desapercibida: la escritura crítica no tenía porqué ser roma y avellanada, sino que en manos de Clarín adquiría una categoría y prestancia de verdadera obra de arte y de aquí que Rueda recordara con sumo placer estético la lectura de algunos de sus escritos críticos.

Al considerarlo entre «los que abren surco en el espíritu y en la memoria, admirado por todas las inteligencias cultivadas de la nación no hacía sino repetir públicamente lo que venía diciéndole en sus cartas. Para Rueda, en definitiva, era el maestro por excelencia y de aquí su sumisión a sus enseñanzas que si, por una parte, frenó su exaltación de andaluz fantasioso, por otra, acabó anulando en gran parte sus búsquedas poéticas que lo hacían uno de los primeros modernistas interesantes. Para el poeta autodidacta que Rueda era, ponerse delante del hierático catedrático ovetense y comenzar a temblar, todo era uno. La *ansiedad de la influencia* resultó así nefasta para

Salvador Rueda y su epistolario lo demuestra una y otra vez con meridiana contundencia.

## CARTAS

1.

[*EL GLOBO*  
*DIARIO ILUSTRADO*  
*San Agustín, 2, y Prado, 30*  
*Particular*]

S. D. Leopoldo Alas.

Muy señor mío de y toda mi consideración.

No conocerle a usted, y pedirle, sin embargo, un favor, es cosa atrevida en extremo, pero me agrada el peligro y voy a hacerle mi petición.

*Lo leo a usted* desde que escribe, pero con rubor confieso que aún no le leído *La Regenta*.<sup>102</sup> Bien lo hubiese hecho si a mi alcance hubiere estado el libro, pero no me ha sido posible adquirirlo, y la *gracia* que deseo de usted, es que venga a mí, de sus manos, como recuerdo, la citada obra.

Los pobres que tenemos el defecto de leer, nos vemos precisados, si no en todas las ocasiones, a hacer lo que yo hago, movido por el deseo de conocer su obra de usted.

Con gusto para atenuar mi petición hubiera a usted enviado (y hasta lo he tenido en la mano) un tomo de poesías que he tenido el atrevimiento o la necesidad de escribir, donde, a falta de otros méritos, he procurado demostrar, *el deseo de no parecerme a*

---

<sup>102</sup> Leopoldo Alas, *La Regenta*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía, 1884-1885, 2 vols. Biblioteca Arte y letras. Ilustraciones de Juan Llimona, grabados de López Polo.

*nadie*, pero me he arrepentido de enviarlo, considerando el cúmulo de *versos malos* de que usted dispondrá, para sacar motivos de risa.<sup>103</sup>

Con el respeto debido le ofrece su franca amistad, y hasta un poco de cariño, su afmo. s. s., q. s. m. b.

*Salvador Rueda*

Su humildísima vivienda: Par 5, tercero interior derecha

Madrid 7 Julio 85

2.

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi cariñoso amigo.

Muerto de vergüenza y de miedo he puesto ayer en el correo un libro para usted de mi última obra.<sup>104</sup> La vergüenza la siento, por que [*sic*] siempre me parece que he de hacer a usted reír con mis tonterías literarias; el miedo es esta vez por el público, donde hay ya gente que no me quiere bien, literatos en particular, que toman mi retraimiento, natural en mi carácter, por estudiada posición, y sabiendo que solo me gusta *lo bueno*, andan en cruzada sigilosa, y sin atreverse a romper y salir de los trigos, se mueven, sin embargo, en lo hondo, sin parar de hacer evoluciones.

Confieso a usted ingenuamente que estoy atemorizado. El otro día he tenido una gran satisfacción. Usted sabe que yo rindo culto a una trinidad literaria que se compone de Pereda, Alas y Pelayo; pues bien, conocía y trataba hasta ahora a dos de las personas que la componen, y el otro día ¡asómbrese usted! Lo que yo no había hecho por

---

<sup>103</sup> Por las fechas podría ser, Salvador Rueda, *Poema nacional. Costumbres populares*, Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1885.

<sup>104</sup> Debíó ser alguno de sus libros en prosa, ya que por entonces no publicó ninguno de poesía.

cortedad, lo ha hecho conmigo el egregio Menéndez Pelayo, y ha sido presentarse a mí, por sí solo, mostrando deseo de conocerme.<sup>105</sup>

Si usted supiera hasta el punto en que yo admiro a quiero a esta persona, comprendería mi satisfacción y orgullo, cosas que no tengo inconveniente en hacer saber a usted, con una alegría verdaderamente infantil.

Conozco y ay trato por completo a mi *triángulo literario*.

Una cosa tengo que decir a usted. Es que desde que leí el *Quijote* acá, no he repasado obra literaria que me haya hecho reír tanto como *Cánovas y su tiempo*.<sup>106</sup> Es asombrosa la gracia que hay en este trabajo, el de más chispazos de usted.<sup>107</sup>

Espero con interés grandísimo la aparición de alguna de esas obras que me anunciaba en su carta. Yo también deseo que el público conozca el espíritu de usted, no el que le atribuyen.

Y sin decir más, no vaya a parecer que trato de congraciarme con usted en bien de mi libro, soy como siempre el más imparcial y entusiasta admirador de su talento, y se repite suyo cariñoso amigo q. s. m. b.

S. Rueda

23-2-87

---

<sup>105</sup> Como queda dicho en la presentación, esta relación no alcanzó profundidad y Menéndez Pelayo no prestó atención a Salvador Rueda cuando este se dirigió a él buscando consejo y apoyo literarios.

<sup>106</sup> Clarín, *Cánovas y su tiempo (Primera parte)*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887. Folletos literarios, 2.

<sup>107</sup> Tener chispa y chispazos fueron términos recurrentes en sus críticas. Estaba en la época Manuel de Palacio llegó a titular *Chispas* (1894) uno de sus libros de poesía satírica, recopilación de sus colaboraciones en *El Imparcial*. Eran breves poemas que se pueden situar en la tradición de las *humoradas*, pero Clarín dejó nítidas las diferencias. En «Revista mínima (*La Publicidad*, 12-XI-1894) dio noticia del libro, pero señalando su carácter pasajero, sintiendo pena de que se tuviera que agarrar eso, que no lo hacía sino un poeta *fraccionario* (OC, VIII, 807). Y en «Revista literaria» (*Las Novedades*, 20-IX-1894) volvió sobre el tema, para insistir en que no debía gastar su ingenio en eso; señalaba el modelo de Campoamor, pero «las humoradas de Campoamor son chispas poéticas, siempre literarias y artísticas, no como las de Palacio que en su mayor parte pierden todo interés en cuanto pasa la semana en que se *verificó* el *suceso* que *cantan*.» (OC, VIII, 819-820)

Conocida su animadversión por Palacio no es extraño que otras veces aún fuera más lejos, como en «Palique» (*Madrid Cómico*, 20-XII-1890):« En los últimos chispazos de Manuel de Palacio, académico electo, he visto que el distinguido y popular poeta, hablando de una cosa o persona del género femenino, la llama *rea*. No es errata, porque el consonante pide *ea* sin falta. Aprenda el académico electo, antes de entrar en la casa de *hacer* gramática, que *reo* como sustantivo, es común de dos, *reo* para masculino y femenino.» (OC, VII, 1177)

3.

Sor Don Leopoldo Alas.

Mi respetado amigo.

¿Cómo le va a usted por ahí? Hace tiempo no tengo noticias de usted más que por lo que leo en algún periódico. Espero con mucha ansia la novela nueva que tiene anunciada, y créalo usted, tengo interés tan grande como el suyo en el éxito.

Ayer he tenido en mis manos un nuevo libro de crítica y aunque ha sido por poco tiempo he tenido ocasión de ver y de admirar aquella sucesión de chistes, sátiras, imágenes, símiles, rasgos de profunda observación y todo lo concerniente a un estilo, de veras relampagueante y deslumbrador.<sup>108</sup>

Todo arde en el libro en medio de incendio de fósforo y talento (Déjeme usted explayarme con lo que me gusta, ya que de otros son pocas la cosas las que me agradan). Aquí sigue de vez en cuando saliendo alguna que otra novela, hecha puede decirse, de retazos de estilo de esto y de otro, por que [sic] la iniciativa ha desaparecido no se sabe dónde.

En cambio para saltar las redacciones por medio de cartas de recomendación hay sobrada osadía y descarado y de quien no debía decirse nada que no fuera malo, se dice que es poco menos que una pirámide. Así anda ello, los escritores de veras, difícilmente ocupan unas líneas *de limosna* en la prensa y los otros con los que había que hacer *una cuerda* triunfan por el momento y siguen engañando a la gente.

Nunca podré callarme ante esto, aunque también vaya en contra mía.

Pero noto que, siempre que le escribo, me pongo furioso, como si quisiera pegarla con usted, cuando tanto le estimo y le estoy agradecido. Prueba de ello es que sin imponerle en súplica de que me conteste, por que [sic] sé lo ocupado que usted anda, le escribo espontáneamente para cambiar la palabra con usted caso de que tuviera usted tiempo de hacerlo.

Por aquí tenemos todavía a la Sra. Pardo Bazán, la cual es una naturaleza que no se cansa de divertir; lleva cerca de dos meses de convite y reuniones; tiene un trato muy

---

<sup>108</sup> Debe referirse a *Nueva campaña* (1885-1886), Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887.

expansivo, entiende bien de todo y discierne hasta la conversación con firmeza y verdad, a pesar de la rapidez. Tiene una afinación tal de sentidos, que se la figura uno erizada de invisibles tentáculos con los que percibe hasta lo que no hay a su alrededor (creo que esto lo ha dicho usted de alguien).<sup>109</sup>

Dispense usted lo desconcertado y poco uniforme de mis cartas, que siempre se me figuran haces de yerba *paridos*.

Todavía me dura la impresión desagradable que me ha producido ver en la última hoja de *El Imparcial* un trabajo, mío puede decirse, firmado por otro, que de vez en cuando me acomete. Es mucho esto de no dejar a uno en paz ganarse el miserable mendrugo *a su manera*, que a pesar de ser mala, intentan llevársela.

Yo, que sabe Dios cuantos crímenes (literarios) tengo que cometer para vivir, tengo en prensa un libro y preparo una novela, de la que voy publicando capítulos por que [*sic*] no puedo hacer dos trabajos a un tiempo.<sup>110</sup>

¿Cuándo le vemos a usted por aquí?

Crea que es uno de sus buenos amigos, que con toda seguridad le entiende y sabe hasta donde llega como escritor, su afmo. y agradecido q. s. m. b.

*Salvador Rueda*

Hoy a 5 Mayo 87

Casi no entiendo esta carta después de escrita. Allá va sin embargo.<sup>111</sup>

4.

S. D. Leopoldo Alas.

---

<sup>109</sup> Y el mismo volvió a utilizarlo en su retrato de Clarín como se ha visto en la presentación. Después de todo, su capacidad inventiva no era tan extraordinaria como quizás pensaba.

<sup>110</sup> Quizás se estuviera refiriendo a los pretextos de *El gusano de luz*, que iban llegando a la prensa como adelantos y como verdaderos ejercicios de estilo descriptivo colorista.

<sup>111</sup> En el margen izquierdo, escrito en vertical.

Mi querido amigo Alas.

Antes de que me conteste (y está de Dios que le he de escribir todos los días) vuelva a leer el capítulo *A las ancas* y desde la línea en que dice (final de párrafo) «colgada a su cintura», salte y siga leyendo las adjuntas cuartillas que contienen el capítulo dispuesto de otro modo.<sup>112</sup>

Como en este capítulo de lo *sensual* se pasa a lo *chabacano*, he pensado que acaso la gravedad del libro disminuya no haciendo al viejo, violentándolo, que cometa por gusto del autor de la novela una acción baja a su extremo.

No peca de elevado en *A toda luz* pero aquí (dado lo preconcebido del libro) una pasión *sea cual fuere*, le obliga a cometer la acción.

Y dispense usted tanta y tanta molestia. Creo que el libro va a merecer una censura durísima aun con el arreglo que le envío, pero no estará mal para acabar de hacerse mi nombre al escándalo por una vez (ya que está hecho el libro).<sup>113</sup>

Como artista ¿gano a juicio de usted? Me refiero a observación, estilo, etc.

Suyo siempre

*Rueda*

Claro es que habré de corregir un poco las cuartillas que le mando.<sup>114</sup>

---

<sup>112</sup> Desde 1884 al menos, Salvador Rueda venía manifestando su deseo de escribir novelas, pero fue esta la primera que culminó y publicó tras no pocas vacilaciones. Esta carta forma parte de ese proceso, que ha sido descrito por María Isabel Jiménez Morales, «Las novelas andaluzas de Salvador Rueda (1889-1892)», en Salvador Montesa dir., *Salvador Rueda y su época. Autores, géneros y tendencias*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2008, pp. 149-183. Véase nuestra presentación. A finales de 1888 estaba impresa, pero razones editoriales movieron a poner como fecha en la portada, 1889: *El gusano de luz. Novela andaluza*, Madrid, Imp. de El Crédito Público, 1889. Existe edición moderna de María Isabel Jiménez Morales publicada en Málaga, Arguval, 1997.

«A las ancas» es el capítulo XX de la novela, el momento –como queda comentado en la presentación– en que se produce la boda de la pareja protagonista. La novela se cierra con un breve capítulo más, «La encerrada», que dan a los recién casados.

<sup>113</sup> Se equivocó en sus previsiones y la novela resultó un éxito de ventas y de crítica que Jiménez Morales evalúa con precisión.

<sup>114</sup> No parece que Clarín aconsejara a Rueda sobre todas estas cuestiones, porque al menos en público cuando se pronunció meses más tarde sobre la novela, afirmó haberla leído aún: «El

[*Cuartilla 1*] Los sarmientos llenos de pámpanos que remedaban grandes y verdes mariposas, parecían querer apartarse para que atravesara la felicidad en forma de enamoradas personas. La niebla que se levantaba del lado [«lecho» *en la novela*] de las viñas, sostenía los ojos de ambos con el amor, que una almohada sostiene las dos cabezas atestadas de sueños en la inefable noche nupcial.

Había en el aire que respiraban remolinos de átomos de oro, moléculas de luz que vibraban como una sinfonía, sin ecos, de la tierra, y parecían beber con los ojos en el día, en el sol, en la atmósfera donde se descuajaba el rocío, el aliento de la vida universal que surgía de la naturaleza.

El caballo parecía tener inteligencia de lo que pasaba. Movía los arrogantes brazos, terminados en cascos amplios y lustrosos, y los alzaba con gentileza bajo el ancho y robusto pecho que avanzaba magestuoso [*sic*] de frente, con potestad serena y magnífica. Su nariz ampliaba a cada aspiración [*cuartilla 2*] los cercos por donde entraba zumbando la vida y dejaba exhalar el aire convertido en vaho caliente que llenaba la boca del bruto de caldeadas gotas de vapor.

Las ancas se movían con la armonía de miembros de una escultura viva y hermosa y en el haz de crines flotantes parecido al penacho de espuma de un torrente la luz formaba brillantes tornasoles y ponía un velo de rayos y reflejos.

A veces sujeto de árbol a árbol en medio del camino, tendíase un irisado [«finísimo» *en la novela*] hilo de araña a trozos amarillo, a trozos azul, y a trozos violado, y al cortarlo con la soberana cerviz el caballo, la hebra rozaba el rostro de ambas personas que llevábanse instintivamente la mano a las mejillas para apartar el hilo luminoso.

Roto como un cable de luz, quedábase tendido en el aire, donde se mecía con el lento moverse de la niebla.

De pronto pasó rozando casi sus caras una acelerada riña de mariposas que trazaban trescientos ángulos por minuto. Concha alargó la mano para alcanzarlas y sin poder coger más que algo del polvo de oro de sus alas, lo miró al sol sobre el color de rosa de sus dedos [*cuartilla 3*] y sonrió a los juegos de luz que iban haciendo los insectos.

---

gusano de luz, que yo todavía no he leído», en «Cartas a Salvador Rueda», *Los Madriles*, 27-VII-1889, p. 3.

Había que ver el paisaje infinito, circuido a lo lejos por nubes como cordilleras, con visos de nieblas en las cimas y prismas que brillaban al sol como sangriento campo de batalla.

Los rayos venían del horizonte y atravesaban el toldo de chispas de oro que las mañanas próximas a otoño suelen tender en los aires.

El pueblo adonde iban enseñaba su campanario allá lejos difuminado entre el golfo de insectos y moléculas, y la campana hacía venir su eco en medio de placideces divinas como si fuese la voz de Dios que resonara sobre la naturaleza.

A veces pasaba un pájaro que conducía una carga de luz en las alas [«una carga de sol y colores en las alas» *en la novela*] y Concha quedábase mirándolo alejarse y alejarse hasta que a semejanza de materia que se disuelve en el agua, la distancia lo reducía a un punto levísimo, y por fin se *disolvía* en el espacio.

Llegaron al pueblo a tiempo que salía la [*cuartilla 4*] gente de misa, y a pie recorrieron la calle que conducía a la iglesia.

Los trabajadores que habían de servir de testigos entraron con el viejo y Concha en el templo, y después de la confesión de los culpables, adelantó el reducido grupo al altar.

En medio de la ceremonia, las almas de ambos verificaban el puro lavatorio de sus culpas y bañados en un reflejo místico quedaron uno y otra sujetos al amor, como al cuerpo del pájaro van unidas un ala y otra ala.

## 5.

[*Ateneo de Madrid*]

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi estimadísimo amigo.

Unas gracias muy verdaderas tengo que darle por su alusión del penúltimo *Madrid Cómico*.<sup>115</sup>

---

<sup>115</sup> Clarín, «Palique», *Madrid Cómico*, 23-II-1889.

No está más orgulloso Castelar de su gloria, que yo con que usted me quiera.

Nada le pregunto de mi novela, temblando de que no le haya gustado, en cuyo caso, en el de que no le haya gustado, claro es que no me halagaría que me lo dijera... en público.<sup>116</sup>

Aquí han hecho la mar de juicios, hasta el gran Valera; pero... no se me quita el miedo.<sup>117</sup>

Hablo con el alma de par en par.

Noches pasadas tuvimos el gusto de acompañar a comer todos los redactores de *El Imparcial* a su Sr. hermano D. Genaro Alas.<sup>118</sup> Le quiso obsequiar con un banquete el periódico y nosotros tuvimos el gusto de conocerle y tratarle.

Antes de que se me olvide. Está muy triste el pobre Torromé, a quien trato desde hace poco, por que [sic] dice que usted le pega. Es trabajador, modesto, simpático, se afana en el periodismo para sostener sus obligaciones, y tiene aspiración de ser algo.<sup>119</sup> ¡No le pegue usted!

En lo del juicio que hizo de mi novela en *La España Moderna*, le iniciaron no sé de orden de quién que tasara si le era posible; él contestó que haría lo que su conciencia le dictara; hizo el juicio, lo leyó a un amigo, oí yo la lectura, y cuando apareció el trabajo en la revista... una mano, directora a no dudarlo, había borrado algo que era halagador para mí. No respondo más que de lo que veo. Lo que digo lo he visto.<sup>120</sup>

---

<sup>116</sup> Clarín no se había pronunciado sobre *El gusano de luz* y todavía a mediados del verano confesaría que aún no la había leído. Valera, sin embargo, sí que reseñó la novela, pronunciándose contra su contenido artístico en función de su moralidad.

<sup>117</sup> A Valera le había enviado el original antes de editarlo sin recibir al parecer ninguna respuesta que sea conocida. Clarín se hizo eco en su posterior artículo «Cartas a Salvador Rueda», *Los Madriles*, 27 de julio de 1889, para advertirle que ni aun así debiera creérselo demasiado: «Las alabanzas de todo un Valera pueden ser, efectivamente, un veneno, como el perfume de aquellas flores que mataron a la heroína de un poema famoso, si *El gusano de luz*, que yo todavía no he leído, no merece que Valera, que nunca ha analizado una novela de Galdós, hable de él, Valera ha hecho mal...» (OC, VII, 855) Las reticencias de Clarín son evidentes y el hecho es que nunca, que sepamos, analizó él la novela.

<sup>118</sup> Genaro Alas (1845-1918), hermano de Clarín. Pertenecía al cuerpo de Ingenieros Militares hasta su retiro voluntario en 1881. En 1891 vino a Madrid, ingresando en la administración civil del estado. Publicó ensayos sobre asuntos científicos y militares. Véase, Andrés Osorio Hernández, *Genaro Alas, ingeniero militar y periodista*, Oviedo, KRK, 2006.

<sup>119</sup> Rafael Torromé y Ros (1861-1924), poeta, periodista y dramaturgo.

<sup>120</sup> Clarín, «Palique», *Madrid Cómico*, 23-II-1889 (OC. VII, 779-780). Fue su salutación a la aparición del primer número de la revista que en general le pareció bien. Pero no se cortó en un asunto que mucho le importaba: quien se iba a encargar de la crítica de obras literarias recientes.

Ya ve usted si Torromé es digno de que no le pegue usted en esta ocasión.

A quien yo procuraré dar desde *El Imparcial* con la badila en los nudillos en viniendo ocasión es a esa mano... que no sé quien es, aunque me lo figuro.<sup>121</sup>

Aquí ha gustado mucho su último libro de usted *Mezclilla*, sobre todo los artículos que tratan de Goncourt, Daudet, Bourget y Baudelaire.<sup>122</sup>

Puede usted estar *satisfecho por completo* del éxito; ha ganado usted la opinión de todos... excepto en los *Juanes Lanás*, pero de estos... ¡quien hace caso! La gente le considera a usted muchísimo, tenga confianza de ello.<sup>123</sup>

Son las cinco de la mañana y tal es mi sueño, que no veo siquiera lo que escribo.

Me despido de usted para ir a la estación a esperar a mi hermana y sus hijos que vienen de Málaga. Mi pobre hermana ha sufrido reveses de la fortuna y hoy me traigo a su familia a vivir en mi casa. Éramos pocos y parió la abuela: pero tengo el gusto inmenso de que volvemos todos a reunirnos como en la niñez.<sup>124</sup>

¡Dios dé resistencia a mi pluma!

Le quiere y le admira como pocas personas su invariable y agradecido

*Salvador*

---

Y ahí Rafael Torromé fue su víctima: «peca *La España Moderna*, permitiendo que sección tan importante como la de la crítica de las obras recientes caiga en manos de cualquiera, verbigracia, el señor Torromé, que si en él hubiera consistido, hubiese puesto en ridículo a mi buen amigo el joven y muy elocuente escritor Salvador Rueda.» (p. 779)

Clarín en realidad estaba acotando un territorio que consideraba suyo viendo a Torromé como un competidor. Lo que ignoraba es que parte de su crítica había sido manipulada por la directora del cotarro la «ilustre publicista» Emilia Pardo Bazán con quien no tardaría en chocar como es bien conocido. A Clarín le debió sorprender la carta de Rueda no tanto por su agradecimiento por el piropo recibido como por su petición de clemencia para Torromé y por la revelación de los ajustes que doña Emilia imponía a los colaboradores.

<sup>121</sup> Quien gobernaba la revista según su capricho en aquel momento era Emilia Pardo Bazán con quien Clarín no tardaría en tener grandes diferencias al igual que con José Lázaro Galdiano.

<sup>122</sup> Clarín, *Mezclilla*, Madrid, Enrique Rubinos, 1889.

<sup>123</sup> En su palique advertía Clarín a José Lázaro: «¡Mucho cuidado, señor Lázaro! ¡Mucho cuidado, doña Emilia! Por ahí se va a abrir las puertas a los Aramisés, Cortones, Juanes Ranás [sic. ¿Lanas?], Carreras y otra *gente nueva*.» Tanto Juan Rana como Juan Lanás –este, «apocado, que obedece con excesiva facilidad»– fueron utilizados como seudónimos.

<sup>124</sup> Salvador Rueda debió ayudar a diferentes familiares suyos con su trabajo y acogiéndolos en su propia casa. Mantenía, además, también a su madre, enviándole una *anualidad*, según se verá.

[*Ministerio de Fomento.*  
*Dirección General*  
*de*  
*Instrucción Pública*  
*Particular*]<sup>125</sup>

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi querido amigo don Leopoldo.

El estar hace más de un mes atravesando por una crisis nerviosa de las que me visitan con tanta frecuencia, ha sido causa de que antes no haya dado a usted mi enhorabuena por su última obra, *Su único hijo*.<sup>126</sup>

Verdad es que usted no lo habrá echado de menos, y lo que extrañará usted será que hasta las hormigas, quieran dar felicitaciones. Haga a usted reír o no, mi enhorabuena, es lo cierto que su libro me ha gustado mucho, no por el asunto, que me es antipático, sino por otras muchas cosas, por ejemplo: el *trasteo* y lo bien jugado de los cubiletes al disponer plan, relación entre capítulos y demás cosas de arquitectura novelesca, en la cual ha ganado usted mucho a mi juicio y es ya lo que se llama un maestro, y lo hondo de la labor *psicológica*, más artísticamente hecha que en *La Regenta*, porque es labor *aérea*, sin pero para la atención.

Los sustanciosos párrafos sobre naturaleza en el penúltimo capítulo, son de una hermosura y una fuerza pocas veces vistas, y lo que a mí me gusta más de la novela es el capítulo final. El bautizo aquel se ve materialmente, y las *sonoridades* todas de la

---

<sup>125</sup> Rueda fue protegido por Gaspar Núñez de Arce desde su llegada a Madrid. Recién nombrado Ministro de Ultramar, el político y poeta lo colocó en *La Gaceta de Madrid* con un sueldo de 5000 reales al año.

En 1890, mejoró su situación ocupando, por Orden de 10 de septiembre, la titularidad del Negociado 6º en la Dirección General de Instrucción Pública («Archivos, Bibliotecas y Museos, Teatro Real, Bibliotecas Populares y Registro General de la Propiedad Intelectual»). De aquí el cambio en el membrete del papel.

<sup>126</sup> Clarín, *Su único hijo*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890.

iglesia van pasando por los párrafos del capítulo hechas con palabras volátiles que trajeron a su pluma de usted la inspiración en uno de esos momentos felices que a veces se tienen. El órgano aquel que toca el cantante, y el niño y la gente, y hasta el aire, son un asombro. Como estilo son esos dos capítulos finales de su obra de lo mejor que usted ha hecho, como estilo y como poesía, como verdadera poesía.

Solo encuentro comparables a esto *Apolo en Paphos* [sic]<sup>127</sup> y la primera mitad de *Rafael Calvo*, cosas ambas que a mí me gustan sobre toda ponderación: me parece que fue donde estuvo usted más artista y más poeta.<sup>128</sup>

Se me ocurren muchísimas cosas que decirle sobre su novela, pero he de contentarme solamente con decirle que me gusta, porque no me encuentro hoy para escribir ni una carta íntima. Usted perdone mi desaliño.

He leído su última revista de usted en *El Imparcial*, con la cual estoy conforme en todo. Lo de *Ángel Guerra* es *piramidal*, y me quedo corto.<sup>129</sup> ¡Qué perspicacia, qué modo de *calar*, qué rasgos tan hermosos, qué inspiraciones! Seguramente va usted delante de todos los escritores de España, no medio siglo, como yo dije una vez, sino más de un siglo y más de dos.

Yo cada vez que leo una cosa así, siento un deseo grande de romper la pluma, me parece que lo que hago es profanar el arte, cosa tan sublime y tan sagrada.

Hablando de otra cosa: ¿ha visto usted que cosas se traga, como crítico, el respetabilísimo Balart?<sup>130</sup> ¿Ha visto usted qué paladar tan *fosilizado* tiene? Pero ¡qué cosas!

Es admirable escribiendo el castellano viejo, pero como crítico... Tiene su receta de novelistas, de poetas, de literatos, y quien no *llene su receta*, no entra en su reino. Como quien tiene un patrón para cortar chaquetas él tiene el suyo para cortar artistas. ¿Y esto es un crítico moderno? Advierto a usted que por lo demás, me merece un respeto, casi supersticioso, Balart.

---

<sup>127</sup> Clarín, *Apolo en Pafos (Interview)*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887. Folletos literarios, 3.

<sup>128</sup> Clarín, *Rafael calvo y el teatro español*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890. Folletos literarios, 6.

<sup>129</sup> Benito Pérez Galdós, *Ángel Guerra*, Madrid, 1890.

<sup>130</sup> Federico Balart (1831-1905), poeta y crítico literario que gozó de notable predicamento durante la Restauración. También Clarín tenía cierta estima por Federico Balart y gozaba de su respeto pero su método crítico iba quedando muy anticuado.

Repito a usted mi ridícula enhorabuena. Públicamente se la hubiera dado si yo estuviera bueno, como lo hice otras veces. Valga la buena voluntad. Luego, cada vez que ve usted que yo traslado mi entusiasmo por usted a las letras de molde, usted coge la palmeta y porque *no crean que me disculpe usted elogios*, la emprende a cintarazos conmigo. Eso de que porque no se crean esto o lo otro, me muela usted las costillas, no me parece justo.<sup>131</sup> Mejor es estarse callado. No dice siquiera *mús* su amigo

Salvador Rueda

7.

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi querido D. Leopoldo.

Dicen los literatos que cuando escribe usted acerca de mí, se le conoce que quiere usted concederme mucho, pero que al mismo tiempo se le ve trabajar por no soltar prenda, no estoy con ellos en esto, y tan no estoy, que mi orgullo (un orgullo solitario y sin comunicación) se cifra en las frases de atención y de elogio que usted algunas veces me ha dirigido, frases que para saborearlas cuando a mí vienen, no voy ridículamente ni al círculo ni al café a mostrarlas, sino que me voy con ellas al campo, y allí solo, en pleno Dios, las gozo a mi placer.

No estoy, como digo, con los literatos en este punto, pero lo que es indudable, es que ya no me tiene usted aquel afecto cariñoso y sincero de antes; yo creía ver entonces en sus cartas y artículos a mí, no sé que cosa ingenua, cariñosa, algo que halagaba con caricia tibia y sana. Después he creído ver en usted enojo, ira, que sé yo. Hace poco creí que tronaba usted sobre mí como una tempestad; como yo era la cuerda que iba usted a

---

<sup>131</sup> Fue una queja que repitió más de una vez porque Clarín siempre le puso reparos, no queriendo que se malograra como escritor por una consideración temprana demasiado positiva. Es posición que reitera una y otra vez. «Cartas a Salvador Rueda», *Los Madriles*, 43, 27-VII-1889 (OC, VII, 854-858).

remover, solo con el amago de su puño vibré, y cree mi conciencia agradecida que a aquel lamento debí que pasara la tempestad sin que me alcanzara.<sup>132</sup>

Hoy le mando el autógrafo de un nuevo libro que usted ha tenido la culpa de que escriba.<sup>133</sup> En la primera página le puse una dedicatoria a usted, llena de entusiasmo, pero me ha avergonzado la idea de que el libro esté demasiado lejos de ser un recuerdo digno de persona de tanto mérito como usted, y lo que quitado; no quiero hacer el ridículo a ciegas, porque yo no sé si la obra me acabará de conquistar de usted el nombre de poeta, cuya sola posibilidad me hace sentir ráfagas de alegría loca y desacompasada.

Ha sido el ideal de toda mi vida, merecer de usted ese título, que he querido ganar por medio del cariño al arte y de la voluntad constantemente puesta en ele Studio y en mi fin perseguido.

Si el libro acusa un poeta, yo desearía alcanzar de usted la hermosísima distinción de que me presentara como tal al público, en un prólogo, que será, con seguridad, toda una hermosa obra, como de usted, y desearía que usted me presentase, por que [*sic*] a usted, repito, he debido el escribir el libro, pensando solo en agradarle y recordando sus gustos e indicaciones. Si nada de eso acusa en mi trabajo, me conformaré con no haber acertado.<sup>134</sup>

Espera contestación de usted su leal amigo

*Salvador Rueda*

Ya sabe s. / c. Jovellanos, 5, bajo, interior, Madrid

---

<sup>132</sup> Alude a «Cartas a Salvador Rueda», *Los Madriles*, 43, 27-VII-1889 (OC, VII, 854-858). Clarín inició con este artículo una serie de cartas donde pensaba analizar la situación de la poesía española tomando como ejemplo a Salvador Rueda, a quien había saludado dos años antes como una esperanza de la poesía española, que consideraba viva pasado el tiempo. Lo veía con talento y que se había tomado en serio la moral del artista, pero consideraba que las alabanzas podían ser un veneno para un joven, de aquí su prudencia. Avanzaba, además, Clarín, que había demasiada imitación en la poesía española y poca novedad. La serie de cartas, sin embargo, no tuvo continuidad y de aquí que Rueda quedara temeroso por la amenaza de tormenta de posibles azotes, que se quedó en nada...

<sup>133</sup> Es posible que el envío con esta carta fuera el de *Cantos de la vendimia*, para el que pide la venia y un prólogo.

<sup>134</sup> Clarín contestó afirmativamente un tiempo después y por conducto público, incluyendo la carta en un «Palique. Correspondencia particular (Imitación de Madrid Cómico)», *Madrid Cómico*, 26-VII-1890. Véase la presentación.

Si me contesta pronto se lo agradeceré.

El adjunto impreso, que tengo casualmente sobre la mesa, es el comienzo de una carta íntima, que escribí a un amigo, y este la va a poner al frente de un libro suyo; se la mando para que vea usted que *íntima* y *públicamente* usted me merece igual concepto. No creerá usted que lo echo en mi balanza; ya ve usted el peso de un papel! ¡Le escribo a usted en martes!

8.

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi querido D. Leopoldo.

Ante todo le manifiesto mi agradecimiento por su recuerdo a mi pobre persona en el penúltimo número de *Madrid Cómico*: sé lo mucho que vale la menor concesión de usted y el beneficio que puede hacer a un escritor.<sup>135</sup> Ojalá ese prólogo con que va usted a apadrinar mi libro no deshaga el poco crédito que usted me dio.

Habrá usted recibido un nuevo trabajo mío: es un ensayo de *diálogo dramático* que publico porque no tengo otro remedio que dar a la stampa todo lo que escribo; remo yo solo en la barca que lleva nueve personas; y mi único remo es la pluma, por eso tengo que esforzarme tanto. Verdad es que esto nada tiene que ver con la crítica, que carece de entrañas para lo doméstico, y al sentir su juicio, se para el estómago del poeta: no puede hacer este lo mismo que el crítico.

Madrid está ya en plena temporada literaria; parece que será un año de malos estrenos teatrales y de muchos libros. Publican obras Pereda (según tengo entendido); Galdós; Pardo Bazán, Andrés Miralles (este un libro de cuadros de costumbres); Nieva,

---

<sup>135</sup> Clarín no se puso pronto manos a la obra, pero no lo echó en olvido. Volvió a sacar el tema en otro «Palique» (*Madrid Cómico*, 11 de octubre de 1890), refiriéndose a la necesidad de renovación lírica que había. Mencionó que para ello algo valía de Rueda «el libro inédito a que debo poner un prólogo». Y se refirió también a la revolución rítmica que se necesitaba. (En OC, VII, 1121).

Rueda le agradece esta mención y se siente como obligado a proporcionarle otra información de la vida literaria madrileña.

Francos Rodríguez (cuadros de costumbres);<sup>136</sup> *Cavia (De pitón a pitón y Azotes y galeras)*<sup>137</sup>, Salvany (una novela); y así hasta recorrer toda la escala de escritores. No se venderán libros, pero el entusiasmo no decae por eso.

De teatro hay obras de Gaspar, Ramos Carrión (este dará *El rey que rabió*, zarzuela, y *La coleta*, comedia);<sup>138</sup> Vital Aza, Miguel Echegaray, Sánchez Pérez y de mucha más gente.<sup>139</sup>

Echegaray (D. José) parece que escribe una tragedia griega;<sup>140</sup> y tienen además obras para el *Español* Torromé, Dicenta, Ruiz Martínez, Blanco Asenjo, Bremón, etc. etc.<sup>141</sup>

Los poetas líricos duermen. Ricardo Gil es la propia pereza;<sup>142</sup> Velarde acaso publique *Alegría*;<sup>143</sup> Grilo nada hace;<sup>144</sup> Ferrari puede ser que empiece a planear y a

---

<sup>136</sup> No hemos identificado a Andrés Miralles y a Nieva. José Francos Rodríguez (1862-1931), médico, periodista, escritor y activo político autor de una variada obra literaria en diferentes géneros.

<sup>137</sup> Clarín, «Palique», da bienvenida a este libro, OC. V, 1149-1150.

<sup>138</sup> Enrique Gaspar (1842-1902), diplomático y escritor, autor de dramas, zarzuelas y novelas.

Miguel Ramos Carrión (1848-1915), prolífico autor dramático, periodista y humorista.

<sup>139</sup> Vital Aza (1851-1912), médico de profesión, pero conocido como poeta festivo y como dramaturgo.

Miguel Echegaray (1848-1927), comediógrafo impulsor del llamado género chico.

Antonio Sánchez Pérez (1838-1912), periodista y dramaturgo que sobre todo durante sus últimos años escribió numerosos artículos de memorias.

<sup>140</sup> José Echegaray (1832-1916), Ingeniero de caminos y muy activo en la política alcanzó, sin embargo, su mayor fama y gloria como dramaturgo.

<sup>141</sup> Joaquín Dicenta (1862-1917), periodista, narrador y dramaturgo impulsor en España del drama social. Ricardo Blanco Asenjo (1847-1897), periodista, poeta, crítico literario y traductor. José Fernández Bremón (1839-1910), periodista y escritor autor de obras muy variadas.

<sup>142</sup> Ricardo Gil (1858-1908), conocido poeta intimista de variada producción donde se atisba en parte la renovación modernista.

<sup>143</sup> José Velarde (1848-1892), estudió medicina y cultivó la poesía influido por Núñez de Arce o Zorrilla. *Alegría*, es un poema en cuatro cantos y una introducción, una de sus obras de mayor empeño.

<sup>144</sup> Antonio Fernández Grilo (1845-1906), periodista y poeta de gran éxito en aquellos años.

echarle trazos y medidas, para irlo paso a paso midiendo, a algún endecasílabo;<sup>145</sup> Manuel del Palacio *chispea* si Dios tiene qué.<sup>146</sup> Y no sé nada más de nadie.

Usted, ¿nos da alguna novela? No le pregunto para que me escriba pues sé que le molesta, es decir, que tengo deseo y lo tiene el público, de que la envíe usted impresa.

Y nada más; nada digo a usted del prólogo temeroso de que si le molesto la paliza sea mucho mayor.

Usted manda y ordenará su apasionado

*Salvador Rueda*

De *Cantos de la vendimia* quedan eliminados las poesías *La pita*, *La rana*, la conclusión de la *Sinfonía*, y dos o tres comp[osición]es cortas más, que ahora no recuerdo.

Si no le fuera a usted demasiado molesto debía decirme qué poesías debía quitar y cuales debía corregir para que eliminado todo ello, tuviera usted menos palos que darme.

9.

Sor. D. Leopoldo Alas.

Mi querido Don Leopoldo.

Este es el mes de las peticiones y *la tradición* me ampara para hacer a usted la mía.

El editor que ha de publicar *Cantos de la vendimia*, me da cada *solo de Clarín* que me vuelve loco con la tardanza del prólogo por usted generosamente prometido a mi libro.<sup>147</sup>

---

<sup>145</sup> Emilio Ferrari (1853-1907), poeta prestigioso durante aquellos años.

<sup>146</sup> Manuel del Palacio (1831-1906), poeta de amplia obra, caracterizada por su versatilidad y que adquirió gran popularidad sobre todo por sus versos satíricos.

Escribir unas cuartillas no es para usted absolutamente nada, y a mí sería hacerme un señor beneficio. Alargo pues la mano, temblando de miedo y le digo:

Padrino Alas, el aguinaldo.

\*\*\*

Me gustan mucho todas esas buenas cosas que dice usted a la Guerrero, posible es que, dado su temperamento delicado, se avenga, por instinto, a los papeles en los cuales hay poesía, y que, por instinto también, rechace los que no la tienen, como usted parece indicarle en su último palique.<sup>148</sup> Lo que hay de cierto en todo lo que se refiere a la Guerrero, es que en ella hay algo que atrae, que cautiva; quizás sea su artística distinción, acaso su particular belleza física que es por sí sola un a modo de espectáculo, ello es que ese *no sé qué* lo ejerce en todo el que la ve en escena.

Dicen que para el drama carece de arranque y lo creo; más bien creo que se adapta a la comedia y sobre todo a los papeles en que hay que representar variados matices de pasión y de afecto, de esos matices hace una especie de *lirismo* teatral y suave en el cual hay no poca poesía. Me gusta la Guerrero desde una vez que la vi hacer un papel de muchacha joven, casi niña. Enamorada de un hombre que no sabía su pasión, no puede concebirse más delicadeza, más encanto, más *lirismo* de ese de que hablo, que los por ella desplegados para hacer ver el estado de su alma al galán; de toda ella surgía un encanto especial que no se me ha olvidado.

\*\*\*

---

<sup>147</sup> Como pasaban semanas y el prólogo no llegaba, Rueda lo pidió ingeniosamente como *aguinaldo*. Una manera y una fórmula con la que Rueda acudió a otros como Pereda. Véase, Sánchez Reyes, art. cit., pp. 194-196, con motivo de sus peticiones para que prologara o escribiera algún elogio de *La reja*.

<sup>148</sup> Clarín escribió en numerosas ocasiones sobre María Guerrero: aquí alude a varios artículos que le dedicó por entonces: «Palique», *Madrid Cómico*, 8-XI-1890 (OC, VII, 1140-1142). «Palique», *Madrid Cómico*, 15-XI-1890 (OC, VII, 1142-1145). «Palique», *Madrid Cómico*, 6-XII-1890 (OC, VII, 1158-1160).

Más adelante, le dedicó otros trabajos, entre los que destacan, «María Guerrero», *Los apuntes*, nº 2, 19-VII-1894 y el siguiente (OC, VIII). Véase, María Ángeles Ezama, «Un artículo olvidado de Clarín sobre María Guerrero», *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 130, 1989, pp. 263-274.

Tiene mucha gracia y es una felicísima frase la del *estilista que se escucha*; uno ha querido mil veces decir eso y no ha encontrado modo de *crystalizarlo* con esa fuerza que usted lo hace. Lo más particular es que todas esas cosas las dice usted siempre de súbito, por intuición, como un artista, y no después de indagaciones pesadas e insufribles.<sup>149</sup>

\*\*\*

Ayer y hoy solo se oye en Madrid «candidato, honra, Gobierno, derrotado, escrutinio, conservador, liberales, etc., etc., etc.» Todo esto nos tiene metidos en una atmósfera insoportable de antipática, y yo solo he podido enterarme de que el gobierno ha sufrido un gran desencanto con las elecciones.

¿Cuándo viene usted diputado?

No digo a usted más necedades y esperando ese aguinaldo (en el cual deseo que no me entren las castañas) queda como siempre a sus órdenes su apasionado q. s. m. b.

*Salvador Rueda*

Ya sabe que del libro van excluidas *El Ruiseñor*, *La pita*, *La rana*, y otras cuantas que ahora no recuerdo, instrúyame usted en lo que debo borrar y corregir, y Dios le pagará el favor.

S/c. Jovellanos, 5, bajo.

10.

Sr. D. Leopoldo Alas.

Mi respetado y querido amigo.

---

<sup>149</sup> La expresión viene de uno de los paliques sobre la Guerrero. Refiriéndose a *Los irresponsables*, de Dicenta, que parece juzgar como un drama rematadamente malo, falto de poesía y de verdad y portanto imposible para una creación importante de la actriz. La expresión la ha utilizado «El indolente» en *El Globo* (*Madrid Cómico*, 6-XII-1890, en OC, VII, 1159).

Por el correo de hoy va para usted un ejemplar de *La Gitana* (Idilio de la sierra), arreglada y corregida al hacerla tomo.<sup>150</sup> Le escribo a usted para pedirle con verdadero interés un favor, y este favor es que no lea usted mi novela; se lo suplico con toda sinceridad. Todavía no es eso lo que yo quiero que usted lea mío; tengo mis planes, trabajo, estudio, veremos si realizo lo que deseo, y entonces le pediré a usted que me lea; hoy no.

Harto hace usted con dejarme pasar y no ponerme en solfa. Las exageraciones que los periódicos dicen a favor mío, ni las tomo en cuenta ni me trastornan poco ni mucho la cabeza. Aspiro al elogio de las personas que yo sé, las cuales son las que deben agradar a un escritor; yo no he ganado todavía esos elogios, esto convencido de ello. Pero yo no puedo impedir que de mi se exagere; usted comprenderá que eso no está en mi mano; lo siento, y nada más.

Y no hablemos más de mí.

¿Qué prepara usted? Es decir ¿qué es lo primero que nos va usted a dar a leer? ¿Cuándo viene ese *Tamboril y gaita* que con tanta ansia espero?<sup>151</sup>

¡Será usted capaz de tenerlo colocado en el telar, allá en tercero o cuarto término!

De ese libro trascienden cosas robustas de sentimiento, íntimas, llenas de poesía, y además probará una aptitud de usted más, sentir con gran fuerza el paisaje, los cuadros pictóricos, etc., etc.

Pero hago callar aquí a la pluma, porque usted, cada vez que digo «alabado sea Alas», me deja caer la cachiporra en la cabeza.

---

<sup>150</sup> Salvador Rueda, *La Gitana. (Idilio en la sierra). Novela andaluza*, Madrid, Imp. de Luis Aguado, 1892. La había concluido en septiembre de 1891 y se la dedicó a Antonio Cánovas del Castillo, inaugurando con ella la «Biblioteca Rueda», dirigida por su hermano José. En ella irían saliendo parte de los libros que fue escribiendo después. Capítulos sueltos de la novela se dieron también a conocer sueltos en la prensa, manejando entonces el título de *Idilio en la sierra*. Detalles en María Isabel Jiménez Morales, «Las novelas andaluzas de Salvador Rueda, ob. cit., pp. 161 y ss.

<sup>151</sup> Una novela con este título comenzó a ser anunciada en el quinto de sus folletos literarios, *A 0'50 poeta* (1889) como obra «en preparación»; siguió mencionándola otras veces, pero sus enfermedades le impidieron llevarla a cabo, ya que afirmaba que para escribirla necesitaba estar alegre y sano. Adolfo Posada salvó entre sus papeles sus primeras cuartillas. Leopoldo Alas, hijo, daría años después a la revista *Renacimiento latino* (año I, nº 1, abril de 1905, pp. 26-27) otro fragmento que fue recuperado en 1981 por Noel Valis. Otros detalles en J. Oleza, «Introducción» a *Su único hijo* y «Proyectos novelescos y fragmentos narrativos», en OC, II, en especial, «El último proyecto. *Tambor y gaita*», pp. 484-490.

Venga ese *Tamboril* y convertiremos cada poro de nuestro cuerpo en una boca para hablar de él, aunque menudeen los golpes de chivata.

Adiós, querido amigo, le quiere como siempre y le admira como siempre, su antiguo amigo que s. m. b.

*Salvador Rueda*

S. / c. Jovellanos, 5, Madrid.

11.

[*Ateneo de Madrid*]

S. D. Leopoldo Alas.

Mi de verdad querido Don Leopoldo.

Un *amigo mío* me envía la *Instantánea* donde usted habla de mi último libro *En tropel*: sino [*sic*] hubiera sido por ese amigo mío, como estoy tan metido en mi casa con motivo de la enfermedad de mi sobrina Matilde (muchacha que está a punto de dejar crisálida)<sup>152</sup> quizás no hubiera yo leído la *instantánea* de usted, que tanto me honra y que viene a alegrarme un poco en medio de tanto disgusto como en este tiempo ha venido a reunírseme (también mi madre anda mal de salud).<sup>153</sup>

Así es que le estimo mucho el rayo de luz suave y cariñosa que penetra usted en mi corazón. Siempre, en los escritos de usted que a mi se refieren, creo ver un no sé qué de cariño, de amor de hermano mayor a menor, cosa que que [*sic*] la alojo siempre en mi alma como un aliento que recibe mi vida.

---

<sup>152</sup> Comparación que utilizó en más de una ocasión –por ejemplo en *El gusano de luz*– para referirse a la mujer que deja de ser niña para pasar a adulta.

<sup>153</sup> Salvador Rueda, *En tropel. Cantos españoles*. Con un Pórtico de Rubén Darío, Madrid, Biblioteca Rueda, II, 1892 (2ª ed., 1893).

Le suponen a usted muchos descorazonado: yo no puedo decir más que todo lo contrario, a través de ciertos escritos de usted, corre siempre una brisa de cariño, un soplo tibio, que resucita las esperanzas que van a marchitarse.

Y conste que todo esto va dicho sin *posse* [sic] ¿Dios mío, *posseur* yo! [sic] En fin, será verdad cuando usted lo dice, y procuraré *disponerme*, amigo crea que no hay tal cosa.<sup>154</sup>

Como dice usted que va a ocuparse con más detenimiento de *En tropel* (acaso en *El Imparcial*, como yo quisiera, si lo malo que usted tiene que decir no es mucho, y si algo lo bueno) estoy que no me llega la camisa al cuerpo e instintivamente, como quien teme una imbatida espada en mano, oculto la cabeza entre ambos brazos aguardando no el *cintarazo*, sino el *linternazo*. ¡Sea lo que Dios quiera!

Sabe usted con cuanta lealtad le quiere su devoto

*Salvador Rueda*

S. / c. Jovellanos, 5, bajo

*Noticia*. Quizás vaya a Méjico, parece que iré en excelentes condiciones.<sup>155</sup> Gano aquí pata vivir y para mi familia, pero es a trueque de escribir casi un libro al mes. Voy a ver si *lejos* de la *madre patria* me va mejor. Todavía no es cosa hecha.

12.

Sor. D. Leopoldo Alas.

Mi respetado y querido D. Leopoldo.

---

<sup>154</sup> La «instantánea» a que se refería se halla en Clarín, «Crítica literaria (Colaboración inédita)», *Las Provincias*, 24-XI-1892 (OC, VIII, 443-444). Es en ella donde le acusa, al igual que a Darío de *poseur* («engreído»). Y de aquí la queja de Rueda en su carta, que transcribe mal los términos.

<sup>155</sup> Seguramente se refería a algún posible destino administrativo, que después resultó fallido.

Acabo de leer *La rosa de oro*, que es un bordado sobre fondo de oro efectivamente, y el fondo, para mi gusto, todavía superior al bordado, a mí me ha parecido el cuento un trozo de casulla, un pedazo de paño sagrado, con su olor a incensario y todo, y sus chispazos de pedrería.<sup>156</sup> Me mueve a escribir a usted, lo mucho que me ha gustado esa página, la cual, como otras de usted podrá alguien en España, acaso *ejecutarlas* mejor (y perdone la ingenuidad) pero sentarlas con fuerza, impregnarlas de más delicadeza, embellecerlas de más matices, y nutrirlas de más amor a lo puro, de más observación, de más lógica, de más cosas internas y exquisitas, eso nadie sabe hacerlo más que usted.

Usted tiene dos mil sentidos para recoger finuras espirituales y de naturaleza. ¿Se acuerda usted de *El Centauro*?<sup>157</sup> Aquel cuento incomparable está escrito con el olfato, con la nariz, con una nariz enciclopédica, y dispense el modo de señalar, parece que de los sentidos de usted, salen millares de tentáculos invisibles y se derraman e intercalan y compenetran en toda la vida, y vienen luego a la cuartilla, abejas maravillosas, cargados con todos los matices de sensaciones conocidos y hasta desconocidos. Estoy seguro de que suelto yo un mosquito aquí donde estoy y usted es capaz de *oírlo* desde Oviedo. Cada hombre notable y genial parece que tiene una atmósfera suya, propia, que llega a grandes distancias, y los demás sentimos esa atmósfera, ese *roce* lejano, en nuestro sistema nervioso.

Pues ¡y aquel otro cuento titulado *Cambio de luz*!<sup>158</sup> Todo él es traslúcido como la vidriera de colores de una catedral. ¡Qué *chorrear* de matices místicos (vuelvo a pedirle perdón por las malditas imágenes), qué luces de gloria en aquellos renglones purísimos, qué emociones nuevas, *estrenadas* por usted, qué amor a lo ideal, que *perfumes que hablan*, por lo menos yo los oigo no sé *en qué punto de repercusión* de mi ser, hay en este cuento bellísimo.

Cuando acabé de leerlo, se lo di entusiasmado a una persona que había al lado mío, a un abogado, persona que tiene representación y *obligación* de poseer *sesos*, y me

---

<sup>156</sup> Clarín, «La rosa de oro», *Los Lunes de El Imparcial*, 10-VII-1893. Fue recopilado en el volumen, *El señor y los demás son cuentos*, Madrid, 1893.

<sup>157</sup> Clarín, «El Centauro», *El Liberal*, 22-III-1893. Fue recopilado en el volumen, *El señor y los demás son cuentos*, Madrid, 1893.

<sup>158</sup> Clarín, «Cambio de luz», *Los Lunes de El Imparcial*, 3-IV-1893. Fue recopilado en el volumen, *El señor y los demás son cuentos*, Madrid, 1893.

dio un par de coces del que [sic] todavía cojeo. ¡Ese sujeto es el símbolo de nuestro público! Salvo excepciones... o *decepciones*. ¡Eche usted margaritas a los puercos, guindas a la tarasca! Usted escribe para dentro de un siglo... si es posible que algún siglo divino sea capaz de resucitar este *Lázaro*, el público.

No poca culpa tienen de esa modorra en que está, varias cosas, una creo que es la persistencia, el son continuado, el modo igual, la manera única de cuantos han movido una pluma poética en el siglo (excepción hecha de Zorrilla y alguno otro) han tenido de expresar sus ideas y emociones: aquí todo se ha dicho durante un siglo con el endecasílabo, y el eptasílabo [sic]. ¡Qué horror! No hay ovejas que no vuelvan de la *gutapercha* con esa tenacidad de ritmo, con esa pobreza de inventiva música. El *rum-bum-bum* de la oda y de los versos de retórica, han sido crueles ruedas de tren en marcha que nos han destrozado el tímpano. Nadie quiere ya oír ni gloria dentro de ese ritmo, que, siendo tan magnífico, han hecho aborrecible. Luego, a todo lo han aplicado, a los asuntos épicos, a los pastoriles, a los sociales, a los íntimos, a todo. Es claro; a fuerza de aunar hasta el *Ave María* de Ponnal (¿) se queda afónica, y a fuerza de sonar se quedan afónicos los timbres, las campanas, los cencerros, los almireces, y una vez afónicos, ya no expresan nada, no dicen nada. Como el cuerpo humano remueva sus átomos, las palabras roncadas, cascadas, gastadas, hay que sustituirlas por otras que vengan vibrando, y hay que sustituir los ritmos, y hay que evolucionarlo todo, porque sino [sic] en vez hacer arte, se hipnotiza, se amodorra; todo son continuado lleva al sueño, esto es indudable. Si a usted le dan una serenata que dure un siglo en la cual no se toque más que le mejor número de mejor música, repitiéndola durante los cien años, usted goza primero, luego goza menos, luego se desespera, luego corre por el cuarto como un tigre furioso, luego cae, se amodorra, se duerme... y se muere de asco. Todo el procedimiento, toda la técnica poética, está *afónica*; nadie la oye, por lo que nadie debe, ni puede ya oírla.

Sobre esto, sobre el ritmo en poesía voy a dirigir a Yxart, a instancia suya, una serie de cantos en la *Ilustración Ibérica*, cosa escrita al volar de la pluma verdaderamente, sin la suficiente meditación, basadas solo en una chispa de práctica y otra chispa de observación real, y los cuales confieso a usted como un pecado y le pido de todo corazón, que no las lea; se lo suplico de veras.<sup>159</sup>

---

<sup>159</sup> Es la serie de artículos encargada por el escritor y crítico José Yxart Moragas (1852-1895) que dio lugar a Salvador Rueda, *El ritmo. Crítica contemporánea*, Madrid, Tip. de los hijos de

Por lo contrario de todo eso que digo, es por lo que llega usted a todo lo más hondo de nuestro espíritu, con sus voces nuevas, vibrantes, llenas de fuerza, con su infinidad de matices a los que usted, cuando las ve pasar, echa el lazo del idioma y los fija, con sus músicas interiores pobladas de ritmos nuevos y... con todo lo que usted *se trae*. Y es que en usted no hay un solo átomo de gutapercha. Usted está todo vivo, vivísimo, y tiene en cada poro una ventana, y en cada ventana una yema de dedo y en cada oído las dos cosas.

No quiero tomar nada, no; digo todo esto por que [*sic*] lo siento. Aunque usted me ha dado muchas *zurras*, amo al verdad, y adoro la justicia que no es sino una especie de lógica. Aunque mi mundo no valga nada (no me refiero al cofre) estoy recogido en mi mundo como el vencejo bajo su teja, y miro las cosas y las venero sin más fin que el de gozar con ellas.

Hace tiempo que por lecturas mías sobre cosas de usted, le debía esta *expansión*, y ahí va, aunque sé que son *cuartillas al viento*, porque nada valen. Y suspendiendo aquí la *cencerrada*, como siempre venero su talento que tanto nos enseña aunque nos haga sangre, su amigo cariñoso

*Salvador Rueda*

Mis nuevas señas son: Archivo del Ministerio de Ultramar<sup>160</sup>

Madrid 10 Julio 93

13.

---

M. G. Hernández, Biblioteca Rueda, IV, 1893. Marta Palenque, «Introducción» a Salvador Rueda, *El ritmo*, Exeter, University of Exeter Press, 1993.

<sup>160</sup> A comienzos del 1893, el 10 de enero, un sobresalto alteró su tranquilidad: Antonio Maura, ministro de Ultramar, firmó su nombramiento como Oficial Segundo del mismo Ministerio, con destino a Filipinas. Sin embargo, el 1 de febrero pasó a Oficial tercero de Administración Civil, lo que evitó su embarque a tan remotas tierras, recalando en esta nueva dependencia más acorde con sus intereses. Por real orden de 7 de julio de 1894 se incorporó definitivamente al Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, pasando por diferentes destinos en los años siguientes. J. A. Tamayo, «Salvador Rueda o el ritmo», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 7, 1943, pp. 3-35, aduce documentos.

Sor. Don Leopoldo Alas.

Respetado maestro, querido amigo.

No pide esta carta contestación; solo le lleva un aplauso muy grande por esos últimos cuentos. ¡Si serán tontos los que dicen que estoy convertido en un idólatra de usted! ¿Hay modo de no estarlo? La verdad es que no nos lo merecemos a usted: necesitaba usted de lectores a la plana mayor de la literatura europea en todo lo que va de siglo.

No hay más remedio que adorarlo y que quererlo mucho, mucho. Parece que vive usted dentro de cada alma, y que ve lo que pasa en todo espíritu.

Ese *dúo de la tos* tiene más poesía que hay en un parnaso entero, qué delicadez, qué penetración, qué sentimiento y qué filosofía.<sup>161</sup> Le dan a uno ganas, después de leer eso, y *El Torso* y aquel otro bellísimo cuento sobre la educación de los hijos, de romper en mil pedazos esta pluma raquíca con que le escribo y de morir de vergüenza al considerar cómo ha podido creer alguna vez que es escritor.<sup>162</sup>

Gracias por mandar desde Oviedo a esta vida baja y ruin de la literatura madrileña esos pedazos de cerebro y de alma hechos arte. Al principio nos enseñó usted a querer a los maestros, a respetar la lógica, el lenguaje, a penetrarnos de la grandeza del arte de escribí; y ahora nos llena usted el corazón de poesía. Ese cerebro es un manantial que baja de la cima más elevada y *azul* de su alma.

Dios nos lo conserve a usted hasta que se desmorne de viejo. Y conste que otros, como indica usted en uno de sus cuentos, no tendrán amigos verdaderos, pero usted séyo a ciencia cierta que tiene, por lo menos, uno.

En cuanto a mí, sigo arando cuartillas si Dios tiene qué. No me canso, pero quisiera sacudirme unas pocas obligaciones para hacer dos poemas, a los cuales, acaso porque están en nebulosa, tengo algún cariño. Son, uno un canto a la fuerza creadora

---

<sup>161</sup> Se refiere al cuento de Clarín, «El dúo de la tos», *Los Lunes de El Imparcial*, 16-V-1894. Recopilado después en *Cuentos morales*, Madrid, 1896.

<sup>162</sup> Clarín, «El Torso», *El Liberal*, 17-V-1894. Recopilado después en *Cuentos morales*, Madrid, 1896.

que quisiera encarnar en la fiesta griega de los Panateneos;<sup>163</sup> y otro *El Bloque*, en cuatro himnos, uno *reconstrucción ideal* de una pirámide como síntesis de la civilización egipcia;<sup>164</sup> otro *La Alhambra*, síntesis árabe; otro el *Partenón*, síntesis griega, y por fin *El Bloque*, sillar inmenso que se columbra en una visión poética, del cual, a son de músicas de triunfo, tiraran artistas, sabios, poetas y gentes de la raza latina, para llevarlo al emplazamiento del gran monumento, del que se ha de legar a la posteridad; ese bloque inmenso es solo una pieza de la fábrica colosal. En ella, el ruido entusiasta y delirante del trabajo; buriles, martillos, canciones, cinceles, todo compone el himno de triunfo; las estrofas han de excitar a las fuerzas dormidas de la raza soñolienta e indiferente de ahora, «arriba» ha de salir de todo el poema; arriba, *sursum corda*.

Como usted ve, una chifladura, y dicha así, parece todavía mayor. Para cada parte de esas necesito estudiar, reunir muchos datos y no tengo tiempo.

Ahora voy a empezar una novela de encargo; veremos a ver lo que sale, cosa buena no será. Ando tras de hacerme de un solo palmo en que poner los pies, para, entonces, escribir nada más que aquello que yo quiera, veremos si en tres o cuatro años lo consigo: en este último, después de cubrir mis obligaciones he podido ahorrar ¡escribiendo versos, calcule usted los que habré hecho!, mil durejos, que soy capaz de enviarle si usted los quiere; sí, dado lo que me costaron de penalidades, una cantidad *psicológica* más bien que *metálica*, y por ser metal con *aureola de poesía*, se lo ofrezco.

En fin, dispense usted mis locuras; hoy estoy contento por haber leído esos cuentos y ya ve usted si el entusiasmo me hace disparatar.

Váyase por los *disgustos* que me dan estos renacuajos de la crítica, de los cuales hay aquí una almáciga, y todos vienen a teñirse el colmillo con mi sangre.<sup>165</sup> ¡Habría cochinos!

Suyo de corazón (de usted no de ellos)

*Salvador Rueda*

---

<sup>163</sup> La Fiesta de los Panateneos o Juegos Panateneas, en honor a Atenea, se celebraban en Atenas cada cuatro años desde el 566 A. C. Integraban ceremonias religiosas y competiciones deportivas y culturales.

<sup>164</sup> Debe corresponder al inicio de los trabajos que culminarían en libro de Salvador Rueda *El bloque. Poema*, publicado finalmente en Madrid, Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, 1896.

<sup>165</sup> Almáciga: semillero.

(Archivo del Ministerio de Ultramar)

14.

Sor. D. Leopoldo Alas.

Querido maestro y amigo.

Hoy es el último día del año y para mí de gran alegría y reconocimiento hacia usted que es tan bueno conmigo, que me toma en serio, me aconseja, me aplaude y me quiere. ¿Qué más he podido yo desear nunca?

A pesar de mis muchas obligaciones, ¡son demasiadas!, entraré en año nuevo con propósito, en cuanto me sea posible, de hacerme bien a mí mismo tratando de poner por obra todo lo que usted me dice.

Aparte del trabajo diario para la vida de las ocho personas que van conmigo en este largo viaje, tengo en gestación desde hace tiempo, varios trabajos más serios y precisamente para verterlos en la forma clásica: esos trabajos los voy a escribir despacio, acordándome de los consejos de usted a cada verso, y procurando agradarle. Allá veremos lo que resulta.

Le suplico que no se fije demasiado en las poesías que escribo para vivir: quisiera dejar *El Liberal*, pero no sé si me lo consentirá mi presupuesto mensual; y eso que el bondadoso Moya me da libertad alguna para el asunto y no quiere que sea precisamente gracioso lo que para él yo escriba.<sup>166</sup>

Mi deseo es por ahora hacerme en América (para la cual escribo mucho) de aquella equivalencia de trabajos que en España suprime, y aquí publicar poco y cuando dé un tomo, que sea lo más escogido posible. Veremos, veremos lo que puedo conseguir.

Estos días tengo un gran pesar, que en parte me han aliviado los artículos de usted, y es que un amigo, que lo fue de usted, ha dejado de serlo mío por que [sic] en un

---

<sup>166</sup> Miguel Moya Ojanguren (1856-1920), director de *El Liberal* desde 1890. Abrió las páginas del periódico a las colaboraciones de los jóvenes, incluido Rubén Darío cuando llegó a España en 1892.

artículo de *El Ritmo*, entre muchos, muchísimos elogios, me permití hacer notar varios defectos. Él creo que dice que no es por el artículo, pero yo creo ahora que conozco su susceptibilidad extremada, que sí, que es por aquellas objeciones.<sup>167</sup> Le he escrito una carta llena de cariño preguntándole por las razones de su disgusto, para en el [mo]mento [sic] desvanecerlas y ... ni siquiera me ha contestado. Esto me ha producido no ira, sino tristeza y pena muy honda porque veo que todos son aptos para hacer leña de mí, y uno en cambio, no puede señalar un defecto. Además, era esa una amistad que yo apreciaba. Parece que ese amigo, en un libro de crítica que prepara, va a decir de mí enormidades, pero por ser enormidades y no justicias, no las leeré. Yo estoy en mi trabajo, y en mi estudio, y nada más.

¡Qué bien hace usted en no vivir en Madrid! Ya ve usted, yo no trato a nadie, no veo a nadie, vivo como sonámbulo, y sin embargo las tiras de mi pobre piel está a cuarto y a ochavo por estas reuniones literarias. Ahora, con las bondades de usted para conmigo, quedo vengado... por ahora.

Esto es horrible. Creo que hasta hay una especie de *cenáculo* que envía anónimos a todos los periódicos donde escribo, no solo de España sino de América. En fin, más vale no seguir. ¡Feliz el que vive en el campo y no tiene que escribir!

Mis felicitaciones para año nuevo, y sabe cuanto es el agradecimiento y el cariño que le tiene su amigo q. b. s. m.

*Salvador Rueda*

(Mis señas por si algo le ocurriera, son Archivo del Ministerio de Ultramar).

15.

[LA GRAN VIA  
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA  
Capellanes, 10, pral. Izda.  
MADRID

---

<sup>167</sup> Repasando *El ritmo* no hemos dado con el poeta que se sintió agraviado por sus comentarios.

Teléfono núm. 92]

Madrid, 11 de Enero de 1895

Sr. Don Leopoldo Alas.

Querido Don Leopoldo.

Como en su carta me decía usted que se quedaba sin el borrador de la poesía *Córdoba*, tengo el cuidado de devolvérselo, peor vea usted, a pesar de mis ruegos al copista, qué sucio lo ha puesto; perdone usted que no ha sido descuido mío. Los otros dos originales me los han arrebatado de las manos dos amigos míos por el orgullo de conservarlos.

Poco después de esta carta llegará a usted el número de *La Gran Vía* donde van las tres hermosas poesías de usted y el retrato, además, con una líneas en derredor, que le ruego no lea por que [*sic*] he tenido que trazarlas en diez minutos a causa de la ola de trabajos donde voy envuelto; prometo a usted que en otra ocasión, se presentarán mil, pondré más cuidado porque tendré mas tiempo.<sup>168</sup> Y otra vez mil millones de gracias por sus atenciones que me llenan de orgullo y las considero como un triunfo literario.

Sabe usted cuánto le quiere su apasionado amigo que le venera

*Salvador Rueda.*

16.

Sor Don Leopoldo Alas.

Respetado y querido Don Leopoldo.

---

<sup>168</sup> Como director de la publicación, Salvador Rueda preparó cuidadosamente la publicación de estos tres poemas de Clarín. Los anunció con una nota —«Clarín», *La Gran Vía*, 6-I-1895—, preparando el terreno. En el siguiente número incluyeron «Del desván (Tres poesías inéditas de Clarín)», que son: «Córdoba», «Fragmentos de un incendio» y «De “La Torre”», en *La Gran Vía*, 81, 13-I-1895, p. 5. Precedidas de «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)», firmada por R. —Rueda— (p. 5). Véase lo comentado en nuestra presentación.

Quisiera que, en el momento de abrir usted esta carta, estuviese el corazón de usted dispuesto para las expansiones generosas, como suele estarlo para mí. Deseo eso, porque haciendo yo causa común con barrenderos, *electricistas*, carteros, servidores y demás gente de poca significación, voy a pedir, voy a rogar a usted, *mi aguinaldo*. He jugado a la lotería del Arte, un poema que irá a buscar a usted por este mismo correo, y, ¡es claro! ¿quién no sueña con el *premio gordo*? Este, en vez de tenerlo la casa de la Moneda para mí, lo tiene usted, que vale más monedas que todas las casas de acuñación; y consiste, ¡Dios mío, mucho pedir es! En un artículo de usted en *El Imparcial* sobre mi poema, si es que encuentra usted en él cosas buenas de que hablar.<sup>169</sup>

Es mucho pedir, sí, y a lo sé, pero ¡he jugado con tanta fe ese décimo, y es usted tan bueno para mí! No me cambiaría con ese premio que le suplico, ni por la persona a quien efectivamente toque el premio gordo de esta Noche buena, puede usted creerlo, todavía creo mucho más en la gloria y en el arte, que en el dinero.

¡Oh, si me diera usted ese grandísimo alegrón! Aunque está impreso y listo, no daré al público el poema hasta ver, si leyendo en *El Imparcial* la *lista grande*, todos estos [días] que faltan para Noche buena, tengo la dicha de encontrarme con los diez millones.

Deseo a usted unas pascuas llenas de felicidad: diviértase mucho en unión de su Sra. Y sus hijos: a mí me coge solo esta fiesta en Madrid.

Sabe usted cuánto le quiere y con cuanta pasión le admira su antiguo amigo

*Salvador Rueda*

Madrid 15 Dbre 95

S. / c. Mayor pral (un chirivitel alegre)<sup>170</sup>

---

<sup>169</sup> Ignoramos a qué poema se refiere. Salvador Rueda utilizó los mismos términos loteros en peticiones a otros escritores para solicitar sus críticas. Por ejemplo a Pereda, lo que dio lugar a una irónica respuesta de este.

<sup>170</sup> *Chirivitel*: pequeña habitación, presentable pero con pocas condiciones de habitabilidad.

[SALVADOR RUEDA  
PLAZA DE SANTA CRUZ, N° 4 PRAL  
MADRID]

Sr. Don Leopoldo Alas.

Querido amigo y maestro.

Por falta absoluta de tiempo (estoy atareadísimo en el arreglo y catálogo del Museo de Reproducciones Artísticas) no he podido escribir a usted, rogándole que no pierda usted su tiempo en leer *El Bloque*, que le remití hace días;<sup>171</sup> lo tomó un editor para enviarlo a América, y ya está allá; en Madrid no se pone a la venta; no merece esa composición ser leída por usted, que tan bien aprovecha los momentos; es una cosa fría, abstracta, sin realidad; fue escrita antes de *Fornos*.<sup>172</sup>

Hace poco terminé otro poema en siete cantos, que todavía no sé, en definitiva, cómo titular, y este sí creo que tiene realidad y pasión; es de la tendencia de *Fornos*, y su asunto una mujer pública, cuyo espíritu se transforma dentro de una Institución que creó en Madrid la Vizcondesa de Jorbalan a principios de siglo.<sup>173</sup> He hecho con mucho amor este poema, que ya le enviaré cuando vea la luz; al escribirlo, he tenido presentes sus advertencias de usted y he tratado de cumplirlas en cuanto me lo ha consentido mi maldito modo de ser, que soy el primero en deplorar; en fin, yo lo que deseo es que

---

<sup>171</sup> Salvador Rueda, *El Bloque. Poema*, Madrid, Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, 1896.

<sup>172</sup> Salvador Rueda, *Fornos. Poema en seis cantos*, Madrid, Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, 1896. El contenido del poema no puede ser más prosaico y disparatado: es la triste historia de un licenciado en derecho andaluz, que viaja a Madrid a doctorarse. Se acaba volviendo un vicioso canalla y la conclusión es que Madrid es la mayor cloaca del mundo.

<sup>173</sup> Micaela Desmaisières y López Dicastillo, Vizcondesa de Jorbalan (Madrid, 1809-1865), más conocida como María Micaela del Santísimo Sacramento, fue una religiosa fundadora de la congregación de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Comúnmente llamada por ello Madre Sacramento. Creó una casa para redimir prostitutas y murió como consecuencia de la epidemia de cólera de 1865, siendo después canonizada. Este registro de poesía social resultó verdaderamente falso y fallido en manos de Salvador Rueda.

usted vea lo agradecido que les estoy porque no me ha hecho usted en la vida más que beneficios; Dios se lo pague.

Aquí, poco ocurre de nuevo pasado lo de Zorrilla, lo de S. Isidro y lo de las Cortes.<sup>174</sup> La gente de letras parece que ahora quiere poner de moda hablar mal de Feliu y Codina; cada cervecería es un desolladero de este autor. ¡Qué bien hace usted en no vivir en este Madrid!<sup>175</sup>

A Pereda lo obsequian mucho por mi tierra, y mis amigos íntimos aprovechan la ocasión del paso del gran novelista... para descargarle la pedrea.<sup>176</sup>

Novelli entusiasmando al público.<sup>177</sup>

Núñez de Arce, delicado de salud y con cara de no ponerse bueno pronto.<sup>178</sup>

Campoamor, remozado; está ahora muy bien, fresco y jovial y tan simpático como siempre.<sup>179</sup>

Echegaray, dejándose traducir por Novelli.<sup>180</sup>

Y no hay nada más que digno de nota sea: la vida literaria, aburrida; mucha intriga, mucha hipocresía, sobra de minucias, pero como esto es lo de siempre, resulta monótono.

Con gusto envía a usted un abrazo lleno de cariño y respeto, su admirador u amigo invariable,

---

<sup>174</sup> Alude a sucesos de actualidad, además de las fiestas madrileñas en honor a san Isidro, la actividad de las Cortes, y al traslado de los restos de Zorrilla, que había fallecido en Madrid el 23 de enero de 1893, a Valladolid. Clarín comentó el suceso en diferentes artículos.

<sup>175</sup> José Feliu y Codina (1845-1897), periodista y dramaturgo que obtuvo un gran triunfo con el libreto de *La Dolores* (1892) o con dramas como *María del Carmen* (1896) y *Miel de la Alcarria* (1895).

<sup>176</sup> José María de Pereda realizó un viaje por Andalucía, siguiendo la recomendación de sus médicos, para que saliera de la neurastenia.

<sup>177</sup> Ermete Novelli (1851-1919), actor italiano de gran versatilidad y dominio del gesto; visitó en diferentes ocasiones España con su compañía.

<sup>178</sup> Gaspar Núñez de Arce (1834-1903) poeta y político defensor de la poesía civil, con utilidad social inmediata.

<sup>179</sup> Ramón de Campoamor (1819-1901), político y poeta, que formaba parte del círculo de amistades de Clarín.

<sup>180</sup> Las compañías extranjeras que visitaban España acostumbraban en muchos casos a representar alguna obra en español. José Echegaray no solo por su fama sino por su repertorio era adecuado para el arte de representar Novelli, que se apoyaba mucho en el gesto.

*Salvador*

19 mayo 96

18.

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi queridísimo D. Leopoldo.

En este momento acabo de saber que ha tenido usted la mayor desgracia que pueda tener en su vida, la de perder su madre;<sup>181</sup> ¡Cómo es posible, queriéndole yo a usted tanto, que no sienta grandemente su pena! No se quede usted con el pensamiento fijo, no; escriba usted sin parar por algunos días mezclando esta tarea con paseos contemplativos por el campo que consuela y trae la resignación. Lea, además, obras predilectas de tono finamente risueño. Haga usted de todo menos dejar pajarado, clavado, el pensamiento.

De una desgracia igual a la de usted voy yo estando ya amenazado. Mi madre, a quien acabo de ver en Andalucía, está ya muy vieja, muy vieja, y esto me tiene inquieto y receloso a todas horas. Recuerdo que cuando murió mi padre, estuve medio loco y me fui serenando con vagar mucho por la naturaleza con algún amigo; sólo no conviene; aquellas correrías me fueron metiendo en caja los nervios.

Por Dios que no se quede usted fijo, déle usted vuelta a las impresiones.

Para distraerle algo, le hablaría de cosas literarias, pero prefiero respetar su dolor.

Dice usted que me quiere un poco, y si es cierto, le ruego que haga lo que le digo, variar de posturas la imaginación, escribir, leer, engolfarse en la naturaleza. Si con un sacrificio mío, se deshiciera su pena, ni un momento se la dejaría tener, su verdadero amigo

*Salvador Rueda*

---

<sup>181</sup> La madre de Clarín falleció por entonces. Hombre familiar y volcado en ayudar a todos sus familiares, Clarín quedó bastante afectado por esta muerte.

1 Octubre 96. Madrid

19.

[*EL IMPARCIAL*

*DIARIO LIBERAL*

*Mesonero Romanos, 31*

*MADRID*]

25 Abril 97

Mi querido Alas: anoche me entregó Rafael Gasset el artículo *Gente novísima* que nos remitió usted para los *Lunes* y que aunque hubiera querido no podría incluir en el número de mañana, pues necesito tener el original con mucha anticipación.<sup>182</sup> Para no quedarme colgado tengo que pedir artículos a mucha gente, pues Ortega quiere que varíe mucho las formas y después me encuentro con gran número de artículos en el cajón y voy dándoles salida poco a poco.

Pero vamos al de usted. Rafael Gasset me encarga le diga que, aunque no interviene nunca en la hoja literaria, esta vez se permite llamar la atención de usted sobre lo que se refiere a Martínez Ruiz.<sup>183</sup>

Este joven está siendo estos días objeto de odios por haber maltratado en un folleto *Charivari* a mucha gente. El mismo Urrecha, que le había jaleado en *El Heraldo*,

---

<sup>182</sup> Rafael Gasset Chinchilla (1866-1927), abogado, periodista y político, que ocupó distintos ministerios después de 1900. Era director de *El Imparcial* desde 1890.

<sup>183</sup> Las relaciones entre José Martínez Ruiz y Clarín –cuyo alcance y profundidad desconocía Rueda– las hemos estudiado en «Leopoldo Alas (*Clarín*) y José Martínez Ruiz (*Azorín*): la consideración social del crítico literario en el cambio de siglo», *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz (Azorín) con Leopoldo Alas (Clarín)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2001, pp. 73-140. Martínez Ruiz había enviado el folleto *Charivari* a Clarín. La opinión que le mereció la expuso en «Palique» (*Madrid Cómico*, 8-V-1897) donde lo consideró un anarquista literario, cuyas doctrinas eran terribles, pero que escribía bien. Corregía sus ideas, pero esperaba que cuando se le pasara el sarampión ideológico sería un escritor original, independiente y avisado. Es bien posible que aprovechara en este palique las cuartillas que le habían rechazado en *Los Lunes de El Imparcial*.

ha tenido que rectificar ayer como habrá usted visto.<sup>184</sup> Cree, pues Gasset, que *El Imparcial* no debemos tomar acta del folleto ni a favor ni en contra, máxime cuando se dice que ha sido denunciado. Envío a usted las cuartillas que a dicho joven se refieren por su quiere usted utilizarlas en otro periódico menos *pudibundo* que el nuestro. Aún quitando estas dos cuartillas, queda perfectamente, en cuanto a dimensiones y a importancia, su artículo *Gente novísima*.<sup>185</sup>

Desde luego puede enviarme el artículo de Juan Ochoa y lo podré en turno. Encárguele usted que sea breve. No sabe usted cuanto me facilita esto la inserción.<sup>186</sup>

Nada más. No se olvide los cuentos y mande lo que le guste.

El último artículo de usted ¿tenía erratas? Lo corregí con todo cuidado pero ¡ay, amigo mío! ¡Tiene usted una letrita!...<sup>187</sup>

Deseo que toda la familia esté buena y sabe le quiere de veras su amigo

*Salvador.*

---

<sup>184</sup> Federico Urrecha (1853-1935), funcionario del cuerpo pericial de aduanas, se distinguió sin embargo como autor dramático y fue uno de los periodistas y críticos teatrales más reputados en aquellos años.

<sup>185</sup> Clarín, «Gente novísima», *Los Lunes de El Imparcial*, 24-V-1897. En OC, IX, 981-987. Acorde con sus planteamientos generales se refiere a las relaciones entre generaciones, ironizando sobre los ataques que los de su edad sufren de la *gente nueva*. Pero ha venido añadirse la *novísima*, que Clarín considera, no obstante, menos belicosos que los anteriores y hablará de ellos: «De muchos, de muchos jóvenes *verdaderos* podría yo halar, y hablaré, cuando la ocasión lo pida. No para decirles que han *llegado*, ni que tienen razón en su audacia. Hay miserables, *viejos verdes* de las letras, que se dedican a adular el talento y los atrevimientos de los jóvenes inexpertos y los dejan *tener razón*, anular la verdadera *actualidad* de hoy, que no es la verde esperanza, sino el fruto de la madurez.»

Clarín sostenía una vez más un funcionamiento ordenado de generaciones. Apuntaba algunos nombres: Juan Ochoa, Carlos Luis de Cuenca, el peruano Chocano. Y apunta al final que quisiera hablar de Rodó, pero falta espacio.

Ni que decir tiene, que Martínez Ruiz no es mencionado por las razones dadas en la carta.

<sup>186</sup> Juan Ochoa, a quien Clarín dedicó parte del artículo «Gente novísima» era uno de los jóvenes escritores en quien Clarín había puesto sus ojos entonces dispuesto a apadrinarlo. Clarín se refirió a él de hecho en varias ocasiones en los meses siguientes y lamentó la muerte del joven novelista asturiano en una sentida «Revista literaria» (*Los Lunes de El Imparcial*, 5-VI-1899) recordando justamente el apoyo que le había prestado para publicar en aquellas páginas algunos de sus cuentos y otros escritos.

<sup>187</sup> Era casi inevitable que antes o después aludiera a la enrevesada letra de Clarín, que lo hacía difícilmente legible.

[Museo / de / Reproducciones Artísticas]

Sor. Don Leopoldo Alas.

Amigo y maestro.

Desde hace ya mucho tiempo no hago más que asistir a enfermos de mi familia; ni leo, ni cae en mis manos un periódico, ni vivo en el mundo. Por estas tristísimas razones, no he dado a usted antes las gracias por las frases de cariño que, a propósito de una censura, me dirigió usted hace ya algún tiempo, en *Madrid Cómico*. Siempre es usted bueno y generoso para mí, y yo estoy agradecido a ello desde lo más hondo de mi alma.

En un prólogo que llevará mi libro de Julio Pellicer,<sup>188</sup> me sacudo las moscas que la gente acumula sobre mí creyendo que yo soy quien encabeza mis prólogos con palabras *liminar*, *atrio*, *pórtico*, etcétera: la primera (según me escribió Gómez Carrillo) la estampó al frente de mi poemario *Sensaciones de arte*, Rubén Darío que pasaba entonces por París y que tiene mucha confianza conmigo.<sup>189</sup> A mi libro *En tropel*, le puso un prólogo el mismo poeta (a instancia mía, porque quise yo darle a conocer en

---

<sup>188</sup> Julio Pellicer López (1872-1937), maestro y poeta de Belmez (Córdoba) en quien Salvador Rueda y Manuel Reina influyeron desde sus primeros años. Desde 1900 residió en Madrid, trabajando en el Ministerio de Gobernación y manteniendo buenas relaciones con escritores como Azorín o Juan Ramón Jiménez. Cultivó una estética costumbrista andaluza en sus libros cordobeses. Su libro *Pinceladas* se publicó en Córdoba en 1897 con prólogo de Manuel Reina y versos de Salvador Rueda.

<sup>189</sup> Como se ha visto en nuestra presentación, Clarín ironizó con frecuencia sobre estos términos utilizados en lugar de prólogo.

Enrique Gómez Carrillo, *Sensaciones de arte*, París, 1893. Lo reseñó Clarín, ««Revista literaria», *Los lunes de El Imparcial*, 11-XII-1893. En OC, VIII, 601-606. Indica que se inicia el libro con un prólogo de Salvador Rueda, «nuestro querido y simpático poeta *neoculterano*, prólogo que no tiene para mí más defecto que el llamarse *liminar*.» (p. 602)

En esta ocasión, en su carta, Rueda parece aludir al «Palique» (*Madrid Cómico*, 18-XI-1899; en OC, X, 558-559) donde ironizó sobre *pórticos*, *atrios*, *peristilos* y *propileos* como términos utilizados en los prólogos de los libros por moda francesa.

De paso mencionó a Gregorio Martínez Sierra como escritor prometedor pero a quien los excesivos elogios que se le estaban haciendo podían malograrlo.

España) y también ese prólogo suyo le puso Darío, *Pórtico*.<sup>190</sup> Últimamente, Alcaide de Zafra ha puesto *atrio* a otro prólogo mío;<sup>191</sup> yo me he reído íntimamente de esas cosas así como de todas las excentricidades literarias del *Barrio Latino* de París, de donde proceden, pero la gente se cree que yo adoro todo eso, que en resumen no acusa sino falta de torrente de inspiración.<sup>192</sup> Me paso de humilde casi siempre y jamás me sacudo una mosca, por que [sic] no se ofendan los mismos que me infieren el agravio.

De cosas como las dichas, así como de algunas salidas más que acusen *arrogancia*, no haga usted caso cuando las vea: las primeras es que me las echaron, y las segundas responden a vilezas, a envidias, a traiciones de la gente de letras: total, miserias íntimas de esta asquerosa vida, en la que tanto escritor lleva un costal de pus por espíritu. (Ahora, por ejemplo, cuantos han seguido mis derroteros literarios, están rabiosos y le muerden hasta al aire, porque les han dicho que son seguidores, o imitadores, o discípulos míos). Por lo visto esos señores se enojan de lo que por libérrima voluntad hacen. ¿Pues que no lo hagan!

En fin, no quiero hablar de lacerías: me vuelvo a mis enfermos, que ahora son, yo mismo (cosas nerviosas) y mi tío que padece lo que llaman *enfermedad de la piedra* y que está bastante grave.<sup>193</sup>

Quiérame usted siempre, como en toda ocasión me quiso, hasta en mis desaciertos, y tenga usted entendido que una de las poquísimas cosas en las que creo, es en el talento inmenso de usted.

Mucho, mucho, mucho le estima su agradecido q. s. m. b.

*Salvador Rueda*

---

<sup>190</sup> Salvador Rueda, *En tropel. Cantos españoles*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1892. Con un «Pórtico» de Rubén Darío.

<sup>191</sup> Joaquín Alcaide de Zafra (1871-1946, poeta sevillano, autor de una variadísima obra de temática andaluza. Había sido colaborador en la revista *La Gran Vía* mientras Salvador Rueda fue su director. Su libro *Trébol* (Madrid, Tipografía J. Palacios y R. Hernández, col, Iris, 1899), en la sección «La hoja de hierro», lleva un «atrio» de Salvador Rueda. Clarín, «Palique», *Madrid Cómico*, 25-XI-1899 (OC, X, 568-572) volvió insistir en el asunto, refiriéndose a que acababa de recibir el libro en cuestión no con un *atrio*, sino con tres

<sup>192</sup> Tomaba Rueda así distancia de la posible acusación de modernista *decadente* que sabía que no gustaba a Clarín y que, además, era cierta, puesto que su posible modernismo tenía otras bases

<sup>193</sup> *Enfermedad de la piedra*: enfermedad de origen genético, que hace que en algunos organismos se produzca hueso en el interior de los músculos y en otros tejidos.

Yo aconsejé a Darío que enviase a usted sus correspondencias de *La Nación* y yo le aconsejé también que imprimiese el estudio sobre Castelar y se lo mandase a usted: las dos cosas le dieron buen resultado; sin embargo de haberme yo expuesto tantas veces por Rubén desde hace tantos años (usted lo sabe), me parece que Darío me quiere muy poco.<sup>194</sup> Últimamente ha escrito sobre mí con injusticia.<sup>195</sup>

21.

[Ateneo de Madrid]

Sr. D. Leopoldo Alas.

Maestro y amigo.

No puede usted imaginarse cuanto le agradezco los consejos de su carta última, ellos me revelan que me sigue guardando el cariño de siempre, que yo tengo en tan alta estima. Efectivamente algo (pero nada más que algo) hay en eso de los *prologuistas*, y en el prurito (inconsciente acaso) de que se me reconozca lo mío; pero tiene usted que ver, que si se me reconociera lo que se me debe (por más que sea poquísimo), para nada tenía yo que ser tan cuidadoso de mi ínfima propiedad; lo uno es consecuencia de lo otro; bien mirado, quizás no consista en mi lo que usted afea, sino en los demás. Si yo hubiese tenido la suerte de otros que, con un puñado de poesías impresas en tomo, se han llegado a usted y usted les ha extendido la *patente nacional*, enseñando a las gentes

---

<sup>194</sup> Clarín dedicó un «Palique» (*Heraldo de Madrid*, 8-IX-1899) a comentar el folleto *Castelar* de Darío, considerándolo una hermosa necrología, que destacaba la verdadera estatura del personaje. (En OC, X, 509-511). Su ponderada visión de su admirado jefe político hizo que Clarín lo agradeciera. Por una vez no se puso en contra del poeta nicaragüense.

También dedicó una «Revista mínima» (*La Publicidad*, 7-IV-1901, en OC, X, 1035-1039) a comentar que Darío se hallaban viajando por Europa como enviado de *La Nación* de Buenos Aires. El resultado de estos viajes referido a nuestro país era *España contemporánea*, libro que reseña en esta crónica.

<sup>195</sup> Debe referirse a como lo trató en su carta «Los poetas», enviada a *La Nación* de Buenos Aires y luego recogida en *España contemporánea*. Véase la presentación.

a respetarlos, ni siquiera hubiese pasado por mi mente nada parecido a cenáculos, entre otras razones por que [sic] soy menos sociable que un hurón, y me gusta pasear solo mis pensamientos alegres o tristes.

También consiste lo que usted me censura, en que yo no he nacido para decir *no* a nada: es una verdadera fatalidad esto, además, pero, es mi gran pecado, de benévolo, por que [sic] me da lástima de echarle abajo su *torre de marfil* a nadie, y ahí tiene usted explicado cómo acabo de escribir otro prólogo (prometo a usted que será el último, si puedo sustraerme) y cómo me dejo, a mi vez, prologar en un tomo se sonetos míos que publicará la *Biblioteca Moderna*, por uno de sus editores, por Martínez Sierra;<sup>196</sup> este ha hecho con alma vida y corazón, un trabajo acerca de mí, y le he conocido cuando me lo leía, que lo más grande para él hubiera sido que yo le dijera que lo pusiese al frente de mi libro. ¿Por qué iba yo a destruir la inmensa alegría que es para este joven inteligente y leal amigo, y bien educado, ser mi prologuista?<sup>197</sup>

Estos dos, que usted llama *malos pasos*, son, vuelvo a prometerlo, los últimos que doy por ese camino de benevolencia, o de vanidad, o de lo que sea, que no estoy seguro. A propósito, M. Sierra, precisa rogar a usted dos o tres cuentos publicados (como hemos otros que figuramos en dicha Biblioteca) para dar un tomito de cosas de usted. Ruego a usted yo también, que si no le cuesta gran sacrificio, le sirva. ¿Ve usted? Ya estoy con las mismas.

No tengo ya casi encanto con la literatura y coger la pluma es para mí, sobre todo en algunas ocasiones, como coger un alacrán. He perdido mucho la fe en mí, por que [sic] veo que otros, con tres poesías y media, alcanzan lo que yo no he podido con veintitantas obras de todos géneros.

Le huyo a los libros, y me desbarato corriendo ante la idea de tropezarme con un literato: todo me parece bajo comercio, y cuando no, palabras, y palabras, y palabras; el que parece más puro, se saca un puñado de pesetas por treinta tablas. Para mí vale más (hoy por hoy) un estremecimiento nuevo del corazón en cualquier sentido, que todo el comercio de ideas habido y por haber. Sin embargo, como los versos se dan en mí como

---

<sup>196</sup> Gregorio Martínez Sierra (1881-1947), además de hábil empresario teatral fue desde muy pronto hábil editor, que puso en marcha numerosas iniciativas editoriales, siendo esta una de las primeras. Salvador Rueda, por su lado, prologó el libro de Gregorio Martínez Sierra, *Diálogos fantásticos*, Madrid, Tipogr. de A. Pérez y P. García, 1899.

<sup>197</sup> Salvador Rueda, *Piedras preciosas. Cien sonetos*, Madrid, Impr. y fotograbado de E. Rojas, 1900. (2ª ed. Madrid, Impr. de A. Pérez y Cía, 1901). Con un prólogo de Gregorio Martínez Sierra.

las algarrobas en el algarrobo, o como las uvas en la viña, tengo necesidad de escribirlos, y sino [*sic*], se salen ellos solos. En fin, que soy un gran desilusionado y ya camino bajo una tremenda carga de filosofía.

Gracias mil de todo corazón por el espíritu de su carta. Mande usted y ordene a su amigo de siempre

*Salvador Rueda*

Señas. Museo de Reproducciones Artísticas. Calle Alfonso XII

22.

Sor Don Leopoldo Alas.

Querido amigo y maestro.

En estilo telegráfico tengo el gusto de decirle varias cosillas. Una es que he estado malo, en cama, no se sabe que ha sido, lo cierto es que me ha dejado un profundo rastro de tristeza.

Y para sacudirla quise oír la *homérica* carcajada que se iba a lanzar, cuando resupiera por varias personas que yo (¡Jesús!) también quería ser académico.<sup>198</sup> Pero ¡oh, asombro! No solo no han lanzado la carcajada épica, sino que lo han encontrado con fundamento. ¡La sorpresa ha hecho que aún no haya podido salir de mi *apoteosis*!

Quieren serlo: R. Carrión, Juan Me[nénde]z Pidal, Manuel Reina, Munilla (este es seguro) y creo que hasta una docena, o cosa así; entre ellos, bien podía ir yo.<sup>199</sup> Por

---

<sup>198</sup> Hubo bastante movimiento en tomo a la Academia a finales de 1899. Clarín se refirió a ello en algunos de sus artículos con la salvedad de que en ninguno de ellos mencionó a Rueda. Por el contrario, Ortega Munilla fue reiteradamente mencionado: OC, X, 588, 608.

<sup>199</sup> Miguel Ramos Carrión (1848-1915), autor dramático. Juan Menéndez Pidal (1858-1915), hermano de Luis y Ramón Menéndez Pidal. Perteneció al cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros. Acabaría ingresando en la Academia en 1914. Manuel Reina (1856-1905), poeta andaluz, periodista y político. Ingresó en la Academia en 1905. José Ortega Munilla (1856-1922), escritor y periodista, director de *Los Lunes de El Imparcial*. Ingresó en la Academia en 1902. Quien no logró su propósito fue Salvador Rueda aunque anduvo brujuleando de un lado para otro y buscando posibles apoyos.

supuesto, no he dado, ni daré, paso ninguno; lo que sí afirmo, es que si yo entrara en la academia (estoy ya en el peldaño que lleva a los 50 años) tenían que nombrarlo a usted como a Pereda, *o me oirían* a todas horas cada día y cada año.

Otra cosa. Es que entre varios individuos, por poco se tiran los tinteros a la cabeza en una redacción, porque uno al dar cuenta de mi último libro, en un arranque heroico me llamó poeta ilustre.

¡Amigos! ¿para qué usó ese adjetivo? ¡Por poco corre la sangre! Ficharon la palabra y por poco si hasta me llevan a los tribunales como causa involuntaria del conflicto.

A propósito, querido maestro: en general, lo mismo entre la gente de pluma que en el *gran público* (más aún en este último) ha caído en gracia mi libro de sonetos y ha hecho que se me mire como nunca se me consideró. Como desconfío cada vez más de mí, supongo que a usted no le gustaría acaso el libro, y le agradecería a usted *como un favor muy grande*, que, si no le gusta, nada diga de él.<sup>200</sup>

Otra cosa. Mientras he estado convaleciente, he escrito una comedia, la cual ha parecido muy *requetebién* a varios que entienden mucho de eso, y acaba de ser recibida, con palio, por la Guerrero y su esposo para estrenarlo: a la vista tengo la carta de admisión de la obra, que es un derroche de galantería y bondad. La obra es un *flirt* entre personas cultísimas, desarrollado en plena y santa naturaleza: del *flirt* resulta que la protagonista (que siendo de carne y hueso parece la musa de la naturaleza) acaba por evolucionar el alma de sus pretendientes hacia estados superiores de belleza y moral y pasan a amar la naturaleza, lo bello, lo grande, lo sublime, todo lo humano en una palabra, en vez de amar exclusivamente a su pretendida; ella les llena, en fin, de *ojos interiores* para ver la hermosura; ellos, hasta se vuelven patriotas, que no lo eran. Debía llamarse la obra *La Musa*, pero se titula *Alegría*, por la alegría sana y santa que

---

<sup>200</sup> Se refiere a *Piedras preciosas. Cien sonetos*, Madrid, Impr. y fotograbado de E. Rojas, 1900. Clarín en «Revista literaria», *El Imparcial*, 24-IX-1900 le dedicó unas líneas, prometiendo escribir más extensamente sobre él: «*Piedras preciosas* son cien sonetos de Salvador Rueda, que Dios me libre de juzgar así, tan precipitadamente. Anuncio el libro, del que hablaré más, si no lo hace aquí algún maestro, Valera o Balart por ejemplo; y digo en dos palabras la impresión primera. Buena...sin hipoteca. Me gusta, por lo pronto que Rueda cultive los metros y las combinaciones clásicas consagradas, que son los mejores; celebro que en la parte puramente formal se desenvuelva con tanta maestría... De las ideas hablaremos.» (OC, X, 884-885).

despiden en la obra naturaleza, almas y escenas.<sup>201</sup> No hay nada *abstracto* en la obra; está todo *hecho vida clara* y terminante, aunque poética. Ese es el alcance de la idea; el que la vea, bien, el que no la vea, bien también. ¿Iré yo a molestar a tantas personas para que la representen, e irá después a ser una equivocación?

Otro tema. Estaba tentado de escribir un librito corto titulado *La hipérbole*, pero no sé si me determinaré a hacerlo.<sup>202</sup> La idea es hacer ver que, así como el *verbo se hizo carne*, las emociones e ideas estéticas, hay que hacerlos carne también; es decir, imagen, hipérbole, encarnación plástica, para ser más claro. Si no se hace así, no están plenamente paridos ni el sentimiento ni la idea. Estarán *sujetos*, sí, *a las palabras*, pero no hecho vida, *esterna [sic] e independiente*. No diré que cada latido queda parido y hecho ser estético en una hipérbole, que eso sería una exageración, pero sí haría ver la importancia de las imágenes, que es respecto de la idea, lo que nuestro cuerpo respecto de nuestra alma. Suyo

*Salvador Rueda*

[*En el margen izquierdo*] la virgen no fue más artista, fue en *Apolo en Pafos*, precisamente por lo que digo.

23.

[*Ateneo de Madrid*]<sup>203</sup>

Museo de Reproducciones Artísticas

Calle de Alfonso XII

Amigo y maestro.<sup>204</sup>

---

<sup>201</sup> Finalmente la obra se estrenó y editó en 1902 y 1903 respectivamente como *La Musa. Idilio en tres actos*. Para una situación del teatro de Salvador Rueda, véase Gregorio Torres Nebrera, «Los idilios teatrales de Salvador Rueda (con una apoteosis final)», en *Salvador Rueda y su época*, ob. cit., pp. 213-259.

<sup>202</sup> Ignoramos si llegó a publicar este librito.

<sup>203</sup> El membrete del papel del «Ateneo de Madrid», tachado.

Tengo unos minutos libres, papel y pluma a mano, y digo: «Vamos a echar un párrafo con el maestro... ¿sobre qué? Sobre lo primero que salte en la mollera.»

Acabo de leer *El triunfo de la muerte* d'Annunzio [sic] y me ha dejado estupefacto, asombrado: tan deficientemente y acaso con tan oculta y aviesa intención o con tal falta de conocimiento, se ha hablado (por lo general) en España de este italiano, que me lo habían concebir como un ser enfermizo, afeminado, complicado, sin altura, sin vigor, sin sexo artístico, o con sexo intermedio, en fin, un hermafrodita estético. Pero, amigo, me he encontrado con un *tiazo* dentro del cual hay una mujer, un hombre, un niño, un psicólogo, un poeta, un *creador de idioma moderno*, y muchas cosas más.<sup>205</sup>

Sobre todo tiene el sello de los grandes, de hermafrodita ha pasado a ser (en mi juicio), un tío con un par de... (y usted perdone) que le arrastran y se los pisa.

¿Qué mala intención, qué especie de cosa secreta habrá entre nosotros contra esta figura insigne iluminada a plena luz por la de la belleza? Creo que es digno de su fama universal y del coro victorioso que en su honor eleva el mundo civilizado. ¿Qué tiene defectos? ¡Ya lo creo! ¡Muchos! Pero, a pesar de ellos, es uno de los *grandes*. Es decir, que si no me da la ocurrencia de leerlo, hubiera estado cometiendo toda mi vida *una injusticia inconsciente o de reflejo*.<sup>206</sup>

\*\*\*

---

<sup>204</sup> La fecha de la carta puede situarse en julio de 1900 por la referencia que Clarín hace a ella en su «Revista mínima», *La Publicidad*, 22-VII-1900.

<sup>205</sup> Resulta llamativo que Rueda descubriera tan tardíamente a Salvador Rueda cuando él mismo había publicado en 1895 –con elogios, como se ha visto– incluso una imitación de Clarín de sus ritmos en *La Gran Vía*.

<sup>206</sup> Clarín parece haber mantenido una posición ambigua sobre D'Annunzio. Habla pronto de él, ya en 1890 (OC, VII, 1071). Pasados muchos años, Salvador Rueda aludió en alguna ocasión a que Clarín lo había comparado a él con el poeta italiano. No tenemos constancia de que así fuera.

*El triunfo de la muerte* (1894) es una de las novelas que más elogios ha recibido de lectores tan exigentes como Henry James y Marcel Proust por su realismo duro y voluptuoso.

¡Pero hombre, querido maestro! Precisamente el más formal, el más comedido, al respetuoso, al sincero, al bien educado, al jovencito M. Sierra, es a quien le da usted de palmetazos. ¡A él, que tiene por usted una adoración ciega...!<sup>207</sup>

\*\*\*

Ahora trabajo mucho: es la época en que voy (cada año) a ver a mi madre allá a Andalucía, y de camino tengo que llevarle la *anualidad* de la cual vive; una anualidad conquistada (aunque parezca fabuloso) con la poesía lírica: mi madre, pues, vive de dinero sacado a la belleza.<sup>208</sup>

Tiene ahora 76 años, y aun tiene una voz argentina, fresca, que produce la emoción de cuando le a uno en la cara el rocío de una caña sacudida: quien la oye sin verla, cree que es una joven.

Ha sido fortísima, bronce humano, más aún, por que [*sic*] ha sido, dada su resistencia física para el trabajo y estupendísima fuerza de voluntad, un ser fuera de todo lo que yo he visto, un a modo de personaje rustico, escapado de algún poema bronceo, de algo férreo y terrible. No quiere compañía de nadie (como yo); aún se hace su comida y se cose su ropa y tiene su casa andaluza, que echa flores hasta por las paredes. Tiene el culto del agua; del color que todos los días manda Dios a las plantas; de la limpieza, de la blancura alucinante de puro imposible. Es nerviosa., viva, decidida, graciosa, en su lenguaje, siempre está tirando, con la palabra, cohetes al aire, que chirrían y alegran con originales *salidas* la conversación. Barre, friega, lava, guisa, espejea cuanto sale de su mano y todavía canta con afinación algún aire andaluz y algunas canciones de *iglesia*. Nunca la he visto cortar una flor de tantas macetas como tiene: las quiere en el tallo vivas, sin dolor, llenas de risa continua.

No puede usted imaginarse la celeridad que tiene para devolver la saeta de una broma; ni que llegue a su cuerpo la coge en el aire y la devuelve. Vive en la soledad y

---

<sup>207</sup> Véase lo dicho en la parte final de nuestra presentación sobre Gregorio Martínez Sierra. Durante bastante tiempo, mantuvo este su fidelidad a Salvador Rueda y Rubén Darío frente a quienes les atacaban. Véase por ejemplo, «De la juventud», *Alma española*, 7-II-1904, donde los defiende de los ataques de Bobadilla.

<sup>208</sup> Esta parte de la carta impresionó a Clarín tanto que la transcribió casi completa en su «Revista mínima» de *La Publicidad*, 22-VII-1900. En OC, X, 818-821. Clarín se refiere en su revista a que le ha interesado la lectura de Marquina, pero más todavía otra cosa reciente, que es «un *documento privado*», pero que piensa que no le importará a su autor que lo haga público. Como en tantas ocasiones convertía así en pesetas un escrito previo.

para la soledad: de ella se nutre, con ella se tonifica, ella es un mundo de seres invisibles (como hago yo exactamente). Se sienta y no bien sentada aún, se levanta y siempre es para asear algo; es una mujer de oro bruñido en lo limpia. Sus líneas no valen nada, peor por dentro no he visto ni entrevisto, nada más armonioso y bello Aunque yo fuese hijo de otra mujer, esta que ha parido un poeta, me parecería lo mismo.

Pues pronto, pronto abrazaré su haz de huesos y nervios llenos de vibraciones, y le oiré decir las originalidades más graciosas del mundo en medio de un vigor increíble moral.

Se me acaba el papel, adiós, voy a escribir varias poesías más para completar la *anualidad*. Aunque yo alguna vez tenga dinero por otro concepto, a mi madre solo le doy el de la pluma. Suy o

*Salvador Rueda*

24.

[RD]

Madrid 14 de Septiembre de 1899

Mi distinguido Señor,

Agradable sorpresa me ha dado usted con su amable palique; y, desde luego, debo decirle, que no existía en el *magazín* de mi bilis nada por lo de marras.<sup>209</sup> Lo que entonces pensé es lo que pienso ahora: Cuando el Señor Alas conozca mi corta obra en lo creo que tiene de menos imperfecto, me juzgará de otro modo. Al autor de *Le vase brisé* le dio buena fama un solo poemita;<sup>210</sup> algunos platos que yo haya roto y que han

---

<sup>209</sup> Como se ha visto en la presentación respondía así a la petición de disculpas que Clarín había hecho en su «Palique» por sus críticas satíricas relativas a la escritura de Rubén Darío.

<sup>210</sup> Se refiere al célebre poema de René-François Sully Prudhomme (1839-1907), «Le vase brisé», «El jarrón roto».

caído por casualidad ante los ojos de *Clarín*, le han hecho pensar de mí lo que yo pienso de los “grotescos” del nuevo movimiento literario americano. Porque ese movimiento, que hoy empieza, después de diez años, a dar su verdadero resultado –que desearía fuese en su totalidad conocido por su autoridad– tuvo muchos seguidores dañosos que trajeron –usando la palabra de usted– el ridículo. Pero hay, como digo, entre tanta broza, buen oro.

Ese movimiento de ideas cuenta con Rodó,<sup>211</sup> a quien usted conoce, Lugones,<sup>212</sup> Díaz Rodríguez,<sup>213</sup> Ingenieros,<sup>214</sup> Zumeta,<sup>215</sup> y otros pocos, que no son *azules*, ni hablan de porquerías parisienses, ni son bachilleres en logomaquias; estudian, meditan, trabajan, miran el oficio de pensar como una cosa seria y siguen su camino como lo juzgan mejor. Porque lo de los *decadentes* es una leyenda en América, como en España. Para igualar al último extravagante francés o inglés, o belga, o italiano, -o yankee! – le falta a cualquiera de los jóvenes decadentoides, peninsulares o hispanoamericanos, mucho latín, mucho griego, mucha cultura; porque aquellos ridículos, son verdaderamente *preciosos*; y más de una tontería se les puede perdonar *pour l’amour du grec*.

En cuanto a mí, he de decirle que mis primeros libros pecan de purismo exagerado. Mi sintaxis actual, no es por cierto la usual entre los escritores castellanos; se explica, por el país –La Argentina– en que vivo, en donde las literaturas extranjeras son más conocidas, desgraciadamente, que la española: por fuerza hemos tenido que ser políglotas y cosmopolitas; y no niego mi labor por aplicar a la prosa y al verso castellanos algo que creo adoptable de otros idiomas, principalmente del francés. Vine en mi pecado, lo confieso, comulgo en la iglesia de Cervantes... y vuelvo a pecar.

---

<sup>211</sup> José Enrique Rodó (1871-1917), escritor y político uruguayo. Brillante ensayista autor de obras como *Ariel* (1900). Mantuvo correspondencia con *Clarín*.

<sup>212</sup> Leopoldo Lugones (1874-1938), poeta, ensayista, periodista y político. Autor de notables libros modernistas.

<sup>213</sup> Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), escritor modernista venezolano, que tras vivir en París impulsó el modernismo en Venezuela.

<sup>214</sup> Giuseppe Ingenieri más conocido como José Ingenieros (1877-1925), médico y escritor argentino de origen italiano.

<sup>215</sup> César Zumeta (1860-1955), escritor y diplomático venezolano.

Mis *Prosas profanas* son tenidas por los que no las han leído con atención, como lo más heterodoxo mío.<sup>216</sup> Hasta Gómez Carrillo comenzó con atacar el título, inaplicable según él a un libro de versos.<sup>217</sup> Verdad es que no ha leído a Berceo.<sup>218</sup> Sin embargo, José María de Heredia y Paul Groussac que conocen bien el castellano, aunque sean franceses, han pensado de otro modo que la generalidad.<sup>219</sup> Nada hay en mi obra que no sea transparente y sincero. Soy un fervoroso de arte y abomino las farsas del pensamiento. Gracias a Dios tengo el don amplio de ver la belleza en donde esté, sin preocupaciones de escuela o cenáculo.

Habla usted de los «Clarines y Valbuenas».<sup>220</sup> He siempre tenido un solo pensar sobre usted. Le conozco mucho, y siempre he lamentado que el *Clarín* de la alta Crítica –todos sus ensayos– hiciese paliques, anduviese en compañía del Señor Valbuena, –cuya gramática saludo, a caza de pequeñeces, generalmente en «pequeños autores», o autorcillos cuyo valer tomaba apariencias generalmente por el solo ataque.

Y eso lo he sentido y lo he dicho. Soy, su afmo. S. S. y am<sup>o</sup>

---

<sup>216</sup> Rubén Darío, *Prosas profanas y otros poemas* (1896).

<sup>217</sup> Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), crítico y diplomático guatemalteco. Muy activo en la prensa madrileña e hispanoamericana, difundiendo información cultural parisiense. Viajero infatigable.

<sup>218</sup> Gonzalo de Berceo (Berceo c. 1197-antes de 1264). Poeta español perteneciente al llamado «mester de clerecía» y que fue uno de los autores medievales más reivindicados por los escritores modernistas. Véase la información que ofrece al respecto Francisco López Estrada, *Los primitivos de Manuel y Antonio Machado*, Madrid, Planeta, 1977.

<sup>219</sup> José María de Heredia (1842-1905), poeta y traductor francés de origen cubano, cultivador de poesía parnasiana y buen amigo de poetas como Sully Prudhomme o Catulle Mendès. Paul Groussac (1848-1929), escritor, historiador y crítico franco-argentino, impulsor de diferentes revistas literarias.

<sup>220</sup> La alusión «a los *Clarines* y Valbuenas» la había realizado Darío en una de sus primeras crónicas sobre «Madrid», censurando la persistencia de una crítica satírica que consideraba sobrepasada (Darío, *España contemporánea*, ob. cit., p. 49).

Se extendió mucho más sobre el asunto en la titulada «La crítica», constatando que *Clarín* escribía más paliques que ensayos, rebajándose a las exigencias del público, para ser aceptado. Decía: «La crítica tiene que encogerse, tiene que rebajarse para ser aceptada. No se demuestra la voluntad de pensar, en ninguna clase de mentales especulaciones. [...] Así os explicaréis que *Clarín* siga en una incontenible exuberancia de paliques, y que ese grotesco y distinguido gramático de Valbuena tenga lectores.» (Ibid, p. 277). Y después aún se mostraba más tajante, tras indicar que en su día había hecho excelentes lecturas y ensayos sobre Baudelaire o Daudet, entre otros. Por el contrario, ahora: «¡Aquí, lo que pagan bien son paliques: pues paliques!» (p. 279)

P. S. Como usted verá, el malhadado *taquinar*, y demás palabras extranjeras, en mis revistas van siempre subrayados.<sup>221</sup>

---

<sup>221</sup> *Taquinar* procede del francés *taquiner*; es aquí un galicismo intencionado, que equivale a “pinchar, hacer rabiar, fastidiar”. *Clarín* se ponía así en su papel de crítico satírico, empeñado en su labor de *crítica higiénica* de la lengua española que tantas polémicas atizó. Satirizaba a Darío entonces porque escribía una prosa que le parecía traducida del francés y unos versos muy diferentes a los que admitía su gusto un tanto anticuado. Esperaba ahora que Darío comprendiera que lo hizo con buena intención y que no le tuviera rencor en el *magazín* –lo correcto hubiera sido *magasín*, «almacén, tienda»– de su mal humor.

## APÉNDICE

[Salvador] R[ueda], «Los maestros. Leopoldo Alas (Clarín)», *La Gran Vía*, 81, 13 de enero de 1895, p. 4.

A mi modo de ver, forma en una primera línea *especial*, línea *para él solo*, única: el parnaso de *Clarín*, porque *Clarín* es un excepcional poeta que escribe en prosa, no tiene más que un asiento, el ocupado por él; *parnaso de un asiento* son los de los grandes maestros: Campoamor, Echegaray, Castelar y otros así de originales; si se observa esta idea detenidamente, se verá que no nace artista *personal* que no sea un gran artista; cada uno de ellos trae al mundo una cosa no sentida hasta entonces, una emoción nueva que dar a la humanidad. De *Clarín*, del altísimo mérito de este maestro, habría que decir tanto, en tal sentido, que al tomar la pluma para hablar de él, se teme que acabe en grueso tomo lo que se quiere que no sea más que un breve artículo.

Mi trabajo al hablar de este hombre singular, no es el de cerrar puertas y el de tapar resquicios, para que por ellos no rompa el desbordamiento de cosas que se querría decir.

Él es todo saber, todo fantasía y a la vez análisis, todo concentración, todo luz, todo intuición, todo sentimiento estético, todo penetración, todo originalidad. Como el pelícano, *Clarín* se arranca las propias carnes, la propia vida, y las echa por la pluma abajo al papel; todo lo que dice es suyo, ha hervido en su crisol, se ha transportado a través de su cuerpo. Viendo la originalidad de *Clarín*, me acuerdo de las resinas que sudan los troncos, segregaciones donde va, estrujado de la savia, todo el perfume.

Alas tiene dos microscopios en las retinas; los aplica a un punto, y hace de él un mundo, amplía los propios átomos penetrándolos, atravesándolos con el pensamiento. El ve lo que nadie ve y ausculta lo que nadie oye; para ver, oír, oler y gustar, cada poro de su cuerpo es retina, oído, olfato o paladar; se eriza de pies a cabeza de multiplicaciones de un solo sentido para desempeñar una función, del mismo modo que está sembrada de multiplicaciones de una misma *rosa* la cola de un pavo real. El sentido de su tacto literario pudiera compararse a un haz larguísimo de tentáculos que llegasen a todas partes y de todas sacasen el conocimiento íntimo. Valga la andaluzada, pero yo creo que en Cádiz, por ejemplo, está escribiendo un poeta unos versos malos y *Clarín*

oye el *rasguear* de la pluma desde Oviedo. Todo poeta es de cristal para *Clarín*. Es una especie de conciencia que se pone delante de nosotros cuando escribimos. Su influencia en la literatura moderna española es grandísima; él ha enseñado lógica a los escritores; ha elevado sus miras artísticas; les ha enseñado a reírse de lo cursi, de lo fofo, de lo malo; les ha refinado el gusto estético y... ha producido una escuela crítica en la que no hay más que él mismo, porque sus imitadores confunden el ingenio de Alas con la bilis y la envidia.

Creo que cada escritor notable tiene una especie de *atmósfera intelectual*, que alcanza de lejos según es su mérito; esa atmósfera, esa *presión* de *Clarín*, llega a todas partes y se siente en todas las conciencias. Sobre todo a mí, como más me gusta *Clarín*, es como poeta. ¿No veis el mundo de poesía que hay en sus cuentos? ¿No notáis los rasgos líricos que hay en sus novelas, en sus críticas y hasta en sus cartas íntimas? Trozos de prosa tiene *Clarín* que, como ejemplo *Apolo en Pafos* y la primera mitad de *Rafael Calvo*, no son sino *música íntima*: esa prosa vibra como las estrofas, *canta*. Cada frase de Alas le descorre a uno una misteriosa cortina del cerebro y le deja ver un nuevo horizonte. Después de leer esos *poemas en prosa* de *Clarín*, que se llaman cuentos, se ve tan alto al maestro, que le dan a uno ganas de rezar a la belleza doblando la rodilla. En fin, tratándose de *Clarín*, yo no sé hablar sino entonando un himno. Me parece que un escritor tan hondo y penetrante como *Clarín* no lo ha tenido nunca España.

Como todas las personalidades de gran relieve artístico, *Clarín*, al igual de Echegaray y de otras célebres figuras literarias, ha despertado fuertes polémicas, encarnizadas y acaloradísimas discusiones; es de los que abren surco en el espíritu y en la memoria; tiene por enemigos a casi todos los impotentes de las letras; y por admiradores a todas las inteligencias cultivadas de la nación. *Clarín* es, hoy día, el Maestro.

## BIBLIOGRAFIA CITADA

Alas, Leopoldo, *La Regenta*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía, 1884-1885, 2 vols. Biblioteca Arte y letras. Ilustraciones de Juan Llimona, grabados de López Polo.

— *Cánovas y su tiempo (Primera parte)*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887. Folletos literarios, 2.

— *Apolo en Pafos (Interview)*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887. Folletos literarios, 3.

— *Nueva campaña (1885-1886)*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1887.

— *Mezclilla*, Madrid, Enrique Rubinos, 1889.

— *Su único hijo*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890.

— *Rafael Calvo y el teatro español*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1890. Folletos literarios, 6.

— «Carta-prólogo» a *Cantos de la vendimia*, Madrid, Gran Centro Editorial, 1891, pp. 11-22.

— «Del desván (Tres poesías inéditas de Clarín)», *La Gran Vía*, 81, 13-I-1895, p. 5.

— *El hambre en Andalucía*. Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 2001. Estudio preliminar y notas de Simone Saillard.

---- *Obras completas*, XII vols., Oviedo, Ediciones Nobel, 2002-2009, coordinada por Yvan Lissorgues y J. F. Botrel.

Alcaide de Zafra, Joaquín, *Trébol*, Madrid, Tipografía J. Palacios y R. Hernández, col. Iris, 1899.

Ashhurst, A. W., «Rubén Darío y Salvador Rueda», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 298, 1975, pp. 177-189.

Campa Mada, Roberto, «Los libros de Salvador Rueda y las revistas modernistas de fin de siglo», *Magazine modernista*, XIII, 2009. Edición electrónica.

Campal Fernández, José Luis, «El poeta modernista y el crítico realista: Salvador Rueda ante Clarín», en Salvador Montesa dir., *Salvador Rueda y su época. Autores, géneros y tendencias*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2008, pp. 287-301.

Cano, José Luis, «Rubén Darío y Salvador Rueda», en *Poesía española del siglo XX*, Madrid, Guadarrama, 1960, pp. 49-59.

Cardwell, Richard, «Rubén Darío y Salvador Rueda: dos versiones del modernismo», *Revista de Literatura*, n° 89, 1983, pp. 55-72.

Carnero, Guillermo, «Salvador Rueda: teoría y práctica del modernismo», *Actas del congreso internacional sobre el modernismo español e hispanoamericano*, Córdoba, Diputación Provincial, 1987, pp. 277-306.

Cuevas García, Cristóbal, «Ensayo introductorio» a Salvador Rueda, *Canciones y poemas (antología concordada de su obra poética)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986.

— «Modernismo: poéticas paralelas. La adscripción literaria de Salvador Rueda», *Bohemia y literatura*, Sevilla, Universidad, 1993, pp. 111-131. Edición de Pedro Piñero y Rogelio Reyes Cano.

— «Salvador Rueda: la propuesta de un modernismo español de raíces autóctonas», *Príncipe de Viana*, anejo 18, LXI, 2000, pp. 113-126.

Darío, Rubén, Darío, Rubén. *Castelar*, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1899.

— *España contemporánea*, Barcelona: Editorial Lumen, 1987. Prólogo de Antonio Vilanova.

— *Autobiografía*. Madrid: S.H.A.D.E., 1945, 5ª edición. Epílogo de J. S. R.

— *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, México FCE, 1952.

Darío, Rubén, «Los poetas», en *España contemporánea, Obras completas*, tomo III, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, p. 255.

Díaz Alejo, Ana Elena y Ernesto Prado, *Índice de la Revista Azul (1894-1896) y estudio preliminar*, México, UNAM, 1968.

*El Caballero Audaz*, «Nuestras visitas. Salvador Rueda»; *La esfera*, 20-X-1918, p. 8.

Ezama, María Ángeles, «Un artículo olvidado de Clarín sobre María Guerrero», *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 130, 1989, pp. 263-274.

Ferreres, Rafael, «Diferencias y coincidencias entre Rubén Darío y Salvador Rueda», *Los límites del modernismo y del 98*, Madrid, Taurus, 1964, pp. 73-81.

Fogelquist, Donald F., «Salvador Rueda y Rubén Darío», *Espanoles de América y americanos de España*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 89-112.

Gamallo Fierros, Dionisio, «El centenario de Salvador Rueda. Su amistad con Menéndez Pelayo y Rubén Darío», *Arriba*, 1-XII-1957.

— «Hoy, centenario del gran poeta malagueño Salvador Rueda», *Hoja del Lunes* (Madrid), 2-XII-1957.

— «Salvador Rueda en mi nostalgia. El centenario de su nacimiento», *La Comarca* (Ribadeo), 1-XII-1957.

— «El itinerario espiritual de Clarín», *La Voz de Asturias*, 28-XI-1984, pp. 20-21.

García Morales, Alfonso, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992.

Gómez Carrillo, Enrique, *Sensaciones de arte*, París, G. Richard, 1893.

Ibarra, Fernando, «Clarín y Rubén Darío: historia de una incompreensión», *Hispanic Review*, 41, 1973, pp. 524-540.

Jiménez Morales, María Isabel, «Notas de crítica textual a *El gusano de luz*, de Salvador Rueda», en *A zaga de tu huella. Homenaje al profesor Cristóbal Cuevas*, ed. de Salvador Montesa, Málaga, Asociación para el Estudio, Difusión e Investigación de la Lengua y literatura españolas, 2005, vol. 2, pp. 63-92.

— «Las novelas andaluzas de Salvador Rueda (1889-1892)», en Salvador Montesa dir., *Salvador Rueda y su época. Autores, géneros y tendencias*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2008, pp. 149-183.

Lozano, Miguel Ángel, «Los relatos poéticos de Clarín», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 613-614, julio-agosto de 2001, pp. 31-40.

Martínez Cachero, José María, «Salvador Rueda escribe a Clarín. (Una epístola inédita en verso)», *Revista de la Universidad de Oviedo*, XLIX-L, 1948, pp. 137-140.

— «Salvador Rueda y el Modernismo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 34, 1958, pp. 41-61.

— «La actitud anti-modernista del crítico Clarín», *Anales de Literatura Española*, 2, 1983, pp. 41-61.

Martínez Martínez, Marcos G., «Cuatro cartas de Leopoldo Alas a Salvador Rueda, 1887-1888», en *Clarín y La Regenta en su tiempo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987, pp. 1081-1087.

Martínez Sierra, Gregorio. «De la juventud», *Alma española*, 7-II-1904.

— *Diálogos fantásticos*, Madrid, Tipogr. de A. Pérez y P. García, 1899.

Osorio Hernández, Andrés, *Genaro Alas, ingeniero militar y periodista*, Oviedo, KRK, 2006.

Palenque, Marta, «*La Gran Vía* durante la dirección de Salvador Rueda (diciembre de 1894-septiembre de 1895) y la renovación poética finisecular: índice de las composiciones poéticas», *Philología Hispalensis*, XVI-1, 2001, pp. 227-239.

— «Salvador Rueda, director de *La Gran Vía* (1894-1895) y la renovación poética finisecular», *España Contemporánea*, XV-1, 2002, pp. 31-53.

Pérez de Castro, J. L., «El magisterio de Clarín en la literatura uruguayana», *Archivum*, XIII, 1963, pp. 235-275.

Pérez Galdós, Benito, *Ángel Guerra*, Madrid, 1890.

Quiles Faz, Amparo, *Epistolario de Salvador Rueda. Ciento treinta y una cartas autógrafas del poeta*, Málaga, Arguval, 1996, pp. 48-50.

— «Maestros y amigos: relaciones literarias entre Clarín y Salvador Rueda», en *Estudios sobre Salvador Rueda*, Málaga, Editorial Sarriá, S. L., 2010, pp. 51-60.

— «Dos cartas de Clarín a Rueda (1888 y 1890)», *Ibid.*, pp. 61-72.

Rubio Jiménez, Jesús, «En torno a un cuento de Clarín: *Reflejos (Confidencias)*», *Revista de Literatura*, 127, 2002, pp. 93-106.

— «Tres héroes emersonianos de la lengua española: Castelar, Rubén Darío y Clarín», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, 38.1-2, 2013, pp. 327-344.

Rubio Jiménez, Jesús y Deaño Gamallo, Antonio, «Leopoldo Alas (*Clarín*) y José Martínez Ruiz (*Azorín*): la consideración social del crítico literario en el cambio de siglo», *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz (Azorín) con Leopoldo Alas (Clarín)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2001, pp. 73-140.

— «Emilio Castelar y Leopoldo Alas, Clarín: entre la política y la literatura», *Archivum*, LXI-LXII, 2011-2012, pp. 377-425.

— «29 cartas inéditas de Ramón de Campoamor a Leopoldo Alas, *Clarín*», *Archivum*, LXIII, 2013, pp. 7-63.

— «Entre París y Oviedo: 15 cartas inéditas de Enrique Gómez Carrillo a Leopoldo Alas, *Clarín*», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, en prensa.

Rueda, Salvador, *Poema nacional. Costumbres populares*, Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1885.

— *El patio andaluz. Cuadros de costumbres*, Madrid, Manuel Rosado Editor, 1886.

— *El gusano de luz. Novela andaluza*, Madrid, Imp. de El Crédito Público, 1889.

— *La reja. Novela andaluza*, Madrid, Tip. de Manuel G. Hernández, 1890.

— *La Gitana. (Idilio en la sierra). Novela andaluza*, Madrid, Imp. de Luis Aguado, 1892.

— *En tropel. Cantos españoles*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1892. Con un «Pórtico» de Rubén Darío.

— *En tropel. Cantos españoles*. Con un Pórtico de Rubén Darío, Madrid, Biblioteca Rueda, II, 1892 (2ª ed., 1893).

— *El ritmo. Crítica contemporánea*, Madrid, Tip. de los hijos de M. G. Hernández, Biblioteca Rueda, IV, 1893.

— «Los maestros, Leopoldo Alas (Clarín)», *La Gran Vía*, Madrid, 13-I-1895. Artículo acompañado con una fotografía dedicada de Clarín.

— *El bloque. Poema*, Madrid, Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, 1896.

— *Fornos. Poema en seis cantos*, Madrid, Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, 1896.

— *Piedras preciosas. Cien sonetos*, Madrid, Impr. y fotograbado de E. Rojas, 1900. (2ª ed. Madrid, Impr. de A. Pérez y Cía, 1901). Con un prólogo de Gregorio Martínez Sierra.

— *Canciones y poemas (antología concordada de su obra poética)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986. Estudio y edición de Cristóbal Cuevas García.

— *El ritmo*, Exeter, University of Exeter Press, 1993. Introducción y notas de Marta Palenque.

— *El gusano de luz. Novela andaluza*, Málaga, Arguval, 1997. Edición de María Isabel Jiménez Morales.

Sánchez Reyes, Enrique, «Mementos de actualidad...», *BBMP*, XXXIII, 1957, pp. 198-199.

Sotelo, Adolfo, «La crítica de Clarín a la luz de José Enrique Rodó (Dos artículos de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, 1895)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 462, 1988, pp. 7-22. Recopilado en *Leopoldo Alas y el fin de siglo*, Barcelona, PPU, 1998, pp. 71-88.

Tamayo, J. A., «Salvador Rueda o el ritmo», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 7, 1943, pp. 3-35.

Torres, David, «Tres poesías desconocidas de Leopoldo Alas», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 117, 1986, pp. 201-206.

Torres Nebrera, Gregorio, «Los idilios teatrales de Salvador Rueda (con una apoteosis final)», en *Salvador Rueda y su época*, ob. cit., pp. 213-259.

Valera, Juan, *Cartas Americanas: «Azul», 22-X-1888 y 29-X-1888*. En *Obras completas*, Madrid, Aguilar, III, pp. 289-298.

Zanetti, Susana, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2004.